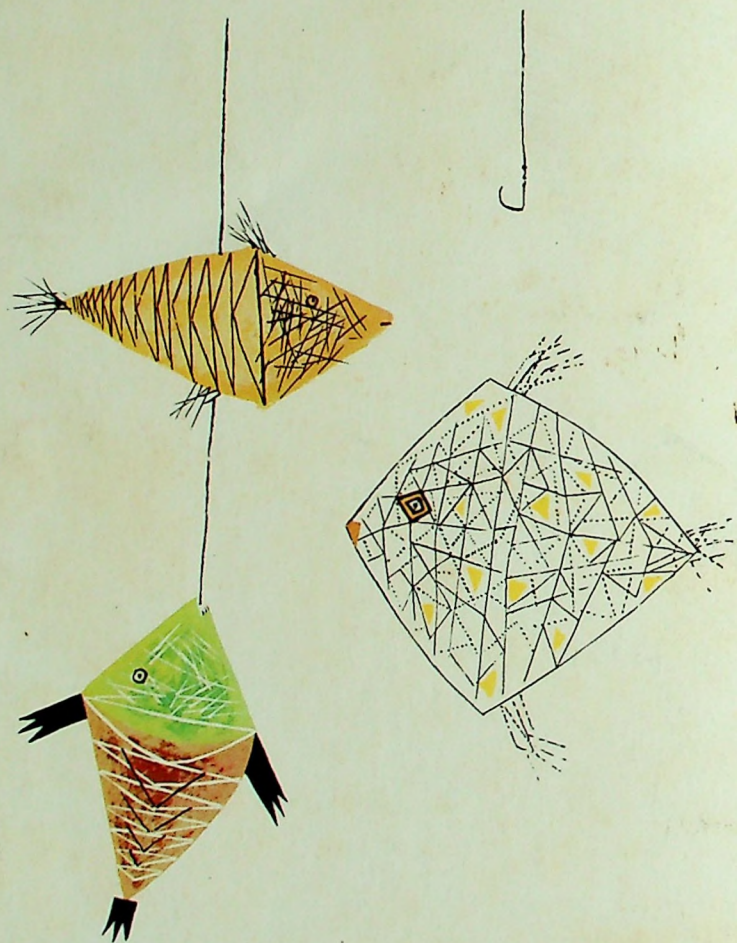
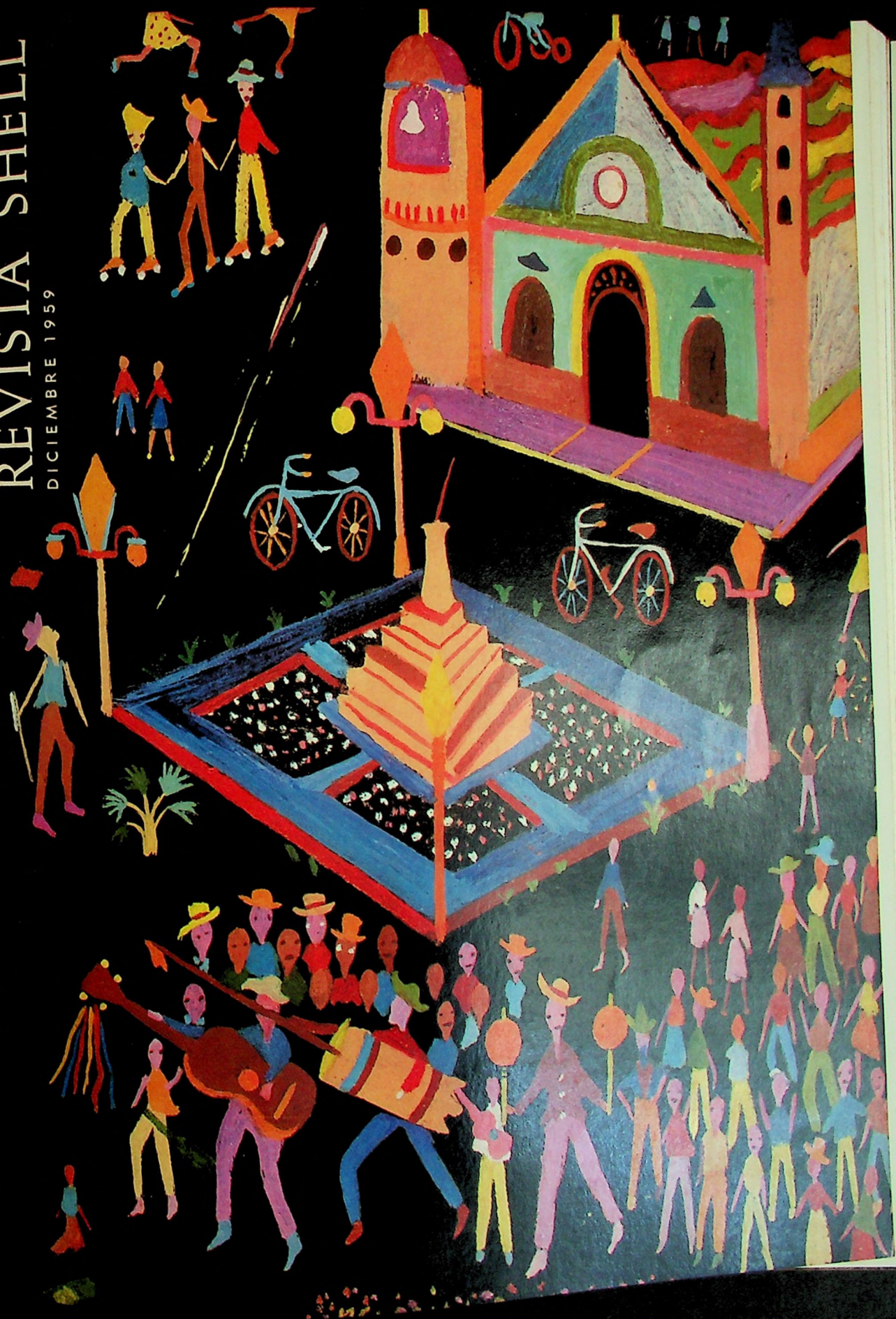




REVISTA SHELL

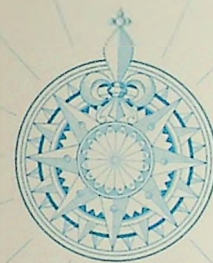
DICIEMBRE 1959



REVISTA SHELL

PORTADA

Recuerdo de siempre, intrascendente en la medida de lo muy humano, con la reposada majestad de lo que puede ser cada día en la vida de cualquiera —como sus colores, su trazo y su concepción—, es el acontecer que Feliciano Carrallo va reuniendo en su trajín de andariego curioso y pintor ingenuo de las ocasiones simples y hermosas que la vida nos regala sin que ya casi lo advertamos, extraviada la sensibilidad por pensamientos de mayor penetración y misterio. Surgido livianamente de su alma artística, sin estridencia ni alarde, pleno de la sencillez de quien lo hizo y es un hombre del pueblo que sólo dice que le gusta pintar, está en nuestra Portada su cuadro "La Navidad".



DICIEMBRE

En el Norte la nieve limita con el cielo y Diciembre estrena transparente abrigo de neblinas y pone a calentar las manos ateridas en el fuego que enciende el júbilo infantil sobre trineos, sobre veloces pájaros de hielo, alrededor de efímeras estatuas que sonríen en la ronda de voces navideñas. En el Norte la nieve, y el Arbol de Noel poblado de aves que iluminan el amor crepuscular de los abuelos y el sueño matutino de los nietos.

En el sur el sol limita con el hombre y Diciembre viste traje deportivo para pasear con la muchacha en cuya boca nace el rojo manantial del día. Hacia el Sur, el sol. Y ciudades donde corre el río morado de las uvas arrastrando el corazón frutal de la montaña, mientras los limoneros ofrendan al verano el ácido licor de sus fontanas. Hacia el Sur, Diciembre es un paseante bajo la catedral del parque y en el cálido aliento de las pampas.

Y en el Centro, en la gruesa cintura del Mundo, Diciembre limita con la luz y con la transparencia, mientras suenan alegres gaitas; ingenuos Nacimientos reconstruyen mundos de maravilla; y los niños cantan aguinaldos mientras rezonga el tambor y ríen las maracas y gritan cuatros y guitarras de multicolores cabelleras despeinadas. En el Centro, Diciembre riega aromas de pascua florida, y es hornero del pan y agitador de multitudes que tienen vibración de mariposas.

Y en el Norte y en el Sur y en el Centro Diciembre es pastorcillo adolescente, sabio en el arte de juntar los afectos dispersos en la dulce comarca solariega donde crece la hierba de fábulas pretéritas, mientras al dulce son de un mágico instrumento hace pensar al Hombre que es hermano del Hombre, y sólo tiene brazos y corazón que dar en el instante mismo en que doce heraldos sonoros anuncian la partida, la ineluctable fuga.

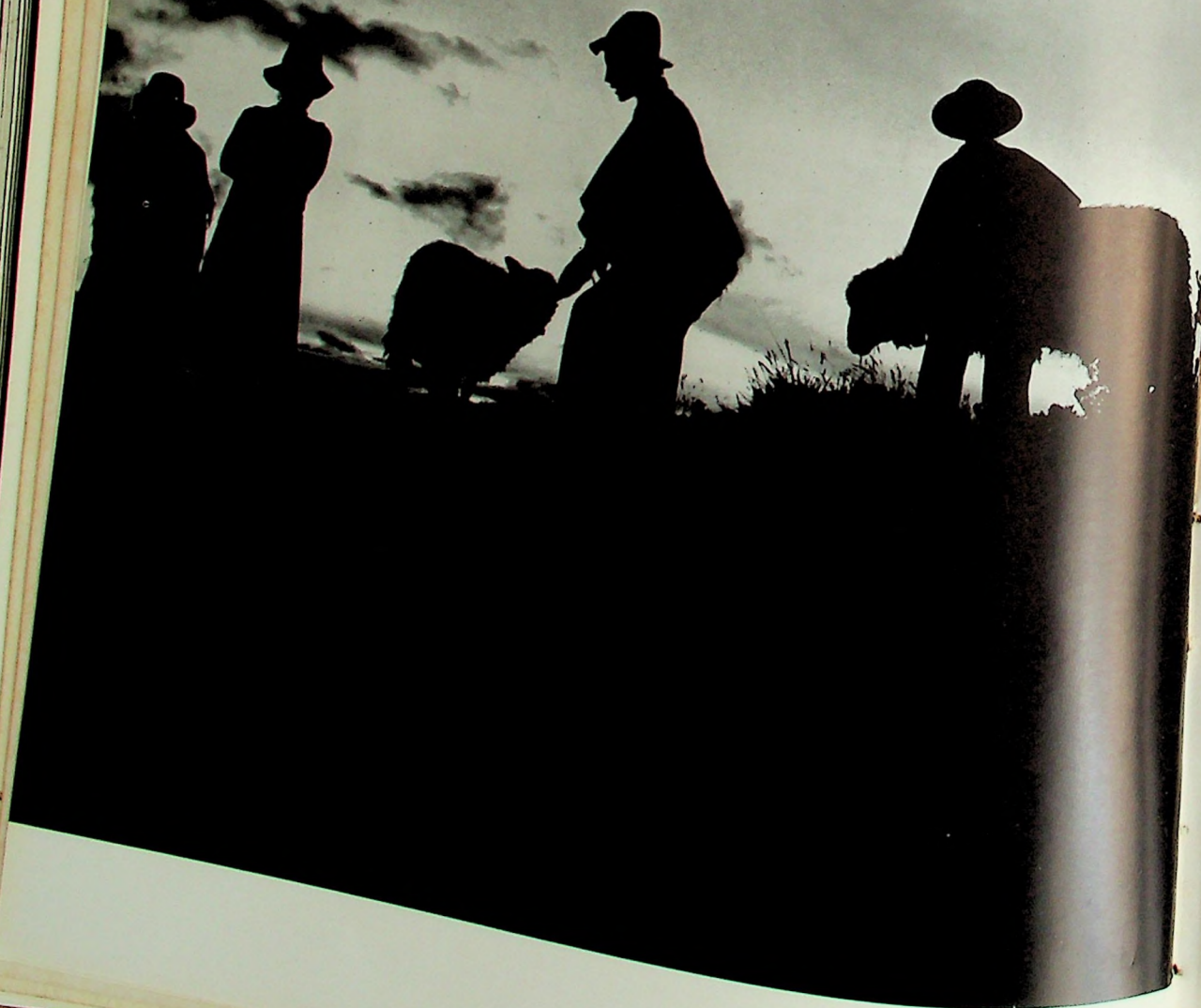
S U M A R I O

- LA NATIVIDAD DEL SEÑOR por *Pbro. Juan Francisco Hernández*: 7
VISITA DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT A CARACAS. por *Oscar Sambrano Urdaneta*: 10
DIEZ JÓVENES ESCULTORES BRITÁNICOS. por *Alejandro Otero*: 16
PREGÓN-CAFÉ EN LAS MISAS DE AGUINALDO. por *Morita Carrillo*: 24
EL CONTROL EXTERNO SOBRE LA BANCA. por *Carlos Rafael Silva*: 26
UNA MIRADA AL GRAN MUNDO DE LOS PEQUEÑOS INSECTOS. por *Ernesto Doreste S.*: 30
MERCADO DE LAS PULGAS. por *Pierre Couret*: 37
LA PARADURA DEL NIÑO. por *Dario Novoa Montero*: 40
IMÁGENES DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. por *Ricardo Gallón*: 48
TRAS LA HUELLA DE NOTABLES CAZADORES. por *Pedro Hernández Camacho*: 56
DE LA CARACAS VIEJA Y GLORIOSA. por *Victor Aragón*: 62
LO QUE NOS DICEN LAS PIEDRAS — LAS ROCAS. por *José Rojo y Gómez*: 72
DOS CAUCES DE LA HISTORIA VENEZOLANA. por *Ramón Escovar Salom*: 78

"NUESTRA FOTO"

Cada año, la Navidad sacude la espesa opacidad de la existencia
siempre más problemática del hombre, para llenarle de la diaphanidad
de una esperanza por vivir más feliz, donde todos vayan al paso
del mismo anhelo bondadoso. Se puede columbrar así, por entre
las sombras del presente indeciso, una claridad de bien humanitario
cuyo esplendor será la obra de todos en el empeño total de una vida
apacible y grata, como la de estos pastores de la montaña que captó Leo Matiz.

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela
Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación
Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen
Distribución gratuita
Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista





Jesús, José y María, en la concepción del pintor Francisco Reyes Henríquez.

POR PBRO. JUAN FRANCISCO HERNANDEZ

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

De todas las fiestas cristianas la Navidad es, sin duda, la que más hondamente ha llegado hasta el alma popular. Su característica es la cordial alegría que suscita hasta en los incrédulos. Alegría en el pueblo. Se espera y se prepara para la fiesta con muchos días de anticipación, y se prolonga por muchos más. Se celebra alegremente la Noche Buena, se asiste a la Misa del Gallo, precedida en catedrales y comunidades por el canto solemne de los alegres maitines del día. Se contemplan, con agrado siempre nuevo, los Nacimientos, que es la nota típica y tradicional entre nosotros, junto con las hallacas y el dulce de lechosa. En España, durante estos días, se hace imprescindible el turrón. Típicos son también el *San Nicolás* y el *árbol de Navidad* en los países del Norte y sus influidos; las *consoadas* en Portugal, sus provincias coloniales y el Brasil; el *Falò* en Italia; las *posadas* en México; la *paradura* en Mérida, etc.

Y en casi todos los países, aun los no del todo cristianos, el 25 de diciembre es la *gran fiesta de la familia*, que se reúne en casa de los padres o abuelos, para festejar, entre alegrías, las más sanas y fecundas, el Nacimiento del Salvador del mundo.

A lo largo de los siglos, los artistas cristianos se han ocupado en reproducir todos los momentos de la Natividad del Señor, con la adoración de sus Padres, de los Angeles, Pastores, Magos, etc. Las primeras manifestaciones de que tenemos noticias son, una en el sarcófago del Museo de Letrán, de la primera mitad del siglo cuarto y la otra en las catacumbas de San Sebastián, del mismo siglo.

La inspiración adáptase, en el fondo, al relato evangélico. Pero el Evangelio es demasiado conciso. Los artistas necesitan poner a trabajar la imaginación y por eso se acogen a otros relatos más ricos en pormenores, sugerencias y leyendas, tales como los varios evangelios y otros escritos apócrifos, todo lo cual muy pronto entra a formar parte de la tradición popular cristiana. Este es el caso, por ejemplo, del buey y de la mula, que aparecen en la casi totalidad de los cuadros, belenes

y otras representaciones navideñas, a pesar de que en la Biblia nada se dice de esta pareja de brutos. San Lucas, habla sólo de pesebre. El apócrifo del pseudo-Mateo añade la presencia de esos dos animales. De ellos hablan también Orígenes, San Gregorio Nacianceno y San Ambrosio. El fundamento más cierto de este detalle es la interpretación, literal o simbólica, de la profecía de Isaías, a que hacíamos referencia anteriormente.

De estas mismas fuentes apócrifas proviene la ausencia de San José en casi todas las representaciones en el momento del nacimiento y la presencia de una o varias parteras. Contra este último pormenor, escribe tajante San Jerónimo. En los reinos de la Península Ibérica lograron ellas éxito muy escaso.

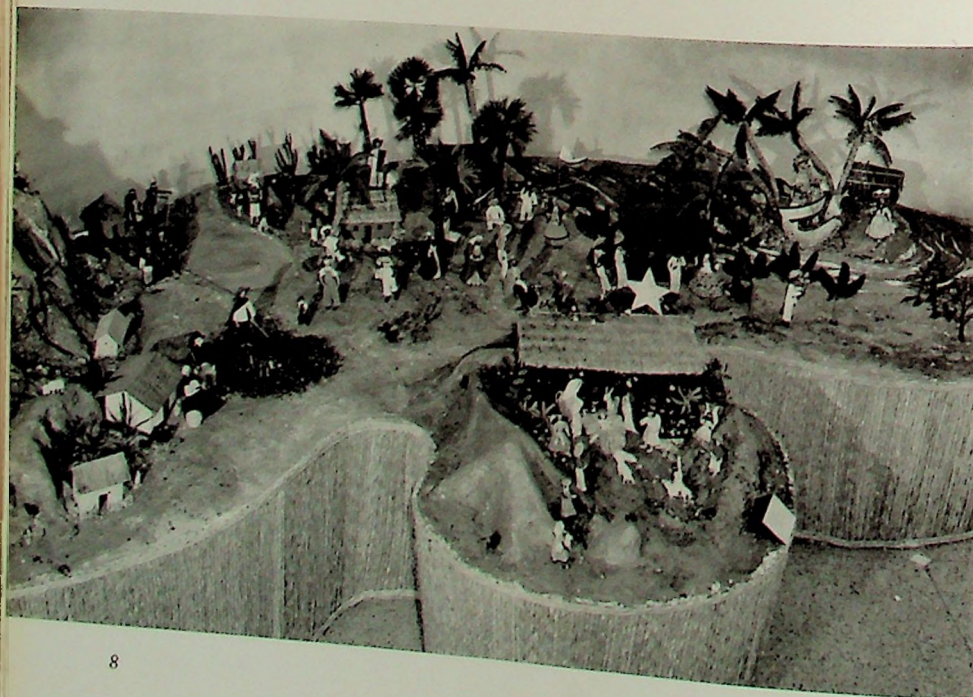
Pesebre navideño con elementos tomados del ambiente nacional.





Arriba: Los Tres Reyes Magos.

Abajo: Como simbolizando la extensión nacional del fervor navideño, este Nacimiento fue desarrollado sobre una representación de nuestra geografía.



Otra costumbre es el pintar desnudo al niño recién nacido. Esto va contra el mismo relato evangélico. "Parió a su hijo primogénito y lo envolvió en pañales y acostó en un pesebre".

Típicas son también en el arte cristiano, especialmente popular, las representaciones topográficas del Belén y de la gruta, hechas de musgo, corcho, cartón, anime, papel de periódico y trapo.

Se atribuye a San Francisco de Asís el primer nacimiento o pesebre que se construyó en el mundo. Ocurrió el hecho con ocasión de la Navidad de 1223 —tres años antes de la muerte del santo— en el convento de Fonte Colombo, cerca del bosque de Greccio. El documento se encuentra en una de las dos vidas —la primera— que de San Francisco escribió Celano (1).

Corresponde la narración a todo el capítulo XXX de esa biografía, que corre inserta en la segunda edición del libro, de la colección BAC, "Escritos completos de San Francisco de Asís y Biografías de su época" (2). Transcribo algunos párrafos a continuación:

"Ciertamente es digno de piadosa y eterna memoria lo que, tres años antes de su gloriosa muerte, llevó a cabo el día de Navidad en honra de Nuestro Señor Jesucristo, en un pueblo por nombre Greccio. Moraba en aquel lugar un digno señor llamado Juan, de buena reputación y mejor vida... Quince días antes de Navidad llamóle Francisco, como hacía otras veces, y le dijo: "Si deseas que celebremos en Greccio la próxima fiesta del natalicio divino, adelántate y prepara con diligencia lo que voy a indicarte. Para hacer memoria con mayor naturalidad de aquel divino Niño y de las incomodidades que sufrió al ser reclinado en un pesebre y puesto sobre húmeda paja junto a un buey y un asno, quisiera ba-



Izquierda: Reproducción de un grabado que representa el nacimiento de Jesús, tomado del incunable "LIBER CRONICARUM", publicado en Nuremberg en 1493. Derecha: Pesebre navideño de estilo tradicional.

cerme de ello cargo de una manera palpable y como si lo presenciara con mis propios ojos". Oyendo esto el buen hombre apresuró a preparar en aquel lugar todo lo que le había dado a entender Francisco".

"Llegó por fin el día de la alegría y la hora de la satisfacción apetecida. Fueron convidados religiosos de varias partes, los hombres y mujeres del lugar, según su posibilidad, y con íntimo gozo, con luces y hachas, se dispusieron a iluminar aquella noche, que con inmensa claridad, cual astro refulgente, irradia sobre los días y los años. Llegó en último lugar el siervo de Dios, y hallándolo todo a punto según lo deseaba, alegróse en extremo. Dispónese luego el pesebre, acomódase la paja y se trae el buey y el asno. Hónrase allí la sencillez, se elogia la pobreza, se celebra la humildad, y Greccio se convierte en otra ciudad de Belén. Queda la noche iluminada como claro día y da placer a los hombres y a los animales. Llegan los pueblos y animan con nuevo entusiasmo y fervor aquel admirable misterio. Resuenan en el valle las voces, y los ecos responden con estremecimiento. Cantan los religiosos entonando las divinas alabanzas y transcurre la noche en santa alegría. Contempla extático el siervo de Dios el pesebre, suspira tiernamente y se le adivina rebosando ternura y nadando en mar de celestiales gozos. Celebrase el santo sacrificio de la misa junto al pesebre, y el sacerdote disfruta de inusitado consuelo".

"Viste Francisco los ornamentos sagrados propios del grado de diácono, a cuyo orden estaba elevado, y con voz conmovida entona el santo Evangelio... Su lengua, cuando ha de nombrar al Niño de Belén o el nombre tiernísimo de Jesús, mueve alrededor de los labios cual si lamiese saboreando algo dulcísimo y gustase el grato sabor de aquella divina palabra.

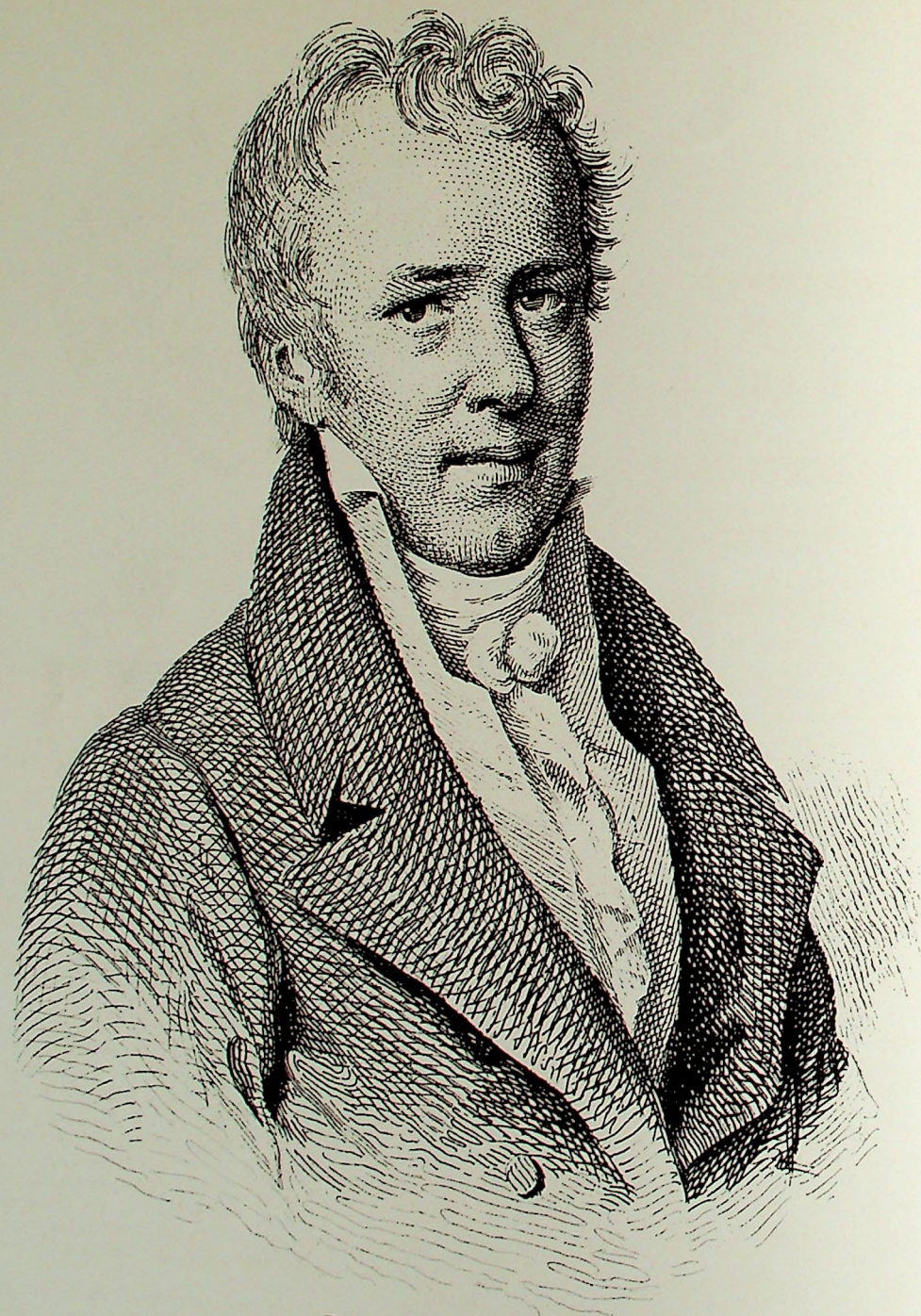


El Altísimo multiplicó allí sus maravillas, pues un hombre piadoso de los que allí había contempló una admirable visión. Vio un niño exánime reclinado en el pesebre, al cual se acercó el santo varón de Dios y lo resucitó tan suavemente cual si el despertar del sopor del sueño... Cesaron por fin, los solemnes cultos, y cada cual volvió a su casa lleno de gozo y alegría".

Gozo y alegría, entusiasmo en la bondad que el hombre lleva consigo como parte de su propia condición, dicho estremecimiento del ánimo amistoso de la humanidad entera, amor y convivencia entre todos, son la realidad que ansía la emoción cristiana ante la presencia de Jesús recién nacido...

- (1) Celano (Tomás de) Francisco, poeta y músico italiano, n. en Celano, de donde tomó el nombre, y m. probablemente en 1255. Fue uno de los primeros seguidores del Doctor Seráfico, cuyas doctrinas propagó en Germania. En 1221 fue nombrado guardián del convento de menores de Worms y luego de los de Colonia y Maguncia. Regresó a su patria en 1230 y escribió, a instancias de Gregorio IX, una vida de San Francisco, la cual fue descubierta en 1893 por Sabatin en la biblioteca de la Facultad de Medicina de Montpellier, y publicada en 1894 en París, con el título de *Vie de Saint François d'Assise*.
- (2) Fr. Juan R. de Legisima OFM y Fr. Lino Gómez Canedo OFM. Editorial Católica. Madrid, 1949.

PBRO. JUAN FRANCISCO HERNANDEZ. Venezolano. Nació en el Estado Miranda, en 1915. Periodista, Profesor de la Escuela de Servicio Social y de la de Enfermeras. Desarrolla una intensa actividad religiosa en programas de televisión. Ha publicado "Siempre Listo", "Criba", "Lo que no se puede radiodifundir", "Conferencias Sociales", "Devocionario de la Enfermera", "Urbanidad y buenas maneras en la Iglesia", "Brocales Abiertos" y "Vida y Destino". Ha tratado extensamente el tema navideño.



*Federico Enrique Alejandro
Barón de Humboldt*

A l norte de Caracas existe una pequeña plaza que los jardineros cultivan con esmero. Frente a ella, y como atalaya sagrada de la ciudad, está el Panteón Nacional. Tiene éste forma de iglesia, y antaño lo fue. La iglesia estaba consagrada a La Trinidad y era uno de los templos más antiguos de Caracas. En el ángulo noroeste de aquella plaza, y en el sitio donde ahora se levanta un pequeño edificio, estuvo situada la casa donde Alejandro de Humboldt fue hospedado por el Gobernador General de la Provincia, don José de Guevara Vasconcelos, en el año de 1799, cuando el célebre sabio prusiano llegó a Santiago de León de Caracas.

Alejandro de Humboldt es una de las figuras más resaltantes de la ciencia europea en el siglo pasado. Desde muy niño nació en su espíritu la pasión por los viajes de estudio y de exploración geográfica, por el intento de arrancarle a la Naturaleza sus variados y atractivos secretos. Humboldt recibió desde joven una severa formación, y se preparó integralmente para recorrer aquellas regiones del Globo casi desconocidas para la ciencia geográfica y natural de su época.

A mediados de 1799, Humboldt viajó de Alemania hasta España, con el objeto de lograr autorización de la monarquía española para viajar por algunas colonias de América. El Rey Carlos IV lo proveyó de un magnífico pasaporte, en el cual se recomendaba a todas las autoridades coloniales que atendiesen muy bien y cediesen toda clase de facilidades al joven investigador. Humboldt tenía entonces treinta años, y casi puede afirmarse que había pasado su vida en espera de aquel momento extraordinario en que podía hacer realidad sus sueños de viajero. El 5 de junio de 1799 se embarcó en el puerto de La Coruña con rumbo al Nuevo Continente. Lo acompañaba otro gran científico, que hubo de hacer junto con Humboldt toda la ruta. Se llamaba Amado Bonpland. El barco que los conducía era la corbeta "Pizarro". Antes de salir a mar libre, aquella embarcación tuvo que sortear cautelosamente el bloqueo de la Armada inglesa, representada en aquellos sitios por dos fragatas y un bajel.

El mar estaba sumamente picado, y los viajeros tuvieron que aguardar. El 4 de junio cesó el mal tiempo, y al siguiente día, a las dos de la tarde, la "Pizarro" levó anclas e impulsada por

Visita de Alejandro de Humboldt a Caracas



Esquina del Panteón, Parroquia de La Pastora, Caracas.

vientos favorables hizo rumbo hacia el noroeste. A las nueve de la noche, y en medio de la oscuridad total que reinaba a bordo, por temor a los buques ingleses, Humboldt contemplaba con los ojos humedecidos por la emoción, la luz de una cabaña de pescadores, que poco a poco se iba confundiendo con las estrellas que se alzaban en el horizonte. Aquel débil punto luminoso era el último contacto de los viajeros con el continente natal.

Alejandro de Humboldt no venía para Venezuela, pero una circunstancia, feliz para nosotros, lo llevó a desembarcar en Cumaná, el 16 de julio. En efecto, a bordo de la corbeta habíase desatado una epidemia de fiebre maligna, y la noche del 14 al 15 de julio, muy

cercanos a las costas orientales de Venezuela, los pasajeros que aún no se habían contagiado, tomaron la decisión de quedarse en Tierra Firme. En la resolución de Humboldt y Bonpland pudo haber influido, a más de la circunstancia anterior, este episodio, muy poco glosado por los escritores, pero tal vez de importancia decisiva en el interés que la naturaleza venezolana cobró para los científicos.

Cuando el "Pizarro" estaba cerca de la isla de Coche, observáronse dos piraguas indígenas, a las cuales se les llamó la atención con dos cañonazos de alerta. Pese a que la corbeta había enarbolado el pabellón de Castilla, los tripulantes de las piraguas no se atrevían a aproximarse a la nave, por temor de que fuera

inglesa; e inmóviles como estatuas de bronce, observaban con mucha cautela y desconfianza las maniobras de la embarcación. Cuando ésta se acercó lo suficiente a las canoas, y se pudo llamar en español a sus tripulantes, éstos abandonaron todos sus recelos y se encaminaron resueltamente a la nave. Eran fornidos indios guaiqueríes, pertenecientes a una de las razas indígenas más hermosas de la Tierra Firme. Habían zarpado de Cumaná a buscar madera en los bosques de cedros que entonces se extendían cerca de la desembocadura del río Carupano. Aquellas pobres piraguas de los indios guaiqueríes, amarradas al costado del buque español, traían un extraordinario tesoro para los ojos de Humboldt. En efecto, veíanse al fondo de las canoas las provisiones que llevaban los piragüeros: cocos tiernos, de azucarado y blando corazón; rojos y apetitosos pescados; racimos de amarillos bananos, cubiertos por grandes hojas de bijao; frutos de la *Crescentia* servían de copa a los naturales; y tirada en un rincón podía verse la acorazada armadura ósea de un cachicamo. Sin saberlo, aquellos pobres guaiqueríes estaban trayendo en sus piraguas una muestra encantadora de las riquezas que guardaban la flora y la fauna venezolanas. Y eran aquellos verdes cocos, aquellos bananos madurados por el sol



Alexandre de Humboldt (Dibujado del retrato original de Steuben y grabado por Ambroise Tardieu).

tropical, aquellas grandes y carnosas hojas de bijao, la cumplida embajada que la Naturaleza americana enviaba a darle la bienvenida a Humboldt, y a invitarlo a visitar sus dominios, repletos de secretos encantos para la amorosa pupila del sabio naturalista.

Pero este interesante encuentro no hubiese estado completo sin la presencia

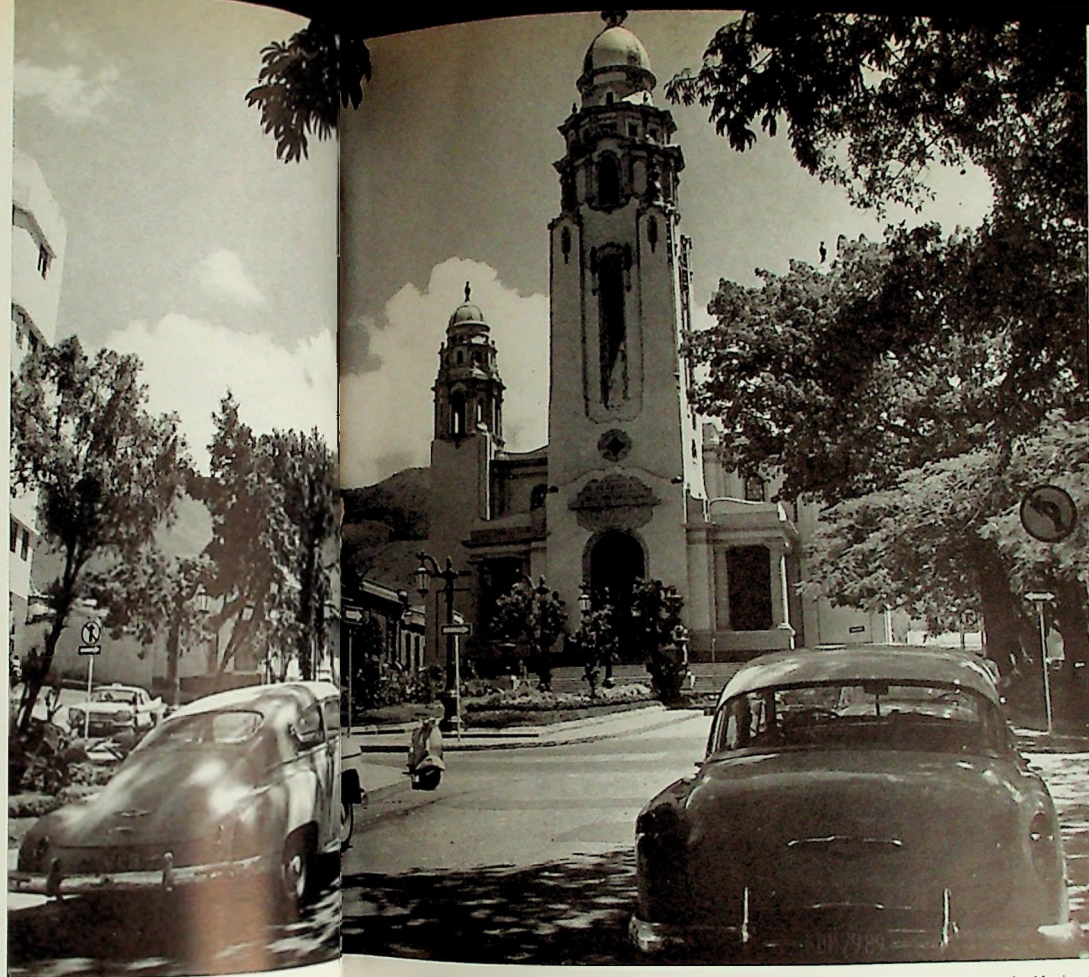
del hombre americano. Uno de los patrones de aquellas piraguas aceptó quedarse a bordo del "Pizarro" para servir como piloto práctico. Esa noche, en el puente de la nave, mientras el indio aferrado a la rueda del timón conducía la corbeta hacia las costas de Cumaná, Humboldt se le acercó con ánimo de obtener de él alguna relación del país al que estaban a punto de llegar. Mientras las olas producían suave cadencia sobre las bandas del buque, y una luz tenue bajaba de las constelaciones australes, aquel viejo guaiquerí, sabio en las cosas de su tierra y de su mar, estimulado por el amistoso interés de Humboldt, comenzó a relatar con sencillas palabras, llenas sin embargo de un poderoso aliento poético, los maravillosos seres que poblaban aquellas regiones. Habló de animales y de plantas, de frías regiones montañosas; de cálidas llanuras cruzadas por grandes ríos, y de cocodrilos que parecían troncos errantes; y de tembladores que podían matar a un caballo con una de sus descargas eléctricas; y de enormes serpientes gruesas como el muslo de un hombre; y de las grandes y misteriosas selvas, más allá del Orinoco... El corazón de Humboldt temblaba de regocijo, de religiosa emoción, y ya la tierra venezolana, construida limpia y luminosamente por la fábula del guaiquerí, había echado profundas raíces en el alma del sabio.

Visitando la provincia de Cumaná permaneció Humboldt por espacio de cuatro meses, en los cuales hizo estudios del Golfo y de la Península de Araya, de las tribus guaiqueríes y chaimas. Exploró detenidamente la Cueva del Guácharo, con razón tenida como una de las maravillas del mundo en su género. A mediados de noviembre de 1799, Humboldt se embarcó con destino a La Guaira, mientras Bonpland hacía la travesía por tierra, con el objeto de enriquecer la colección de plantas tropicales que ambos científicos estaban haciendo para llevarla a los Museos de Europa. Humboldt no pudo detenerse en La Guaira, porque aquel puerto estaba infestado por una epidemia de fiebre amarilla. Así que, tomando el viejo camino de recuas que tramontaba el Avila, el joven sabio se encaminó a la capital provincial atravesando sitios como El Guayabo, La Venta, el Fortín de la Cuchilla, Sanchoquiz, hasta llegar a la Puerta de Caracas. Pero detengámonos un momento en la antesala de la ciudad.

Humboldt ha llegado a La Venta, que era una posada de camino, donde los viajeros calmaban el hambre y el cansancio, y buscaban refugio cuando el frío

viento que bajaba de La Silla cortaba la carne de los jinetes, y la espesa neblina borraba los contornos del paisaje. Situada estratégicamente a mitad de la ruta, La Venta gozaba, en tiempo despejado, de un agradable clima y de un excelente panorama, que le habían dado ya alguna celebridad en Europa y en los Estados Unidos. Estamos a 21 de noviembre de 1799, y el más reciente acontecimiento político que ha conmovido la opinión pública caraqueña ha sido la ejecución de José María España, quien murió en la horca por delito de rebelión contra la monarquía española. Preciando el riesgo que ello significaba, un grupo de viajeros reunidos bajo la sombra de los árboles que circundaban a La Venta, conversaban en alta voz y hacían inflamados comentarios políticos. Pero dejemos a Humboldt la narración directa de sus primeras impresiones de la gente caraqueña:

"Hallé reunidos en derredor de la pe-



El Panteón Nacional.

queña fonda de El Guayabo a muchos viajeros que ponían a descansar sus mulas. Eran caraqueños y disputaban entre sí acerca del movimiento por la independencia que había tenido efecto poco tiempo antes. José España había sucumbido en el cadalso; su mujer gemía en una casa de reclusión, porque había dado asilo a su marido fugitivo y no lo había delatado al gobierno. Sorprendíome la agitación que reinaba en los ánimos, la acritud con que discutían cuestiones sobre las que hombres de aquel mismo país no debieran diferir en opinión. Mientras disertaban sobre el odio de los mulatos contra los negros libres y los blancos, sobre la riqueza de los frailes y la dificultad de mantener los esclavos en la obediencia, un viento frío que parecía descender de la alta cima de La Silla de Caracas, nos envolvió en una espesa bruma y puso término a una conversación tan animada. Se buscó refugio en La Venta del Gua-

yabo. Cuando entramos en la hostería, un hombre de edad, que con mayor calma había hablado, recordó a los demás cuán imprudente era, en esos tiempos de delación, entregarse a discusiones políticas. Tales palabras, pronunciadas en un lugar de tan salvaje aspecto, me causaron una viva impresión.

Este episodio que Humboldt presencié, tiene singular importancia, pues desde el primer momento revela al viajero el carácter, la ideología y el temperamento de los caraqueños, apasionados en la discusión del tema político, audaces para expresarse sin reservas aun en los tiempos en que hacerlo supone un grave riesgo, pero contradictorios y acres en el enjuiciamiento de asuntos de interés común, y tardos en reconocer algún valor a las opiniones ajenas. Por eso Humboldt se sorprendía de que hombres de una misma tierra, sometidos a un mismo destino histórico, no se pusieran de acuerdo sobre cuestiones en

las que no deberían existir tan opuestos criterios.

Humboldt llegó a Caracas el 21 de noviembre de 1799, y fue objeto de un gran recibimiento por parte de la hospitalaria ciudad. El Capitán General de la Provincia, don José de Guevara Vasconcelos, le tenía reservada una casa para que el sabio la habitase a sus anchas y pudiese trabajar con entera comodidad. La presencia de Humboldt en Caracas fue todo un acontecimiento para la villa, que entonces no tenía más de unos cuarenta mil habitantes. Su casa se vio visitada por personas que tenían un gran interés en observar de cerca, y por primera vez, aquellos instrumentos científicos que portaba el sabio, entre ellos, una brújula de inclinación, un reloj de longitudes, varios anteojos telescópicos, dos sextantes, barómetros, termómetros, sondas, microscopios. A Humboldt se le hicieron repetidas invitaciones de carácter social, pero el investigador apenas si tenía tiempo para estudiar la constitución geológica del valle, su cambiante clima, las lluvias, la multiforme vegetación, la altitud de la ciudad sobre el nivel del mar, y todos aquellos datos que le servían para hacer cuidadosas anotaciones en sus memorias de viaje. La ciudad de Caracas impresionó hondamente a Humboldt, y casi podría decirse que la amó a su manera. Así se expresa el sabio de las atenciones que recibió:

"Dos meses pasé en Caracas. Habitábamos el Sr. Bonpland y yo en una casa grande, casi aislada, en la parte más elevada de la ciudad. Desde lo alto de una galería podíamos divisar a un tiempo la cúspide de La Silla, la cresta dentada de Galipán y el risueño valle del Guaire, cuyo rico cultivo contrasta con la sombría cortina de montañas en derredor (...). Si teníamos por qué estar satisfechos de la disposición de nuestra casa, lo estábamos aún más por la acogida que nos hacían las clases todas de los habitantes (...). Se experimenta en el seno de las familias ese sentimiento de bienestar que inspiran una jovialidad franca y la cordialidad unida a la cortesía de los modales". En las observaciones anteriores dejaba impresa Humboldt la huella de su complacencia por la gentileza de los hijos de Santiago de León. El maestro Santiago Key-Ayala, caraqueño por nacimiento, caraqueño por su obra, caraqueño por su entrañable amor a la ciudad natal, ha escrito este hermoso elogio, que ahora viene a cuento:

"Caracas es gentil en todas las significaciones del vocablo. Gentil en su hos-

pitalidad, en su trato cordial y sin ceremonia; gentil en sus bromas y en sus burlas; gentil en sus homenajes y en sus adoraciones (...) La Gentil lo es por su ligereza, su generosidad, su versatilidad, por la gracia exquisita de sus mujeres, el ingenio fino y hondo de sus chistes, la punzante observación de sus sátiras, la donosura de sus epigramas. Gentileza que en la gente educada no llega a ser majeza. Se la ama por todo ello; porque se hace amar y es digna de ser amada. Luego de comprendida y amada, nunca olvidada. Los viajeros tienen para ella el recuerdo fácil y melodioso. A su vez, Caracas sabe amar a los que la aman y guardan con fidelidad sus recuerdos. Decidlo vosotros, extranjeros de todas las razas que anidásteis como aves de paso en sus aleros y dejásteis de ser extranjeros, porque ella hizo suyos vuestros espíritus, vuestros talentos, vuestras inquietudes, vuestras actividades. Dígalo Alejandro de Humboldt, Apolo artista y Hércules de la Ciencia...

No escaparon al ojo zahorí de Humboldt los fermentos revolucionarios que ya empezaban a preparar en firme la independencia venezolana. En efecto, el sabio observador dejó estampadas estas impresiones, que el tiempo se encargó de corroborar:

"En Caracas existen, como donde quiera que se prepara un gran cambio en las ideas, dos categorías de hombres, pudieramos decir, dos generaciones muy diversas. La una, que es al fin poco numerosa, conserva una viva adhesión a los antiguos usos, a la simplicidad de las costumbres, a la moderación en los deseos. Sólo vive ella en las imágenes del pasado, le parece que la América es



Retrato de Alejandro de Humboldt, hecho en París en 1848.



F. H. Alexandre de Humboldt. Nació en Berlín, el 14 de septiembre de 1769. Murió en la misma ciudad, el 6 de mayo de 1859. (Dibujo de Judec).

propiedad de sus antepasados que la conquistaron; y porque detesta eso que llaman la ilustración del siglo, conserva con cuidado como una parte de su patrimonio sus prejuicios hereditarios. La otra, ocupándose menos aún del presente que del porvenir, posee una inclinación, irreflexiva a menudo, por hábitos e ideas nuevas. Y cuando esta inclinación se halla acompañada del amor por una instrucción sólida, cuando se refrena y dirige a merced de una razón fuerte e instruida, sus efectos resultan útiles para la sociedad".

Sabías observaciones éstas de Humboldt, pues tal parece que si por algo hemos pecado los venezolanos a lo largo de nuestra historia, no ha sido por falta de generaciones que alimenten la pasión y el interés por las ideas progresistas, sino por falta de suficiente preparación

personal para encauzar nuestra acción por otros caminos que no sean los de la temeraria hazaña del caudillo, la improvisación en la vida pública y el querer dirigir los destinos comunes como quien administra una hacienda privada.

No sólo impresionó a Humboldt el pensamiento político de los caraqueños, o la fresca naturaleza del valle. También tuvo tiempo y espíritu para captar las manifestaciones artísticas de la ciudad. Y así, en uno de los capítulos de su viaje deja consignadas estas amables notas, donde descubre ya la inclinación de nuestras gentes por las actividades del arte, en contraste con cierta negligencia o descuido por el cultivo de las ciencias exactas:

"Noté en varias familias de Caracas gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura

francesa e italiana, una decidida predilección por la música, que se cultiva con éxito y sirve —como siempre hace el cultivo de las bellas artes— para aproximar las diferentes clases de la sociedad. Las ciencias exactas, el dibujo y la pintura no poseen aquí esos grandes establecimientos que México y Santa Fé deben a la munificencia del gobierno español y al celo patriótico de los nacionales. En medio de una naturaleza tan maravillosa y tan rica en producciones, nadie en estas playas se ocupaba del estudio de las plantas y de los minerales".

Creyó Humboldt que podía estar en el interés de los caraqueños el escalar las montañas vecinas a la ciudad. Cansado de indagar si alguien había ascendido a La Silla de Caracas, y ante las respuestas negativas, decidió intentarlo por primera vez. La noche del dos de enero, Humboldt y Bonpland estaban en la hacienda La Estancia, propiedad de un señor Gallegos, al pie del Avila. A las cinco de la mañana partieron dieciocho personas a la conquista de la cima. Desde cierta altura ya no se veía la casa de la hacienda, oculta por la rupida fronda de bucares e higueras de la India. Sólo la cascada del río Chacaito se escuchaba entre el follaje, mezclada con cantos de pájaros madrugadores. Sumamente penosa era la ascensión, y la hierba reseca estaba muy resbaladiza. Casi todos los acompañantes de Humboldt y Bonpland, entre los cuales se contaba el joven Andrés Bello, se quedaron a medio camino, y los científicos se vieron precisados a echar por delante a los portadores de los instrumentos y de las viandas, pues de lo contrario corrían el riesgo de llegar solos a la cima. Por fin, hacia el mediodía, llegaron a la cúspide, y aun cuando por poco tiempo, debido a la bruma que reina en aquellas alturas, lograron gozar de un hermoso panorama, que abarcaba un gran sector del mar Caribe. A las cuatro y media de la tarde decidieron regresar, pero el crepúsculo, que en las regiones tropicales es muy breve, y casi no permite transición entre la noche y el día, echó sobre los expedicionarios un manto de oscuridad. Pasaron la noche, cansados y sedientos, al pie de la montaña, mientras todos los catalejos de Caracas divisaban la trémula hoguera en torno de la cual se agrupaban los viajeros. De abajo, del valle, se escuchaban acordes de guitarras. Eran los peones de La Estancia que gustaban de hacer sonoro el corazón de la noche.

El 7 de febrero partió Humboldt de Caracas para explorar el Orinoco y las selvas de la Guayana. Llevaba impresa

en sus más gratos recuerdos la imagen de Caracas, y años después, al redactar sus *Memorias de Viaje*, consignó este párrafo, por donde circula un suave aire de elegía:

"Partimos de Caracas el 7 de febrero, con la fresca de la tarde, para emprender nuestro viaje al Orinoco. El recuerdo de esta partida es hoy para nosotros más doloroso de lo que fue hace algunos años. Nuestros amigos han perecido en las sangrientas revoluciones que a su vez han concedido o arrebatado la libertad a estas apartadas regiones.

en la mirada y en las ideas. Charlan el joven y el sabio, el futuro héroe y el nuevo descubridor de América. Charlan, y en el curso de la conversación el joven pregunta con vivo interés:

—¿Cree usted, Maestro, que América está ya madura como para intentar la lucha por su independencia política?

No titubea el sabio para responder. Con gustosa narración recuerda sus impresiones y asiente en cuanto a la madurez política de los pueblos hispano-americanos. Sólo tiene una objeción que hacer:



Placa en el edificio que ocupa ahora el lugar en que estuvo la casa donde fue hospedado Humboldt, en 1799.

La casa que hemos habitado ya no es sino un montón de escombros. Pavorosos temblores de tierra han cambiado la superficie del suelo. La ciudad que describí ha desaparecido. En sus propios asientos, en esa tierra agrietada, se levanta con lentitud otra ciudad. Las ruinas amontonadas, sepulcros de una misma población, ya son de nuevo morada de hombres".

Ya parten Humboldt y Bonpland. Se van con la fresca de la tarde y Caracas parece decirles adiós con el pañuelo de nubes que enarbolaba el Avila. A Humboldt lo aguardan las tierras vírgenes del interior de Venezuela, de Colombia, Ecuador, Perú, México y Cuba. Su viaje concluye en los Estados Unidos y se prolonga después, por tierras europeas donde el gran científico y poeta de la naturaleza cosecha los triunfos debidos a su esfuerzo y a su gran talento. Bonpland tendrá un final triste en el Paraguay, en el seno de una alejada tribu indígena. ¿Y Caracas...? Caracas en 1800 está próxima a hacerse madre, capitana y mártir de la libertad en América. De su suelo ha salido para Europa un joven llamado Simón Bolívar. Deseoso de conocer personalmente a Humboldt, va a dispensarle una visita al sabio, que en 1805 reside en París. Humboldt recibe al joven suramericano que ya tiene fuego

—No veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa.

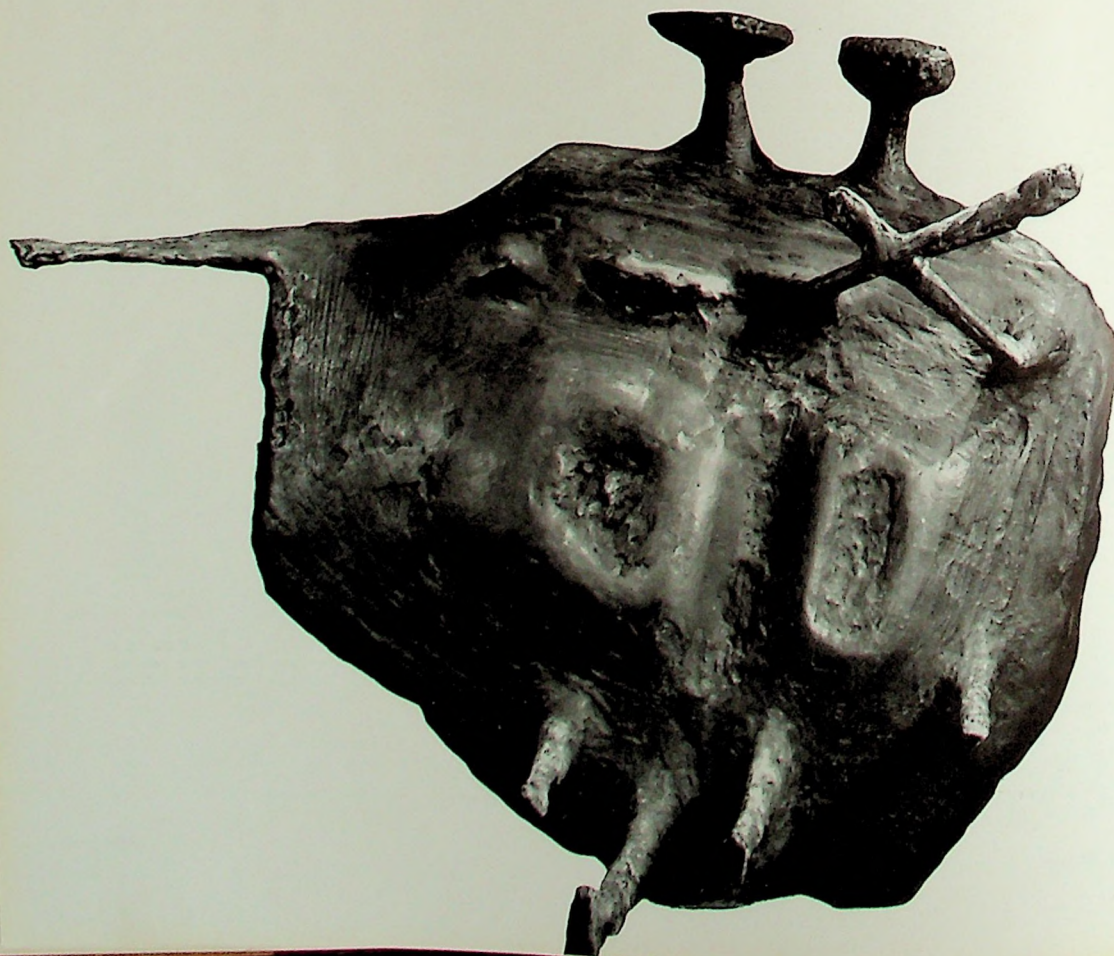
Fue quizás aquella una de las pocas veces que a Humboldt le falló la pupila zahorí, la intuición extraordinaria que revelara en otras oportunidades. El hombre de aquella empresa estaba allí, frente a él. Tenía dieciocho años. Pero quien sabe, quién podría decir si las palabras del sabio no fueron un poderoso aliciente en el corazón del futuro Libertador, como las lentas y sencillas palabras del timonel guaquerí habían encendido en el alma de Humboldt el amor por Venezuela.

OSCAR SAMBRANO URDANETA. Venezolano. Nació en Boconó, Estado Trujillo, en 1929. Trabaja en la crítica y el ensayo, principalmente. Profesor de Castellano y Literatura en el Instituto Pedagógico Nacional. Intervino en la edición de las obras completas de Don Andrés Bello y dirige las de Lisandro Alvarado. Ha publicado "Apuntes críticos sobre Cumboto", "El Llanero" y "Letras Venezolanas", obras de crítica literaria. Actualmente es Director de Publicaciones del Ministerio de Educación y Jefe de Redacción de la Revista Nacional de Cultura.



Izquierda arriba: "Figura yacente de costado" - Kenneth Armitage.
Izquierda abajo: "Dos figuras sentadas" - Kenneth Armitage.

diez jóvenes



escultores británicos

POR ALEJANDRO OTERO

Cuando al hablar de pintura o de escultura decimos *concepción*, no queremos decir únicamente *estilo*. Y cuando hablamos de *forma*, jamás nos referimos a su pura significación objetiva: por *concepción* entendemos una especial amalgama de lo material con lo vivo o, lo que es del mismo género, entre la materia aparentemente inerte del pincel y del escultor, con lo que es vital. Lo vivo, para la pintura o escultura, estriba siempre en la relación existente entre la imagen pictórica o escultórica y ciertos elementos del mundo natural, calificados como vivientes, que sirven de apoyo a las imágenes creadas por el artista. Lo vital se refiere no sólo a lo viviente, limitado a los seres vivos, sino también a todo cuanto tiene importancia para el hombre-artista. La pintura y escultura tradicionales hacen hincapié en las relaciones entre lo material y lo vivo; dan a la piedra o al color valor de objetos vivos. La nueva pintura y escultura se afianzan en lo vital. Entre estas dos concepciones media un cambio de perspectivas: la primera, limitada por lo que con los ojos vemos que está vivo; la segunda, abierta hacia lo que intuimos o sentimos que es vital. Ambas concepciones están subordinadas a la idea de relación. Las leyes de la plástica, que cada día son reinventadas, son leyes derivadas de lo real; pero lo real, ya lo sabemos, no es únicamente lo visible. De aquí el cambio de perspectiva aludido. *Forma*, para nosotros, sea ésta naturalista o abstracta, es un elemento concreto, exclusivamente visual en la pintura, visual y táctil en la escultura, preñado de significación. En la pintura y escultura tradicionales, cargado con las significaciones derivadas de lo visible; en la nueva pintura y escultura, cargado con las nuevas significaciones de lo real. *Estilo* es unidad entre concepción y forma. A medida que el artista madura, se perfila lo que podemos llamar su posición frente al mundo. Ello incluye su posición frente a las formas ya encontradas por la pintura, si es pintor,

y su posición frente a las formas trajinadas por la escultura, si es escultor. Esto equivale a decir: nueva idea de mundo, nueva concepción, nuevas formas, nuevo estilo. Es bueno destacar, sin embargo, que no toda la significación de la pintura y escultura tradicionales son derivadas de lo visible. El pintor y el escultor siempre han ido más lejos. Una metopa del Partenón no es simplemente una composición en la que se mueven dos o tres figuras hermosamente enlazadas. Las relaciones entre las formas van mucho más allá de la evidente oposición o armonía entre un brazo y una cabeza, entre un casco de caballo y una cabellera femenina. Hay allí tensión vital y, como hemos dicho, lo vital no es solamente lo que se ve. Henry Moore, el maestro por excelencia de la escultura inglesa, ha dicho: "una obra de arte puede encerrar una acumulada energía, una inmensa vida propia, independiente del objeto que pueda representar". En la nueva pintura y escultura ya no existe esta diferencia entre la forma y su significación. Frente a ellas ya no puede hablarse de "energía o de vida propia independientemente del objeto que puedan representar".

Esta disquisición sobre los términos que usamos para hablar de artes plásticas y sobre lo tradicional y lo nuevo, conviene para abordar el tema que nos ocupa. Las obras de estos diez jóvenes escultores británicos revelan esa acumulada energía de que habla Moore; en ello está que sean obra de arte. Sin que esto implique juicio valorativo alguno, con excepción de Robert Adams, situamos el aporte de estos jóvenes escultores dentro del marco de la escultura tradicional. Hay en ellos como un recrudescimiento de la posición surrealista, y aun expresionista, de hace algunos lustros.

Veamos a Kenneth Armitage: su concepción del volumen y de la materia escultórica son tradicionales: volumen pleno, barro modelado imprimiéndole expresividad con la factura



Arriba: "Bestia" - Lynn Chadwick
Centro: "Bestia" - Lynn Chadwick
Abajo: "Cambaro" - Bernard Meadows



directa. Vaciado en bronce con pátina a la antigua ("Figura yacente de costado"). En algunos casos usa color ("Las estaciones"), pero con el acierto de hacer que el color se valore además como materia, lo que es un modo de reforzar el valor escultórico por medio de la textura coloreada. Deformación expresionista; exageración en las relaciones entre los grandes volúmenes de los torsos y la extrema delgadez de las demás partes de sus composiciones. Efectos sorprendentes —surrealismo— en la ubicación de los elementos menudos de sus figuras: piernas, brazos, senos, cuello, cabezas, etc., estableciendo así tensiones, a veces dinámicas ("Las estaciones"), a veces de tipo estático ("Dos figuras sentadas"). Todo en Armitage gira alrededor de una idea fantasmagórica del mundo, no exenta del grave dramatismo de los malos sueños. Escultura con garra, con densidad hacia lo profundo y con apoyo en el peso y en la sensualidad de la materia. Relaciones mediatas con los modeladores del Renacimiento, con Rodin. Un poco más cercanas rondan las figuras alargadas de Giacometti.

Eduardo Paolozzi: Con este escultor nos acercamos mucho más a las experiencias surrealistas: figuras compuestas con objetos encontrados, clavos, astillas de madera, engranajes, tubos de latón oxidado, todo ello amalgamado en una escalofriante combinación de texturas que luego pasa al bronce. El resultado son personajes de aspecto carcomido, en posición estática o en amenazante actitud de caminar. Algunas de estas figuras ("Jasón") son de tamaño natural, lo que aumenta la impresión de pesadilla que el artista parece querer expresar. El volumen pleno tradicional queda roto. La escultura busca establecerse en el espacio como herrumbre viva que cuajara en ascendente y loca geometría. Escultura-metamorfosis a mitad de camino entre lo roto abandonado y lo deshecho en vía de integración. Es indudable el fuerte influjo que la obra de Germaine Richier ha ejercido sobre este escultor. Como en la escultura francesa, la obra de Paolozzi impone en el espectador la fascinación de lo terrífico.

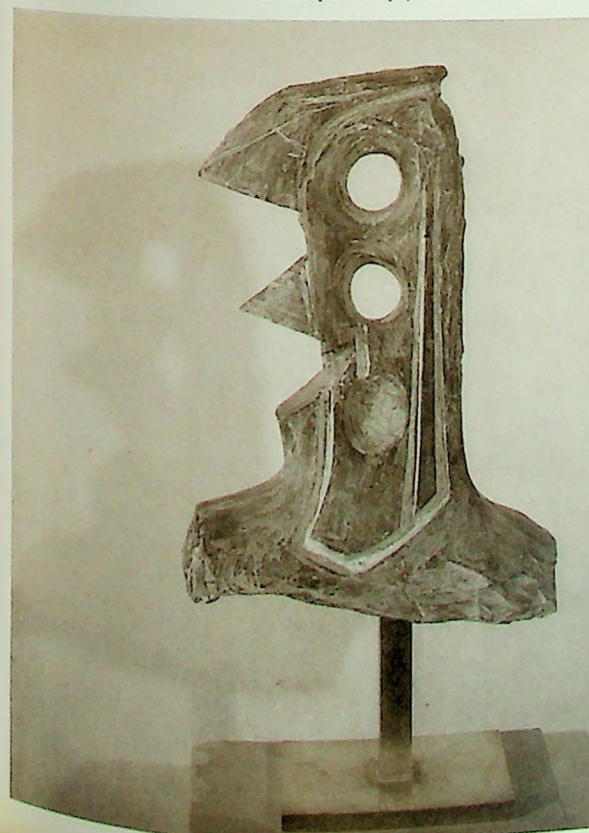
Reg Butler y Austin Wright son los más tradicionalistas. El primero traspone al metal figuras humanas de alargada monumentalidad. De un naturalismo directo en que se siente la textura misma de la piel y de la tela ("Muchacha"). Butler, sin embargo, se preocupa por los problemas del espacio. Por sus figuras concretas y finitas circula el aire; a veces las engarza en finísimas estructuras de líneas en las que los cuerpos aparecen suspendidos, casi sin gravedad ("Estudio para figura cayente"). Los personajes de Wright se caracterizan por un trabajo de aplanados muy cónsono con los materiales que emplea, bronce o plomo ("Disputa" y "Cabeza de martillo").



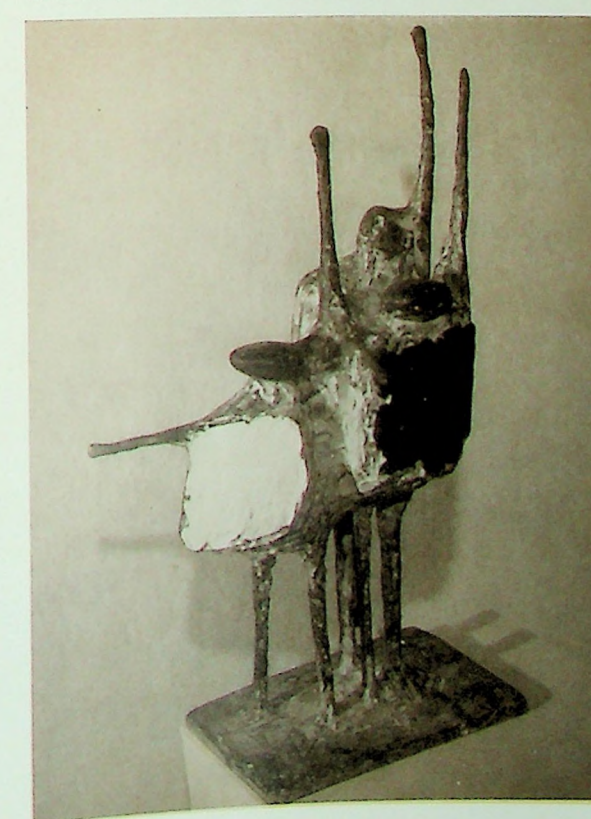
"Las Estaciones" - Kenneth Armitage



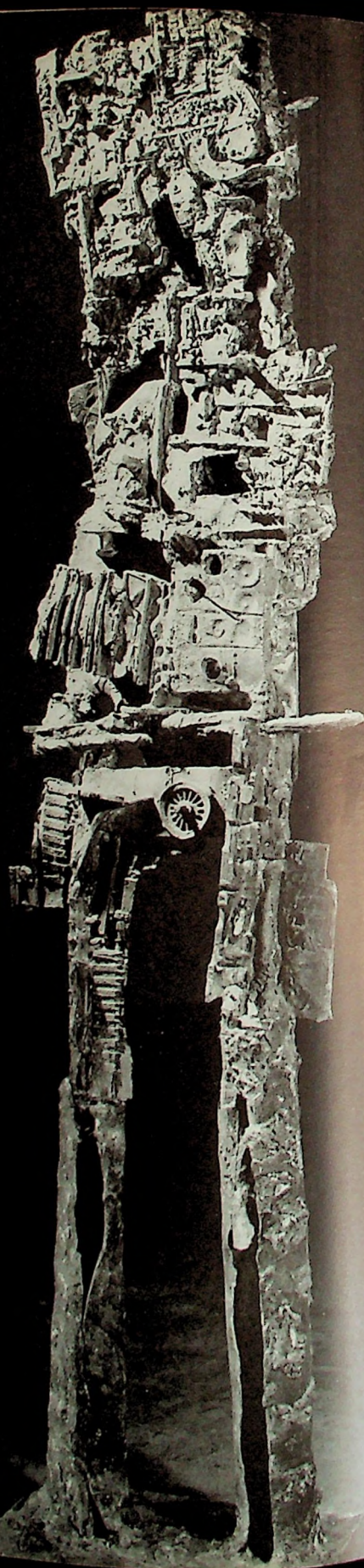
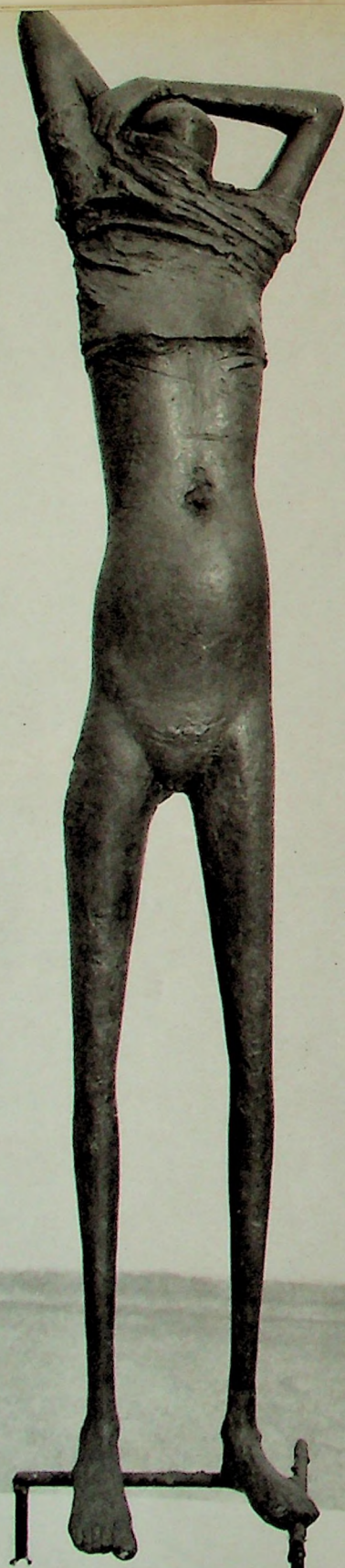
"Figura" - E. Paolozzi



"Cabeza para un pájaro" - Bernard Meadows



"Teddy boy y muchacha" - Lynn Chadwick



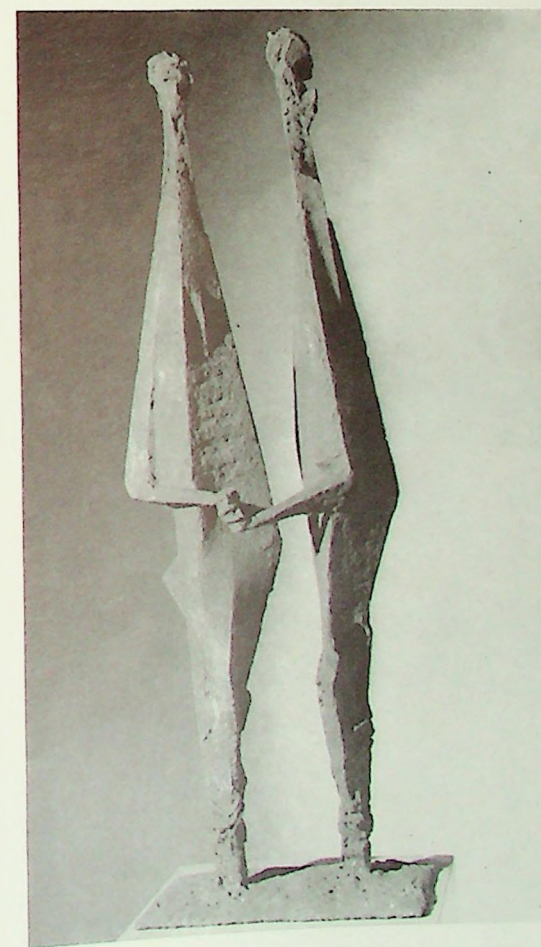
Con Lynn Chadwick, ganador del Premio Internacional de Escultura en la XXVIII Bienal de Venecia en 1956, volvemos al clima surrealista. Sus figuras, mitad bestias, mitad seres humanos ("Teddy boy y muchacha" y "Encuentro"), sus animales que nunca podremos identificar con una especie determinada ("Bestia") y la curiosa yuxtaposición de una planta marina a una forma triangular más o menos abstracta ("Las estaciones"), nos hablan de toda una familia de imágenes en cuyas asociaciones busca expresar, sobre todo, lo insólito. Chadwick posee un particular sentido arquitectónico. El esqueleto de sus formas lo constituye una trama de delgadas barras de hierro con las que va creando angulosos volúmenes virtuales que luego llena con una masa escultórica, mezcla de cemento y limaduras metálicas. Al terminar sus esculturas se sigue imponiendo en ellas la armazón, aunque no sin lograr un equilibrio entre ésta y la masa con que las concluye. La escultura de Chadwick nos hace recordar las estructuras de los primeros biplanos. La escultura británica contemporánea tiene en él una de sus figuras más prominentes. Su mundo alucinante, casi kafkiano, ejerce en el espectador un indudable poder de seducción.

Bernard Meadows, desde el punto de vista de su concepción, no anda muy lejos de Chadwick. Sus transfiguraciones, sin embargo, son más profundas. Mientras Chadwick seduce, Meadows hace de sus graves imágenes cuerpo de lo que quiere expresar. Comparemos "Bestia" de Chadwick con "Cámbaro" de Meadows. El género de transposición de un animal a otra especie de bestia, que puede ser muchas bestias a la vez, es más o menos similar; sin embargo, ¡qué poder de convicción en Meadows, qué incisiva garra de escultor! En "Cabeza para un pájaro" y en sus dibujos es donde mejor podemos descubrirle. Los dibujos que acompañan esta muestra de escultura tienen el interés de ser estudios para las piezas que se exhiben. Cotejarlos con las obras que les corresponden resulta ser de gran ayuda para la comprensión de éstas. En este sentido, nada más clarificador que los dibujos de Meadows que son, quizá, los más importantes entre todos los que se exhiben. En el conjunto de dibujos que reproducimos hay una serie de estudios para "Cabeza para un pájaro". Subrayemos, antes que nada, que no se trata de cabeza de pájaro, sino para un pájaro. El pájaro entonces es imaginario y la idea primordial es que va a ser una cabeza. En los dibujos la ha buscado en perfiles planos reforzados por tintas violentas. Como apoyo, las formas simples derivadas del pico y de los ojos de las aves de rapiña, todo ello ordenado dentro de otra forma que recuerda el cuello de un águila. Esta ordenación, sin embargo, parece arbitraria si pensamos en la imagen natural del ave. Los círculos que fungen de ojos, casi siempre están colocados en sentido vertical, y las formas triangulares que pudieran ser su pico no se corresponden como medias partes de este órgano del animal, sino, más bien, como si fueran dos picos enteros, aunque tampoco llegan a serlo. De allí toda una serie de imágenes aparentemente equivocadas con las que el escultor construye una realidad —fruto de su personalísima experiencia— a la cual sabe dar no sólo la fuerza sino la cohesión de una auténtica obra de arte. Sus monstruos, si quisiéramos llamarlos de ese modo, no son producto de elucubraciones fortuitas, son personajes de un mundo cuajado en forma y en estilo propios.

F. E. McWilliam, de cincuenta años, es el que revela menos unidad entre estos diez jóvenes escultores. La obra que presenta, aunque dispar, es testimonio de una reciedumbre de la mejor clase ("Las dos hermanas").



Izq.: "Figura femenina en pie (Totem)" — William Turnbull.
Abajo: "Las dos hermanas" — F. E. McWilliam.





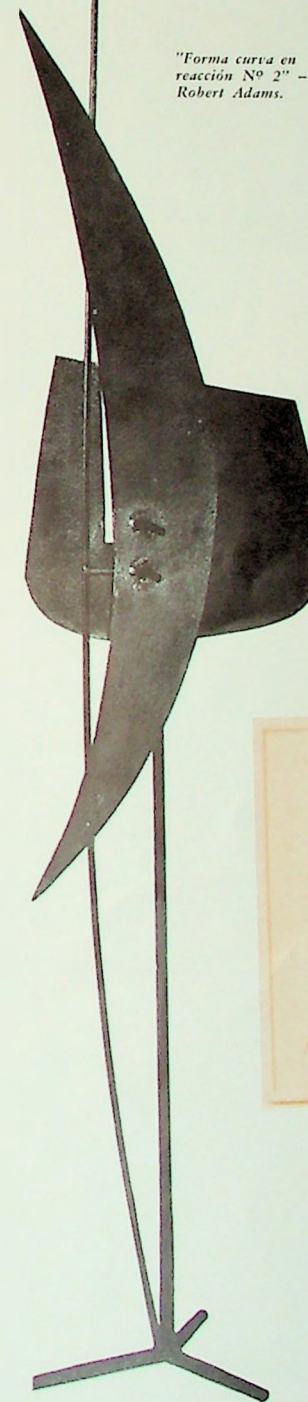
"Doce dibujos para una cabeza de pájaro" - Bernard Meadows

Leslie Thornton muestra tan sólo una escultura, "Chicos en zancos"; una serie de personajes dibujados con haces de líneas de cobre dentro de un intrincado esqueleto de filamentos del mismo metal. Son interesantes sus búsquedas de espacio dentro de la nueva técnica de fundido directo de los metales. Más que impresiones de una realidad inmediata, las sugiere en formas de un interés cuasi pictórico.

William Turnbull, de treinta y siete años, se nos presenta como escultor de talla en "Totem". Lo entendemos menos en "Figura femenina" y "Cabeza". En estas dos últimas piezas, no exentas de peso, se le ve vacilar en búsquedas que son más específicas de la pintura: peinados de la arcilla en "Figura femenina" y dibujo-textura en "Cabeza". Estas dos formas se resienten en su corporeidad por el modo de tratarlas.

Con Robert Adams entramos en la nueva escultura. Por contraposición a la escultura de bulto, Adams se mueve exclusivamente dentro de lo espacial. Las láminas y las barras de hierro han dado la espalda al volumen tradicional. La superficie infinita que caracterizó en épocas anteriores al volumen escultórico, ha cedido el paso a las formas planas, de perfiles precisos, con las cuales se "acota" el espacio. La luz, modeladora de volúmenes, es ahora factor determinante para situar dimensiones, ora vanos (espacio mismo), ora llenos que al interpenetrarse crean ante nuestros ojos una nueva dimensión infinita; la relación entre el espacio habitado y el habitable, entre el espacio construido, sugerido o apenas elaborado, pero preciso en su casi huida determinación, y ese otro espacio alterado por aquél y por nuestro movimiento, convertido también en espacio laborable y laborado. Para Adams, como para muchos artistas de nuestro tiempo, la materia (láminas o barras de metal, hilos, tornillos, soldaduras, material plástico, etc.) y hasta los colorantes, posee una expresividad propia, un modo particular de ser y de manifestarse, una cohesión interna y hasta una superficie en tan exacta correspondencia con lo que ella es en sí misma que, de medio que era, se ha convertido en parte integrante de la realidad que expresa. La idea de espacio y de materia que acabamos de describir es propia de nuestra época. En cierta medida ninguno de estos escultores escapa a ese concepto, aun cuando en su mayoría puedan ser clasificados como tradicionalistas. Y si a esa mayoría la unifica una idea de lo terrible, ese dramatismo no escapa al escultor abstracto Robert Adams, porque lo dramático, lo escalofriante, lo terrible, son componentes del mundo en transición que ellos expresan.

ALEJANDRO OTERO. Venezolano. Nació en El Manteco, pequeña aldea de la Guayana venezolana, el 7 de marzo de 1921. Estudió en la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas. Premio de Mérito especial para alumno de Artes Plásticas, Premio "John Boulton" y Premio Nacional de Pintura en el 3º, 18º y 19º Salones Oficiales de Arte Venezolano. Representado en el Museo de Bellas Artes de Caracas, en la Colección Permanente de la Unión Panamericana (Washington), en el Museo de Arte Moderno de New York, en la Universidad de Arizona. Profesor de la Escuela de Artes Plásticas y Coordinador del Museo de Bellas Artes de Caracas.



"Forma curva en reacción N° 2" - Robert Adams.



ALCAIDE

Pregón-café en las Misas de Aguinaldo

POR MORITA CARRILLO

Se hojalata es el envase. Lo hizo Valentín "el Cachirulo", latonero del pueblo. La soldadura, aunque no era autógena, puso estrellas de fuego a la altura del pecho. Ahora brilla en la esquina de la iglesia, como un cuerpo celeste, inmóvil por momentos entre las sombras que huelen a frituras, pero también huelen a incienso, a mirra, a meleleuco... (Las sevillanas se guardan con las hojas aromáticas en cajitas que vienen de las tiendas: pero aletean alegres los domingos y ahora mayormente el revuelo se manifiesta, porque hay Misa de Aguinaldos y porque de madrugada anda refunfuñando el viento).

El gentío llega atorbellinado: son simultáneas las risas, las cariñosas protestas...

—"Palito en boca".

—"Híncate cori".

—"Dame mi aguinaldo".

¡Oh!, decembrino estruendo:

—"De hablar y no contestar".

—"De pedirnos la bendición".

—"De arrojarnos en la puerta de la iglesia".

—"Gané".

—"Perdí".

Avalancha de apuestas. Se apuestan aguinaldos; se siembra en laticas de sardinas, maíz para el pesebre; se hace dulce de lechosas con clavos de especie; se sacrifica el cerdo que se ha engordado "expresamente" para las hallacas.

Se perdona. Se recuerda. Se sueña.

Se hacen juguetes caseros para llenar el morral de Tío Regalo, quien es un delicioso presentimiento.

Se compran telas baratas para el estreno. Se cosen los vestidos en máquina de manigueta... y como la máquina no puede subir a los cerros, allí la aguja entre índice y pulgar, cumple su cometido afanosamente.

¡Pero se estrena! ¿Quién ha visto Pascua sin "camisón" nuevo: Aunque la tela sea de a real y medio; aunque se vendan dos pollas (la gira y la piroca)... aunque se le cambie "el corte" por una gallina al quincallero.

Después... ¡la vispera buena!

—"Se pone uno viejo esperando".



—"Como si hubieran pasado cien años desde que entró diciembre".

Y el dieciséis, primera misa aguinaldera, el estallido; la borrasca de tacones por las aceras (de alpargateos, tantas y más veces). La anciana que parece un tamarindo semi-seco; la niña que hace pensar en la varita fragante de malagueta; mozos, niños, viejos, dejan desbordar el alborozo: es el corazón colectivo que realiza el deseo de la felicidad pascuense!

El infantil grupo que ha ensayado en la Casa Parroquial desde hace dos meses, sube las carcomidas escaleras de caracol en el humilde templo. Las escaleras huelen a vetiver y alcanfor (hay que atajar el desbarajuste de los comejenes); lo cierto es que parecen las escaleras de un cuento fantástico, donde hay hasta bichitos de luz como llavecitas verdes, que van de los agujereados maderos hasta el bautisterio.

Y ahora sirven para hacer mucho ruido, para subir corriendo; para sacudir en sus peldaños el chineco; para dejar caer las maracas dando tumbos, buscando a toda prisa el colorado piso donde derramar los capachos bullangueros.

¡Ah!, pero sobre todo sirve la escalera, para llegar al entarimado donde la señorita Eufemia (Remigia, Eulalia) toca el órgano, que de tan anciano, se atosiga de momento a momento. La escalera sirve para subir a ese séptimo cielo que se llama Coro de la Iglesia... y romper a cantar como pajaritos trémulos:

"¡Oh! Niño Jesús
que vienes del cielo,
trayendo consuelo
trayendo salud...
Eres un tesoro
de bondad y amores.
¡Danos tus fulgores
oh, divino Sol!".

Cantar desbocado, caudaloso, transparente.

Entre unas y otras estrofas pone la inocencia sus respuntes tiernos.

Parece que el Niño de la Virgen marcara los compases al levantar un dedo breve.

"La estrella radiante
que hacia El envía,
un sol rutilante
trayendo la luz.
El jardín florido
prepara primores...
para ofrendar flores
al Niño querido...".

Las campanas están locas de contento. Las palomas que no le pagan alquiler al espacio azul ni al tibio campanario.

madrugaron para oír el furruc de ronca voz, que al lado del deslumbrante chineco, puso a roznar su estirado cuero.

El zafarrancho más feliz de la tierra, viene ahora escaleras abajo, entre los gritos de alerta de la vieja tía que vino "a cuidar a las muchachas". Ya están otra vez a la puerta: el humo de las ventas ambulantes hace lanzar exclamaciones apertentes. El humo azul que sale de los anafes, que arroja los calderos, pone transitoriamente sobre los rostros, caretas azulencas. Las manos se alzan abanicando confusamente: también para disipar tosecillas sirven las sevillanas que algunas campesinas llaman "sereneras".

¡Oh!... el brasero parece cosa de magia; miren cómo los carbones reverberan. Huele a café calentico.

—Es de ca e' la seña Casimira —ha dicho el vendedorcito que usa su cotona de liencillo... y lleva unos pantalones demasiado untados de penumbra en esta madrugada.

Su voccecita ondula, se adelgaza en la modulación triste-alegre que echa el pregón:

"Llevo el café tinto
de deseterazo;
a chiva el pocillo...
no lo vendo fiao".

MORITA CARRILLO. Venezolana. Maestra de instrucción primaria. Prefiere la literatura infantil, especialmente poesía. Ha publicado dos libros: "Festival del Rocío" y "Los Cuadernos de Doñana". Colaboradora permanente de la revista infantil "Tricolor".



ALCAIDE



Banco Central
de Venezuela.

El Control Externo sobre la Banca

POR CARLOS RAFAEL SILVA

Entre las múltiples actividades económicas desarrolladas por el hombre, las financieras son de las más interesantes y dentro de éstas, específicamente las bancarias. Siempre ha habido en la historia de los pueblos nombres famosos vinculados a esta actividad, tanto desde el sector público como desde el privado, hecho explicable por múltiples razones. Circunstancias tales como la amplitud de problemas económicos planteados ante los banqueros, la influencia que éstos pueden ejercer sobre la clientela a través de sus consejos, las relaciones de dichos empresarios con el Estado y la cuantía de fondos que manejan son unas de las muchas razones que justifican el lugar prominente que habitualmente ocupan en los asuntos económicos de sus respectivos países. No intento, sin embargo, en estas breves notas abarcar consideraciones diversas sobre materia tan compleja y tan vasta. De allí que, con fines divulgativos, me concretaré a un aspecto de la gestión ban-

caria sobre el cual he tenido que investigar con cierto detenimiento en los últimos tiempos. Me refiero al control externo sobre la banca.

EL DOBLE CONTROL BANCARIO Y SU JUSTIFICACION

A diferencia de lo que ocurre con otras actividades económicas, la bancaria se encuentra sujeta universalmente a un doble tipo de control que se ha calificado de "interno" y "externo". El primero corresponde a aquellas prácticas comunes a otras empresas financiadas con el aporte de múltiples suscriptores de capital y que tienen por finalidad velar por los intereses de sus accionistas. Dichas prácticas se traducen en

la designación de auditores internos y de comisarios encargados de la revisión periódica de las cuentas y de los balances bancarios, y de la presentación de informes semestrales o anuales acerca de la gestión de sus administradores, para considerarlos en las asambleas generales de accionistas.

El segundo tipo de control, de mayores proyecciones y alcance social que el anterior, corre a cargo de determinadas dependencias gubernamentales o de carácter público a las cuales se encomienda la misión de fiscalizar y vigilar permanentemente la actividad bancaria. En este caso, el Estado interviene directamente en el control de los establecimientos bancarios para proteger el interés de los depositantes. Esa intervención se funda en el hecho de que mientras en las sociedades industriales y comerciales el interés de los accionistas es el que está básicamente en juego, en los bancos, y muy especialmente en los "de depósitos", los riesgos eventuales afectan a un número de personas mucho mayor, representada por la masa de depositantes. Ello tiene su origen en que los bancos realizan una labor de intermediación en el crédito, recogiendo fondos del público y colocándolos posteriormente a través de sus préstamos ante la certeza de que aquéllos no serán reclamados simultáneamente por quienes los entregaron. Lo anterior no debe conducirnos a la conclusión de que universal o localmente la situación de la mayoría de los bancos no sea sólida; pero como observaban unos expertos en esta materia, "las leyes no se dictan para la gran masa de gente honrada y respetuosa de la ley, sino con el fin de proteger al público contra las pocas personas que hacen presa de la gente honrada". Por otra parte, y esto es conveniente recalcarlo, tal como lo anotaron los redactores de la Exposición de Motivos a nuestra Ley de Bancos vigente, son los propios banqueros que manejan sus operaciones de manera segura y siguiendo normas que aconsejan los principios bancarios, quienes más interés tendrán en que se dicten leyes que definan y regulen los negocios de los bancos. En esa forma "impedirán la ruinosa competencia de parte de otros bancos que no actúen dentro de los sanos principios con que él maneja el suyo".

El proceso de recoger fondos del público se logra por diversos sistemas que la técnica bancaria ha perfeccionado para cada una de las categorías de bancos. Así, los bancos comerciales propiamente dichos se procuran recursos del público a través de la recepción de depósitos; los bancos hipotecarios mediante la colocación entre ese mismo público de cédulas hipotecarias, y los bancos de capitalización ofreciendo títulos de capitalización para suscribir. En definitiva, los fondos así recogidos del público habrán de utilizarse para efectuar las múltiples modalidades de colocación que realizan los bancos y, en tal virtud, la intervención gubernamental entra en juego para velar por la seguridad en la inversión del elevado porcentaje de recursos ajenos con que operan dichos institutos, y por la solidez del sistema bancario en general.

La circunstancia adicional de que los bancos crean dinero a través de su gestión crediticia, afectando el volumen del circulante, ha reforzado la necesidad de mantener un control constante sobre esta actividad económica. En consecuencia, la fiscalización gubernamental sobre las instituciones bancarias puede justificarse, por una parte, en resguardo de los fondos confiados a la banca por parte del público, actuando ésta como empresa de alto interés público y bajo autorización gubernamental; por la otra, la intervención estatal trata de evitar que la acción crediticia de la banca pueda ocasionar perturbaciones al mantenimiento de la estabilidad en el poder adquisitivo de la unidad monetaria. Lo primero ha de lograrse a través de la seguridad de las colocaciones y de la

liquidez de las mismas. Lo segundo, mediante el conferimiento de atribuciones a las autoridades monetarias para manipular instrumentos tales como los requerimientos de encajes mínimos que han de mantener los institutos bancarios; fijando niveles máximos de colocación para dichos institutos; elevando o bajando las tasas de redescuento según se quiera encarecer o facilitar el dinero; o efectuando operaciones de mercado abierto. En todos estos casos las autoridades monetarias pueden restringir o expandir el circulante, según la política que adopten.

EXTENSION E INTENSIDAD DE ESTAS INTERVENCIONES

El ejercicio de la intervención gubernamental sobre la banca abarca una serie de etapas que comienzan antes de la aparición misma del instituto y pueden culminar en el expediente más drástico y excepcional de liquidarlo. Entre esas dos situaciones extremas están otras intermedias que se manifiestan en la amplia y discrecional facultad de fiscalización que pueden ejercer las autoridades competentes sobre los institutos bancarios y que se complementan con prácticas tales como la obligatoriedad en que están los bancos de publicar periódicamente sus balances, elaborados conforme a los modelos y con las especificaciones indicadas por las autoridades del ramo, y por el cierre de cuentas que los bancos han de realizar con una periodicidad previamente establecida. Todas estas prácticas son, en definitiva, manifestaciones del control externo ejercido sobre la banca. Por ejemplo, en el caso más común de la publicación periódica de los balances bancarios, el fundamento teórico de esta medida estriba en que el público pueda darse cuenta de la situación financiera en que se halla el instituto bancario al cual confía sus fondos, presumiéndose que los depósitos tenderán a canalizarse hacia aquellas instituciones que presenten una más sólida posición financiera. La eficacia de este expediente, por cierto, ha sido puesta en duda aduciendo que no siempre el público tiene la capacidad necesaria para analizar el balance de un banco y llegar a una correcta apreciación de su estado financiero. Esa objeción ha sido rechazada argumentando que en ningún caso se legisla para los incapaces; aun cuando sí se admite que los balances representan básicamente la situación de un instituto bancario desde el punto de vista estadístico y cuantitativo, pero que los aspectos dinámicos y cualitativos de sus colocaciones son fáciles de ocultar.

Mencioné anteriormente que la intervención gubernamental sobre esta clase de instituciones comienza antes del nacimiento de las mismas. En efecto, a diferencia de lo que ocurre con la casi totalidad de las empresas mercantiles e industriales, un banco no puede establecerse sin la autorización previa del Ejecutivo Nacional, el cual podrá otorgarla después de estudiar las condiciones económicas y financieras dentro de las que habrá de actuar dicho instituto. Además, una vez establecido el banco, éste necesita la autorización del Ejecutivo para la apertura de nuevas oficinas, no pudiendo expandirse a su libre arbitrio. Reglamentaciones similares suelen establecerse en lo que se refiere al pago de interés sobre los depósitos del público, así como para los intereses máximos que los bancos pueden cobrar por sus colocaciones. En el primer sentido, se puede cobrar por sus colocaciones. En el primer sentido, se parte de que el pago de intereses sobre las cuentas de depósito constituye un costo financiero de importancia para los bancos y una ausencia de control sobre los mismos podría engendrar una competencia ruinosa por atraerse depósitos para los insti-

tutos bancarios. En el segundo, porque los intereses sobre los capitales tomados en préstamo inciden en los precios de las mercancías y servicios ofrecidos en el mercado por los demás empresarios.

ORGANISMOS DE CONTROL BANCARIO MAS COMUNES

Pero no es suficiente con dictar normas tendientes a garantizar la seguridad y la disponibilidad inmediata de los depósitos bancarios; es necesario completar esa estructura con la creación de instituciones facultadas para dar cumplimiento a tales normas. De allí que en todos los países modernos existan una o diversas instituciones públicas encaminadas a velar por el correcto funcionamiento de la banca. Esas funciones son desempeñadas por organismos tales como las Superintendencias de Bancos, entidades a las cuales compete básicamente la misión de control bancario y de asesoramiento en la materia a sus respectivos gobiernos; los Bancos Centrales, que intervienen sobre la banca con miras a evitar los efectos negativos que se podrían derivar de su actuación para el sistema monetario y crediticio de un país y, en algunos casos y como tendencia moderna, se han ampliado las funciones de los Bancos Centrales hasta convertirlos en el órgano de control bancario por excelencia que sustituyen las Superintendencias.

En épocas más recientes ha surgido un nuevo tipo de institución de control bancario que asegura los depósitos confiados a los bancos hasta una determinada suma. Este tipo de entidades comenzó a usarse en los Estados Unidos después de 1930, con el fin de restaurar la confianza colectiva en los bancos, la cual había quebrantado la crisis que entonces vivió aquel país. Brevemente, estos organismos operan en la siguiente forma: los bancos de depósito pagan una determinada cuota a la citada institución en proporción a los depósitos recibidos; con esos recursos se constituyen reservas que les permitirán garantizar a los depositantes el reembolso de una suma mínima —de \$ 10.000 en los Estados Unidos actualmente— en caso de quiebra del banco. Pero precisamente para poder asegurar el citado pago a los depositantes, estas instituciones ejercen una permanente vigilancia y fiscalización sobre los bancos asegurados y de allí el importante papel que juegan dentro del conjunto de controles externos sobre la banca.

LOS ORGANOS DE CONTROL BANCARIO EN VENEZUELA

El esquema teórico sobre el control bancario y su justificación se concretan en Venezuela a través de la actuación de varias instituciones que desempeñan en sus respectivos campos de atribuciones una función tutelar sobre la banca. Dicha vigilancia corresponde en su más alto nivel al Ejecutivo Nacional, ejercida por el Ministerio de Hacienda, y se complementa con la de organismos tales como la Superintendencia de Bancos, el Banco Central de Venezuela y el Consejo Bancario Nacional. En el primer sentido, basta señalar que la Constitución Nacional vigente, y prácticamente todas las anteriores, al enumerar las materias de la competencia del Poder Nacional menciona, entre otras, "lo relativo a los bancos y demás institutos de crédito", lo cual pone de relieve la impor-

tancia asignada a esta rama de la economía. Esa disposición general la desarrollan otras leyes especiales que, como la Ley de Bancos y la Ley del Banco Central, prescriben y delimitan las funciones de los organismos que ellas prevén.

A grandes rasgos, puede afirmarse que los organismos mencionados se distribuyen la acción tutelar sobre la Banca en la siguiente forma. El Consejo Bancario Nacional cuida la práctica bancaria procurando su coordinación y mejoramiento. El Banco Central mediante su actuación como banco de bancos y tratando de evitar todo perjuicio que para el sistema monetario y crediticio pudiera originarse en la banca. Finalmente, corresponde a la Superintendencia de Bancos la misión de velar por el mantenimiento de la solvencia y liquidez bancarias y asesorar al Ejecutivo a través de las opiniones emitidas ante dicho Poder en los casos requeridos por la Ley. No existe en nuestro país la institución del seguro sobre los depósitos bancarios.

Veamos con más detenimiento las atribuciones que corresponden a cada uno de los organismos citados. Como ya anotamos, al Consejo Bancario Nacional se le confía la misión de estudiar la práctica bancaria con miras a uniformarla y a velar por su mejoramiento. Se acepta en esta forma el principio de que la espontánea decisión de los empresarios tienda a coordinar las normas que rigen sus actividades cotidianas a los fines de "hacer las sugerencias o recomendaciones pertinentes a los Bancos, a la Superintendencia de Bancos o al Ejecutivo Federal". En ejercicio de esas facultades, el Consejo Bancario Nacional ha intervenido en asuntos tales como el señalamiento de los días de asueto para la Banca o el establecimiento de la semana laboral de cinco días que rige actualmente para dicho sector económico.

Al Banco Central de Venezuela le ha tocado llenar importantes funciones en el establecimiento de un sistema de redescuento, que si bien ha tenido poca actividad obedece más a razones conectadas con la estructura económica del país que a la falta de disposición y de facultades del Instituto para servir como financiador en última instancia de los Bancos. Igualmente le ha tocado desempeñar un servicio importante como Cámara de Compensación en Caracas y, en tres ciudades del interior de la República, a través de un banco comercial de primera clase al cual se han delegado dichas actividades por carecer el Banco Central de dependencias en el interior. Otra función importante ha sido la de administrar la parte controlada del sistema de cambios múltiples establecido en el país desde el año 1941.

Pero si atendemos exclusivamente a la misión reguladora del sistema bancario que corresponde cubrir al Banco Central de Venezuela, encontraremos que la Ley que rige dicho Instituto le ha confiado tareas muy significativas como la de "vigilar y regular el crédito e interés bancario y promover la liquidez y el buen funcionamiento de los bancos". Según una interpretación literal de dicho artículo, el Banco Central posee atribuciones para intervenir en la regulación del interés bancario; sin embargo, en la práctica se ha impuesto una interpretación pasiva de dicha facultad y sólo se han establecido tipos máximos de interés para los documentos que los bancos llevan al Banco Central a los fines del redescuento, con lo cual se atiende a la promoción de liquidez de la Banca cuando la insuficiencia de recursos de caja les obliga a negociar documentos en cartera.

La otra facultad de que está investido dicho Instituto es la de "pedir al Ejecutivo Federal, cuando lo estime necesario, el ejercicio de la facultad que le confiere la Ley de Bancos, de regular el encaje legal mínimo de los Bancos". Esto es, el Banco Central, si juzga conveniente para los fines de su

política monetaria, puede pedir al Ejecutivo Nacional que se eleven los mínimos de encaje que ha de mantener la Banca, lo cual quiere decir que se obligaría a ésta a mantener en caja una porción mayor de los depósitos que reciba, con lo cual se trata de evitar cualquier influencia negativa que pudiera derivarse de la expansión del crédito bancario para la estabilidad monetaria. Esta facultad nunca ha sido ejercida por el Banco Central.

Igualmente se encomienda a dicho Instituto "fijar, de acuerdo con el Superintendente de Bancos, los tipos máximos de interés que los Bancos puedan pagar sobre las distintas clases de depósitos que reciban". En ejercicio de esta facultad se dictó una resolución en enero de 1948, todavía vigente, conforme a la cual se estableció como máximo de interés a pagar por la Banca el 3% anual para las cuentas de ahorros y el 1% para las cuentas corrientes, además de otros porcentajes comprendidos entre esas dos cifras extremas para los depósitos a plazo. Son éstas las principales atribuciones de nuestro Instituto Emisor en cuanto a sus facultades para intervenir sobre los bancos.

La Superintendencia de Bancos es el organismo básico de control externo sobre la Banca conforme al sistema imperante en Venezuela. Dicha institución fue creada por la Ley de Bancos vigente desde el año 1939 y, según criterio recalado por los redactores de la citada Ley en su Exposición de Motivos, está llamada a desempeñar un papel de primera importancia en la función tutelar de la Banca. Sin embargo, circunstancias de muy diversa naturaleza la mantuvieron en un plano de manifiesta subestimación institucional, y de allí que desde mediados de 1958 se está tratando de llevarla a su justa posición.

Precisar en detalles su campo de atribuciones específicas es algo difícil, dado que la mayor parte de las mismas se encuentra dispersa en la Ley de Bancos, en la Ley de Banco Central, en una serie de decretos o resoluciones ejecutivos y en la novísima Ley de Bancos Hipotecarios Urbanos. A grandes rasgos podríamos decir que las funciones de dicho Organismo son, por una parte, de fiscalización bancaria y, por la otra, de asesoramiento al Ejecutivo Nacional en el ramo bancario. Para atender las labores de inspección la Ley otorga al Superintendente y al personal subalterno de fiscalización "además de las atribuciones conferidas por el Código de Comercio a los Comisarios de las Compañías Anónimas, el más amplio e ilimitado derecho de inspección, vigilancia y fiscalización". Es decir, que la Superintendencia puede revisar toda la correspondencia, los libros de contabilidad y demás documentos que registran las actividades de esos institutos en visitas de inspección que han de practicarse por lo menos una vez al año. La Ley complementa aquella disposición fundamental facultando al Superintendente para que asista a las reuniones de Junta Directiva o a las Asambleas, Ordinarias o Extraordinarias, que celebren los Bancos, oportunidades en que dicho funcionario podrá exponer verbalmente sus apreciaciones respecto a ciertas actividades bancarias. La Ley prescribe, además, que los balances que mensualmente han de publicar los bancos en un diario de reconocida circulación, deberán elaborarse "en la forma y con la especificación que indique la Superintendencia de Bancos".

Los informes semestrales o eventuales que la Junta Directiva y los Comisarios de los Bancos sometan a la consideración de sus respectivas Asambleas de Accionistas, deben ser remitidos con ocho días de antelación a la Superintendencia de Bancos, con la finalidad de enterar al citado Organismo de los asuntos que van a tratarse en dichas Asambleas. Como complemento de las facultades de su misión fiscalizadora, a la Superintendencia de Bancos le corresponde la poco grata tarea de imponer sanciones penales a los infractores de la Ley de Bancos, de la Ley del Banco Central, de la de Bancos Hipotecarios Urbanos y de los decretos y resoluciones ejecutivos que regulan las actividades bancarias.

La nueva Ley de Bancos Hipotecarios, por cierto, confió a la Superintendencia nuevas atribuciones, entre ellas la intervención en el proceso de emitir cédulas los institutos regidos por dicha Ley. En efecto, ningún Banco Hipotecario puede emitir cédulas sin la previa autorización de la Superintendencia de Bancos, pues a ésta se encomienda la tarea de verificar si las proyectadas emisiones tienen el correspondiente respaldo de que trata la Ley. En caso afirmativo, toca al Superintendente conceder la autorización, y así podrán los bancos respectivos recoger fondos del público a base de la colocación de dichas cédulas.

En lo que concierne al asesoramiento que presta la Superintendencia de Bancos al Ejecutivo Nacional en materia bancaria, dicha facultad cubre una serie de fases que comienzan desde la autorización para el establecimiento de un nuevo banco, prosiguen con la apertura de nuevas oficinas y en decisiones tales como prorrogar el plazo máximo durante el cual los bancos pueden mantener bienes inmuebles por encima de las limitaciones legales o en las situaciones más drásticas de eventual liquidación de un banco. En todas esas oportunidades la Ley consagra que las disposiciones que tome al respecto el Ejecutivo Nacional requerirán la opinión previa de la Superintendencia de Bancos, todo ello sin mengua de otras consultas que habitualmente se elevan ante dicho Organismo en atención a que se presume en él un mayor contacto con la realidad bancaria del país.

Son éstas las principales ideas en torno al control externo de la Banca y su esquema a grandes rasgos en el caso venezolano. La posible modificación a las leyes que rigen estas materias probablemente alterará algunos de estos principios y es factible que en la práctica se extienda ese control a nuevos tipos de institutos crediticios surgidos en el país durante los últimos años.

CARLOS RAFAEL SILVA. Venezolano. Doctor en Economía de la Universidad Central de Venezuela. Estudios de especialización en Columbia University y en la Universidad de California, en Berkeley. Ha sido funcionario del Departamento de Investigaciones Económicas y Adjunto al Consejero Económico y Financiero, en el Banco Central de Venezuela. Profesor de Historia de la Economía Venezolana, de Finanzas Públicas y de Instituciones Financieras, en la Universidad Central de Venezuela; de la segunda asignatura, en la Universidad Católica "Andrés Bello". Actualmente es Superintendente de Bancos en Venezuela.

Una Mirada al Gran Mundo de los Pequeños Insectos

POR ERNESTO DORESTE S.



Los insectos, esos pequeños animales con su serie de características especiales que les diferencian de todos los otros animales, viven en las más variadas formas y ambientes, son tan abundantes y corrientes que se puede decir con seguridad que cualquier poblador del mundo ya sea en ciudades, campos, selvas o en el más apartado rincón de nuestro planeta, son los animales que primero ve y conoce en su vida, pues ya desde muy pequeños miramos con admiración el vuelo de una mosca o nos envuelve en actitud contemplativa el trabajo incansable de una hormiga, nos sentimos molestos por la picadura de un mosquito o bien tomamos miel. Y cuántas veces no son las primeras ropas del nené hechas de seda, el más fino y delicado tejido.

¿CUANTOS INSECTOS HAY?

Esta es una pregunta que podríamos interpretar en el sentido del número de individuos o del número de especies; la respuesta más sincera y acertada a cualquiera de las dos es que nadie lo sabe aún exactamente.

El número de especies se ha estimado con variaciones muy grandes: para algunos son 625.000 y para otros 1.500.000. Sin embargo, uno de los cuadros más aceptados para el mundo animal es el siguiente y en el cual los insectos ocupan el 80,7% de toda la población animal del mundo.

De esta enorme población de insectos, el 57% son Coleópteros (cocos, gorgojos, cocuyos, etc.) y Lepidópteros (mariposas en general).

MUNDO ANIMAL.		Estimación Ross 1948
CLASE	NOMBRES COMUNES	ESPECIE
INSECTA	Insectos	900.000
Artrópoda (otros)	Arañas, ciempiés, crustáceos, etc.	50.000
Molusca	Caracoles, sietecueros, etc.	80.000
Cordata	Mamíferos, pájaros, peces, reptiles, etc.	38.000
Otros animales	Esponjas, gusanos, corales, etc.	47.000
Total animales		1.115.000

ESPECIES DESCRITAS DE INSECTOS		(Fines 1948)
ORDEN	ESPECIES EN EL MUNDO	
Coleoptera	277.000	
Lepidoptera	112.000	
Hymenoptera	105.000	
Diptera	85.000	
Hemiptera	55.000	
Orthoptera	22.500	
Otros Ordenes	31.400	
Total de especies descritas	685.900	

REVISTA SHELL

El número de especies conocidas para los insectos aumenta a diario y se estima que más de cinco mil son descritas cada año, el cual es un número asombroso si lo comparamos con los otros grupos del reino animal, donde por supuesto encontrar nuevas especies es siempre más difícil o menos probable.

En cuanto al número mismo de insectos existentes, nadie puede decirlo, no sólo para el mundo entero, sino para un país, zona en particular o aun para un simple pedazo de nuestras florestas tropicales. En un simple granero en malas condiciones de almacenamiento, con una regular infestación puede haber millones de individuos. Solamente podemos hacer estimaciones de una población de insectos tomando muestras al azar, ya sea en un campo de cultivo, en un granero, o en una gran masa, como sería el caso de las langostas u otros insectos migratorios.

¿Y POR QUE TANTOS INSECTOS?

Este asombroso número de insectos actuales y a través de la historia de la Tierra, se debe a varios factores propios los cuales les dan un gran poder de adaptación a las diferentes condiciones de vida, lo mismo que grandes aptitudes de sobrevivencia, reproducción y locomoción.

Así pues, un gran poder de reproducción es común entre los insectos; como ejemplo baste el de la descendencia de una pareja de moscas, la cual, si no fuera por sus enemigos naturales, podría alcanzar en unos cuatro meses el astronómico número de ciento noventa y un trillones (191.000.000.000.000.000.000) de individuos.

Otro ejemplo es el de una plantación de naranjas donde por el uso inadecuado de insecticidas se ha disminuido el número de predadores y en la cual en un corto período de dos o tres semanas, principalmente durante el verano, podemos ver cambiar el paisaje de plantas en las cuales no se encontraba un áfido a plantas con millones de ellos, localizados principalmente en las partes jóvenes o brotes. Glenn W. Herrick, después de muchos ensayos, pudo calcular la descendencia de una hembra del "áfido del repollo" solamente entre el 31 de marzo y el 2 de octubre en la increíble cantidad de mil quinientos sesenta trillones (1.560.000.000.000.000.000.000).

Por supuesto estos son ejemplos de algunos de los más prolíficos, pero aun en los menos o de más largo desarrollo, como es el caso de las chicharras, las cuales pasan años enterradas en el suelo en formas jóvenes (pasan algunas hasta diecisiete años en esta forma), podemos contemplar miles y miles de ellas cuando aparecen como adultos para producir su característico canto, el cual en zonas arboladas casi llega a convertirse en ensordecedor concierto.

En cuanto al número de huevos que es capaz de poner una hembra adulta, varía; algunas especies sólo son capaces de poner muy pocos huevos durante su vida; otros, como los insectos con hábitos sociales, tales como las abejas y bachacos, depositan grandes cantidades. Los comejenes, algunas de cuyas reinas pueden poner seis mil (6.000) o más huevos por día y viven hasta más de diez años, son ejemplos extraordinarios.

POLIEMBRIA

Este curioso fenómeno por medio del cual dos o más seres se forman de un solo huevo, es también corriente en el mundo de los insectos. L. O. Howard, en su libro "La Amenaza de los Insectos", relata haber comprobado más de tres mil (3.000) pequeñas avispas parasíticas naciendo de un solo gu-

sano, parasitado probablemente con no más de una docena de huevos, y esto por supuesto es un hecho muy importante cuando de Control Biológico se trata, es decir, el control de plagas por medio de otros insectos y también muy importante en el equilibrio natural.

Aquí encontramos el porqué de esos famosos ataques de langostas, conocidos desde tiempos bíblicos y que en algunos casos se ha llegado a contar, no por el número de insectos, sino por cientos de toneladas.

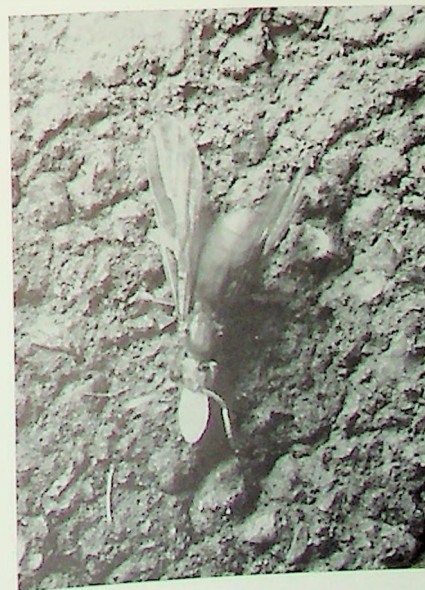
Así mismo es fácil comprender que en seres con tan enorme cantidad de descendientes, aun en las más severas condiciones ambientales, puedan sobrevivir algunos y poder luego mantener la especie, esto por supuesto es mucho menos probable que en otras clases de animales. Así mismo existe mayor posibilidad de adaptación a nuevos ambientes y aun de mutaciones capaces de originar nuevas especies.

La capacidad de locomoción en los insectos es también muy grande; en su mayoría son alados y con un alcance de vuelo en algunos casos de miles de kilómetros y a considerables alturas, lo cual les permite trasladarse a grandes distancias en busca de sitios apropiados para sus condiciones de vida. Ello da lugar a todas esas grandes migraciones, de las cuales al menos la de algunas especies de mariposas, nos son familiares; ya en alguna ocasión las habremos contemplado en sus rápidos vuelos llenando el aire de brillantes colores, bajo el claro sol y tras ellas los muchachos corriendo con sus cartones o ramas tratando de atraparlas.

CUERPO DE LOS INSECTOS

No tienen un esqueleto interno formado por huesos, pero a cambio de eso poseen un exoesqueleto quitinoso formado por toda la cutícula que recubre su cuerpo; ésta es formada por un material muy resistente y con muy buenas cualidades aisladoras de calor, humedad, frío, etc. Esa constitución es venta-

Hormiga reina transportando una "palomilla del cateto", de la especie NEORHIZOECUS COFFEA.



REVISTA SHELL



Gusano cachudo, del tabaco y del tomate.
PHOTOPARCE SEXTA.

josa sobre el endoesqueleto en cuanto que produce más capacidad y mejor superficie de sustentación para los diversos sistemas vitales del organismo, al mismo tiempo que por su forma cilíndrica brinda la forma de construcción más resistente, además de dar al insecto protección contra sus enemigos naturales y las inclemencias del tiempo.

Esta favorable condición de su cuerpo, unida al pequeño tamaño y a las otras cualidades enunciadas anteriormente, hacen posible a estos pequeños habitantes de nuestro mundo, además de subsistir y aun aumentar constantemente, una amplia distribución geográfica, la cual nos permite encontrarlos en las zonas de hielos eternos o en las cálidas y desérticas; en las más altas cumbres o en los sitios más bajos, aun en profundas cavernas; en la atmósfera a grandes alturas o como seres acuáticos de superficie o de profundidad y hasta en ambientes inverosímiles como la larva de un pequeño insecto capaz de pasar sus primeras fases de vida dentro de los depósitos de petróleo.

Para completar esta visión general sobre el mundo de los insectos no podemos pasar por alto tres aspectos muy importantes: mimetismo y otros medios de defensa y ataque, insectos útiles y por último insectos dañinos al hombre.

MIMETISMO

Es entre los insectos donde podemos encontrar los casos más interesantes de parecidos con el medio que los rodea, para así pasar inadvertidos.

Estas formas miméticas tienen diferentes formas de expresión; mimetismo de color encontramos en muchas mariposas con tonalidades parecidas a las del follaje o corteza de los árboles donde se posan.

Mimetismo de forma, que es más extraordinario; algunas mariposas simulan hojas con la forma de sus alas y posición del cuerpo al descansar, logrando pasar inadvertidas, aun a corta distancia del observador, por su increíble parecido con las verdaderas hojas.

Es maravilloso y llama mucho la atención el caso del conocido "palito" (Orden Orthoptera, Fam. Phasmidae), de diferentes tamaños, algunos muy pequeños y otros hasta de unos treinta centímetros y que no pasan de ser unos "palitos secos", los cuales sorprenden al caminar convirtiéndose en cosas animadas. Las cervatanas, parientes cercanos a éstos (Fam. Mantidae), tienen casos maravillosos donde combinan forma y colores, más las caprichosas poses que toman para parecerse a flores o partes jóvenes de las plantas y así atraer sus pequeñas víctimas, las cuales han de convertir en presas necesarias para su alimentación.

Otros insectos más extravagantes cubren sus cuerpos con secreciones que les dan el aspecto de hongos o líquenes, u otras formas aun más inesperadas.

Entre las formas de defensa pasiva existen los capaces de producir en forma voluntaria, cuando se ven en peligro, líquidos expulsados del cuerpo en forma de lluvia muy fina y que al volatilizarse rápidamente se convierten en olores muy desagradables o repelentes. En otros casos estos olores se hacen agradables, como en el célebre caso de un entomólogo, quien estaba colectando en húmeda y sombría selva del archipiélago malayo, cuando sorprendido notó la presencia de un marcado olor a rosas; intrigado, estuvo tratando durante varios días de localizar la flor causante de aquel agradable e inesperado olor. Luego de fracasar en sus intentos pudo al final establecer que el causante del perfume no era más que un pequeño coleóptero al cual los ingleses llaman "tiger beetle" (*Therates labiatus*).



Aplicación aérea de insecticidas en una plantación de algodón, para combatir el Picudo del Algodonero.

FORMAS ACTIVAS DE DEFENSA

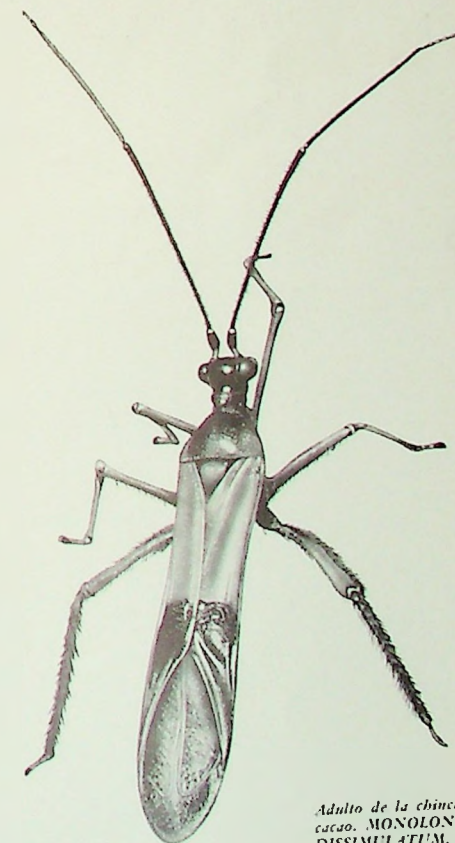
Son en realidad formas ofensivas diversas, muy variadas, desde las más poderosas mandíbulas en los bachacos soldados, los muy efectivos aguijones de las avispas o los líquidos y secreciones fuertemente urticantes.

INSECTOS ÚTILES AL HOMBRE

Es indudable que estos predominantes seres en el mundo animal juegan un papel muy importante en el equilibrio natural del mundo de los seres vivos, tanto animal como vegetal.

Así, los encontramos como factor principal en la destrucción de árboles y animales, cuyos cadáveres si no fuera por ellos pasarían muy largo tiempo en las florestas sin reincorporarse al suelo y convertirse en material aprovechable por los otros seres vivientes; por otra parte ellos son importantes polinizadores y muchas especies vegetales y aun cultivos desaparecerían sin su intervención.

Pero es entre ellos mismos que ejercen la mejor función de control y de equilibrio, lo cual cumplen en dos formas diferentes: una como *predadores* y otra como *parásitos*. Los primeros son como fieras hambrientas devoradoras de gran cantidad de víctimas, inferiores a ellos en tamaño, casi siempre, y de las más variadas clases; en este grupo encontramos los caballitos del diablo, las libélulas, cervatanas, hormigas-león y muchos otros como los pequeños coquitos predadores cuyas larvas devoran áfidos incansablemente, uno tras otro, o aquellos otros (*Rodolia cardinalis* Muls.) introducidos a California desde la lejana Nueva Zelanda para el control de la escama algodonosa de las cítricas (*Icerya purchasi* Mask) con tan buen éxito que la plaga fue dominada y llevado el predador a los más apartados países, con la misma finalidad, más de cincuenta países gozan hoy de este pequeño benefactor, en el control de una destructora plaga de los árboles cítricos.



Adulto de la chinche del cacao, *MONOLONIUM DISSIMULATUM*.



Arriba: Larvas de "perro del naranjo",
PAPILIO ANCHISIADES Esper,
agrupadas en un tronco.

Abajo: Mariposa o adulto de "perro del
naranjo", *PAPILIO ANCHISIADES* Esper.

Los parásitos trabajan en forma diferente; son en general más pequeños que sus víctimas y éstas son específicas para uno o más tipos de parásitos. Atacan casi siempre desde el interior del cuerpo de la víctima y son por supuesto menos espectaculares en su trabajo, pero también muy efectivos. Los más importantes pertenecen a grupos colocados dentro de las avispas (Hymenoptera) y de las moscas (Diptera). Casi siempre las jóvenes larvas se alimentan dentro del cuerpo de su víctima hasta cuando crecen; entonces su huésped muere y ellos lo abandonan o pupan dentro de él para después, ya como adultos, ir en busca de nuevas víctimas; éstas en su mayoría se encuentran entre las larvas de lepidópteros aunque también hacen estragos entre muchas otras clases de insectos.

INSECTOS COMO POLINIZADORES

Muchos insectos, tales como thrips, mariposas, hormigas, cocos, gorgojos, moscas, avispas y abejas son eficientes polinizadores, ya sea cargando polen de la misma flor o desde flores en otras plantas.

Algunos casos de polinización por insectos son muy importantes; uno muy curioso y quizás hasta complicado, pero muy útil, es el de la "avispa del higo".

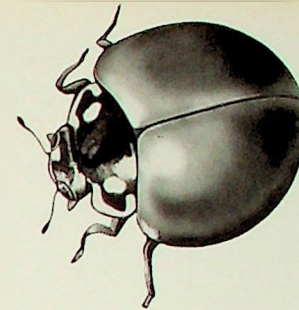
Durante largo tiempo la producción de higos en California confrontó el problema de que sus frutos eran de calidad inferior a los producidos en el Viejo Mundo; después de muchas investigaciones se pudo comprobar era debido a la falta de estímulo y polinización cruzada, sólo posible mediante una pequeña avispa, llevadora de polen de los árboles masculinos no productores de frutos a los temeninos productores. El ciclo general es el siguiente: existen dos clases de higuera, una productora de flores masculinas, *Calimirna*, y otra productora de flores femeninas, *Esmirna*.

Ahora bien, las flores están encerradas en gran cantidad dentro de un receptáculo con sólo una pequeña salida al exterior; en el interior de esas flores vive la pequeña avispa (*Blastophaga psenes* (L.)); pero es el caso curioso que los huevos y larvas son capaces de desarrollarse sólo en las flores de *Calimirna*, donde viven los machos no alados y los cuales fecundan a las hembras formadas dentro de pequeñas agallas; éstas, luego de fecundadas van al exterior, en su salida se llenan de polen, luego, ya libres, vuelan buscando nuevas flores donde poner sus huevos; para esto necesitan entrar en el receptáculo y así con el polen que llevan en su cuerpo dejan fecundadas las flores femeninas, *Esmirna*, donde los huevos no se desarrollan, pero ya quedan en condición de producir hermosos y agradables frutos. Por esta razón en las plantaciones comerciales de higo, por cada cierto número de plantas productoras de frutos existe una mata "macho" o sea de higo *Calimirna*.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

Aun cuando la mayoría de los insectos conocidos bajo el nombre de escamas son en su mayoría fuertes plagas agrícolas, algunos son capaces de dar productos útiles al hombre, tal es el caso de la escama productora de laca, la cual vive sobre plantas de la misma familia del higo; las secreciones de su cuerpo forman grandes masas sobre la planta, de donde se elabora la laca, producto tan conocido y de tantas aplicaciones.

La cochinilla es otro producto originado por escamas que viven sobre cactus y utilizado en la industria de los cosméticos y colorantes. La industria de la seda es una de las más antiguas; tuvo su origen en China, mantenido su secreto por

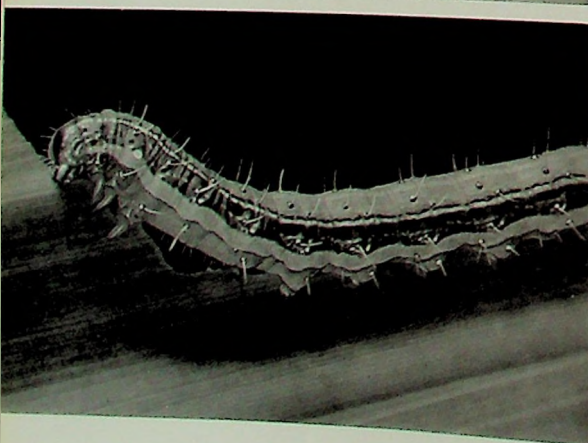


Arriba: Coquito predator rojo,
CYCLONEDA SANGUINEA.

Centro: Reina del bachaco rojo,
ATTA SENDENS.

Abajo: Mosca amazónica, parásito del gusano
taladrador de la caña de azúcar,
DIATRAFA SACHARALIS.

Arriba: Gorgojo cigarrón. *RHYNCHOPORUS PALMARUM*.
Centro: Polilla del algodón. *EPHESTIA CAUTELLA*.
Abajo: Gusano cogollero del maíz.



más de dos mil años; con poca dispersión en el mundo, sigue siendo importante allí y en Japón. Esta industria es probablemente la primera en que el hombre utiliza en grandes cantidades a un animal domesticado para aprovechar su producto y en este caso el animal es un insecto: el "gusano de seda" (*Bombix mori* (L.)). La seda es obtenida del hilo continuo fabricado por las larvas para tejer sus capullos y que en algunos casos alcanza hasta 400 metros de largo.

Dos productos provenientes de los insectos y que por lo conocidos solamente he de mencionar: la miel y la cera.

En resumen, los insectos resultan útiles al hombre mediante sus productos o sus actividades:

Produciendo: seda, cera, laca, cochinilla y otros pigmentos, cantaridina, miel, ácido tánico, tintas, etc.

Polinizando: Con la consiguiente formación de semillas, frutos o flores.

Alimentando: Otros animales, peces, pájaros, animales salvajes y aun como plato del género humano.

Destruyendo: O controlando otras poblaciones de insectos, algunas veces plagas de importancia económica.

Mejorando: la condición física del suelo y su fertilidad.

Transformando: Plantas y animales muertos en materia orgánica del suelo.

Ayudando: Como factor importante en las investigaciones científicas.

Entreteniendo: A colectores aficionados y observadores de la naturaleza.

Inspirando: A poetas, pintores y decoradores.

INSECTOS COMO ENEMIGOS DEL HOMBRE

Es en este aspecto donde los insectos hacen sentir más su importancia y son tan grandes y variados sus daños que la sola enumeración de ellos resulta una lista sumamente larga; por otra parte, la cuantía de sus perjuicios puede ser tomada como exagerada por cualquier persona. Ejemplo: hasta hace pocos años se estimaba en Venezuela que de todo el maíz cosechado por año, más del 50% se perdía por culpa de los insectos.

Aquí solamente los agruparemos de acuerdo al tipo de daño:

1) Son capaces de dañar o destruir cualquier clase de cultivo agrícola, ornamental o plantas de valor.

2) Molestar al hombre y animales mediante su presencia, sonido, aspecto, picaduras, olores o malos sabores e irritaciones en la piel.

3) Portadores de enfermedades en animales y vegetales, ya sean bacterianas, protozoas, parasíticas, virosas o fungosas.

4) Destruyen o desvalorizan toda clase de productos almacenados, libros, edificios, muebles, colecciones, postes, etc.

ERNESTO DORESTE S. Venezolano. Nació en Caracas, en 1930. Ingeniero Agrónomo de la Universidad Central de Venezuela. Entomólogo del Servicio Shell para el Agricultor. Cursa actualmente estudios superiores de Entomología Económica en la Universidad de California, Estados Unidos.

Ilustraciones: Fotografías del "Mercado de las Pulgas" tomadas por el autor.

MERCADO DE LAS PULGAS

Por Pierre Courret



Rincones misteriosos llenos de consolas, parecen altares.

Un mundo pequeño, un trozo de Oriente trasladado a esta vieja ciudad. Ilusión de cierta poesía transformando ese barrio miserable, tan característico. Este mercado, extendiéndose más cada día, ya se ha subdividido en dos secciones, cada una con su tendencia a singularizarse. La primera lleva el nombre del famoso Mariscal de Biron, el que conocimos por el cantar infantil:

"Quand Biron voulut danser"

"Ses souliers fit apporter..."

y así le fueron trayendo al vanidoso aristócrata, su peluca, su vestido, su espada y demás chucherías de la época. Bien nombrada, pues, esta venta de peroles variados, patrocinada por el Biron de nuestra niñez.

La segunda parte de esta feria constante lleva el nombre de un barrio vecino de Lyon, la ciudad de la seda, la llaman "Vernaison". Hay que decir que la "chivera" de antaño, se ha vuelto sencillamente una agrupación de anticuarios en donde dominan los muy típicos de Europa Central.

REVISTA SHELL



*De todo para
todos los gustos,
aunque,
francamente,
¿quién puede
desear esas
corbatas?*

Por haber abandonado su primitivo carácter de feria popular no ha dejado este mercado de tener su lado pintoresco. ¿Cómo podría ser? Yo supongo que para todo hombre refinado la tienda de un anticuario parece un pequeño paraíso, ¿cómo, pues, si son miles de tiendas apiñadas no va a resultar un encanto singular el de este "Mercado de las Pulgas"?

Si bien se oyen todos los idiomas por parte de los visitantes-compradores, dominando el castellano, lo mismo sucede con el aporte de lenguas variadas por los marchantes-vendedores. ¡Qué conjunto tan divertido y coloreado! Merece que los venezolanos de paso por la capital de Francia lo visiten y lo saboreen.

Quisiera insistir en el aspecto humano que allí se verifica: el de la rapacidad. Todo aquel que llega al mercado abriga la esperanza de descubrir aquella pieza antigua, hermosa y barata cuya calidad meritoria se le haya escapado al pobre mercader. Esto proporciona un estado



*A cada edad
su curiosidad.*



*¿Por cuántos
caminos llegarían
hasta aquí,
desde el viejo
castillo?*

peculiar de exaltación interior que pone al "amateur" en gran nerviosidad y trances: por momento se ve como magnetizado, mirando con intensidad un objeto deslumbrador en un "cachivache" oscuro. El cliente, temiendo que se sospeche su violento interés, despliega para comprar multitud de astucias. Esto para acabar llevándose una porcelana pseudo-antigua, pegada y repegada y que, en definitiva, no vale gran cosa. Qué importa! Asoleado y vibrante, el "Mercado de las Pulgas" es un paseo encantador.

Por otra parte, los anticuarios que integran el mercado tres días por semana tienen otras actividades y otros negocios lujosos en la ciudad, muchos son sumamente ricos y tienen vida social y cultural de importancia. Es divertido pensar que, al contrario de sus amigos que se engalanan para salir a misa o de paseo, este grupo de mercaderes esconde su coche particular al llegar al mercado, disfrazándose de medio mendigo para mantener la tradición y el ambiente propicio, y después se mete en su tienda profunda y repleta. Es una farsa que requiere observación. Con las reiteradas idas y venidas, los marchantes llegan a distinguir verdaderos aficionados entre ciertos clientes y se forman curiosas amistades entre diplomáticos y vendedores. Muchos son los turistas que prefieren formarse gusto y conocimiento en "Las Pulgas" y no en la escuela del Louvre. Lejos de decir que no existan muy buenos objetos en este curioso mercado, diremos solamente que esos no corresponden por fortuna a las exigencias turísticas y así se quedan a disposición del residente permanente, menos exaltado y más prudente.

PIERRE COURET. Venezolano. Nació en Francia, en 1923.
Diplomado en Química por la Facultad de Ciencias de París (Sorbona).
Investigaciones de bioquímica clínica como interno.
por concurso, de los hospitales de París. Ha sido miembro de expediciones científicas a distintas zonas del territorio venezolano. Actualmente desarrolla investigaciones sobre las lipoproteínas séricas en los infartos del miocardio. Fruto de su afición literaria y fotográfica es el presente trabajo.



La Paradura del Niño

1.- EL PESEBRE DE NUESTRAS LOMAS.

Todos conocemos las caprichosas formas que nuestro pueblo da a sus pesebres. Muchas obedecen a una mano artística que ha puesto sus notas, que ha creado una obra cuando realiza las contorneadas figuras; pero, en el caso de los pesebres de nuestras lomas merideñas, no sucede exactamente lo mismo: el pesebre de esta región casi se encuentra definido por ciertas características que lo hacen más o menos uniforme. Esta conclusión he sacado al comparar las formas de construcción en muchas casas de la loma "San José de las Flores", hermoso lugar en el cual he realizado casi todas mis observaciones. El describir con detalle uno de estos pesebres sería tarea de nunca acabar; pero, el dar los rasgos generales, es cosa sencilla. El armazón del pesebre tiene como fundamento una troje o plataforma construida con palos grandes atados con cabuyas, que sirve de base a todos los adornos del pesebre y también al arco que más adelante describiremos. Esta plataforma tiene por objeto hacer el pesebre menos accesible a los niños y a los animales domésticos y tiene una altura variable que por término medio alcanza unos 50 cms. Está revestida de diversos modos, unas veces con abigarrados papeles de muchos colores, pero casi siempre está recubierta con matas de "chorrito", "flor de inajague" y "flor de anime". Esta, a decir de ellos, tiene "misterio" pues florea, precisamente, en los días de Navidad y sirve para adornar al Niño.

Sobre esta plataforma, cuyo piso está construido a base de tablas, levantan el pesebre propiamente tal. Para ello usan raíces y ramas de diversos árboles, palos, cajas de cartón y cuantos objetos contribuyan a hacer bulto. Encima de esos objetos colocan papeles o telas engomadas sobre los cuales echan arenillas de diversos colores y partículas de "mica" (mica triturada), que con la luz brillan y dan esplendor al pesebre. Estos papeles o telas engomadas se encuentran adosados, la mayoría de las veces, a las paredes. Generalmente el lugar preferido para la construcción del pesebre es uno de los rincones de la sala, aquél más iluminado.

Estas telas engomadas y con arenillas y mica adoptan formas de picachos, de acuerdo con los extremos de raíces y palos sobre los cuales se asientan.

Una vez terminada la configuración exterior proceden al adorno del pesebre. En primer lugar colocan lo fundamental: EL NACIMIENTO. El Nacimiento constituye por sí solo el pesebre y es como el eje alrededor del cual serán colocadas todas las figurillas.

Es tan importante el Nacimiento que amerita detenernos a describirlo detalladamente. Consta de las siguientes estatuillas: Virgen, San José y Niño. Otras veces, cuando la familia es acomodada, cuenta con otras figuras: buey, mula, pastores, Reyes Magos... El tamaño de las imágenes varía mucho de



La Divina Pastora de las Almas, María Santísima, cuyo original se venera en su convento en Barina.

LA DIVINA PASTORA DE LAS ALMAS MARIA SS
Patrona de las Misiones de los RRPP Capuchinos
Cuyo Original se venera en su Convento de Barina Reñando una Salve i Ave
María se ganan muchas Indulgencias.

acuerdo con las posibilidades económicas de la familia. También varia la forma de acuerdo con las cualidades del artista que las hizo. El Nacimiento está colocado dentro de una cueva, formada por los repliegues de las telas, o en una chochita construida para tal efecto y que tiene forma variadísima.

El número también varia: generalmente es un nacimiento; pero muchas veces encontramos dos, uno colocado en la parte principal del pesebre y otro más pequeño que corresponde al que se usó por vez primera en la casa, "cuando comenzaron a hacer el pesebre", es decir, el primero que pudo adquirir la familia y al cual no abandonan por temor a cometer una irreverencia. Pero no se limita a dos el número de Nacimientos; hay, a veces, tres. Esto lo observé en el pesebre de una de las casas de la región. Además, pregunté si podían ser más y me contestaron afirmativamente: "pueden ser hasta cinco". Cuando esto sucede generalmente es debido a que habitan varias familias en la misma casa. Pero tampoco es raro que cada familia haga un pesebre aparte en diferentes rincones.

El pesebre es construido a mediados de diciembre. La mayoría de las veces después del 20. Se lo desarma apenas terminada la Paradura, aunque es frecuente dejarlo hasta el día de la Candelaria, y aun, dos o tres días después.

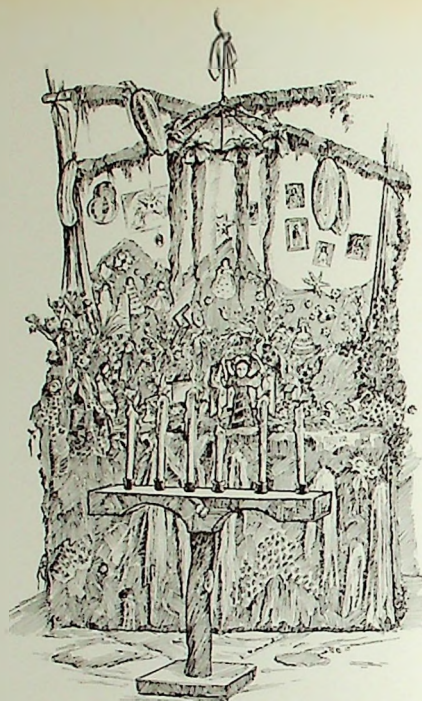
Adornos del Pesebre. — Para proceder con el mayor orden posible se enumerarán los principales adornos, tomando como punto de referencia al Nacimiento. Alrededor de éste están los adornos más importantes y mejor contruidos, consistentes, en la mayoría de los casos, en pastores de yeso en actitud de visita al recién nacido, ovejas echadas, diversos ángeles en actitud de vuelo, que velan por el "Divino Niño", y que se encuentran colgados de la choza o cueva. En la parte superior del rancho o encima del Nacimiento, cuando falta la choza, se encuentra con mucha frecuencia un ángel más grande que los otros, quien sostiene en sus manos un letrero que dice: "Gloria in excelsis Deo...". Además, toda la chocita se encuentra adornada con innumerable objetos: bombillitas quemadas, figurillas de cristal en hileras, flores de papel, etc. Delante de la choza o cueva se encuentra el rebaño principal con sus pastores. Este rebaño, lo mismo que los que más adelante se mencionarán, tienen por pasto musgos de diversas tonalidades verdosas.

Y algo verdaderamente curioso, uno, dos y hasta tres espejos colocados detrás del Niño Jesús. Cuando son tres, el Niño queda dentro de la "semiluna" que forman al disponerlos en arcada. A esta curiosa usanza no le pude conseguir explicación. He preguntado a varios campesinos y sólo han acertado a decirme que es costumbre que ellos tienen desde hace mucho tiempo.

Los otros son los siguientes: en la parte más alta del pesebre colocan una estrella, generalmente plateada, pero también de papel celofán amarillo-rojo que simboliza la estrella de Belén. En algunos pesebres hay varias estrellas, hasta tres o cuatro. El número de picos también varia; la mayor parte de las veces es de cinco, pero puede tener seis, siete, ocho...

Ahora, diseminados al capricho del constructor del pesebre, se encuentran diversos grupos de ovejas con los respectivos pastores e infinidad de adornos que sería imposible enumerar, pues son tantos y tan variados que hasta presentan contrastes interesantes, por ejemplo, el encontrarse un avión y varios camioncitos y carritos de juguete junto a un rebaño.

Así mismo hay que tener en cuenta que, aun admitiendo la distribución caprichosa, vemos grupos de atavíos muy bien colocados y que dan la impresión de querer representar las regiones geográficas: llanuras, desiertos, ríos, lagunas; y en esas regiones colocan: ovejas, viejos, viejas, pastores, gallos, muñecas, avioncitos, casas, carros, capillas, pinos, árboles, etc.



Típico pesebre de los campesinos merideños. El Niño ya está "parado". Se puede apreciar el "arco", el "alumbrado" y el "enramado del niño".

Muchos de estos adornos los compran confeccionados ya; pero algunos son de industria casera, hechos de diversos materiales: madera labrada y especialmente "anime", corazón de una planta que abunda mucho en todas esas regiones y que es labrada cuidadosamente con hojillas de afeitar por pacientes artistas. En ese "anime" realizan caprichosísimas creaciones, verdaderas atracciones que causan curiosidad a los forasteros. Abundan también las flores artificiales.

Esto es, en líneas generales, el conjunto de adornos de un pesebre campesino. Pero la disposición de ellos da por resultado múltiples pinceladas de hermosura. Entre esas pinceladas las más frecuentes son las que representan "la laguna", formada por un espejo o vidrio, que semeja el agua, sobre el cual colocan pececillos y patos artificiales de diversos tamaños. También hacen representaciones bíblicas como la expulsión de Adán y Eva del Paraíso Terrenal; colocan una plaza de toros y otras curiosidades.

Cada pesebre es una creación distinta. Los datos que he dado son más o menos generalizados en todos los pesebres campesinos.

Pero, además de los decorados descritos se pueden agregar otros que complementan el pesebre poniéndole esa nota graciosa, peculiar y un no sé qué de vida, de colorido, de alegría... Tales son las flores y demás adornos vegetales: azucenas, rosas, laureles, margaritas, malabares, hortensias, tulipanes, "matrimonios", "estrellas de mar", lirio morado y hojas de "tampaco". Los maceteros de las flores son potes vacíos de diversos productos nacionales y extranjeros. Se encuentra también "el sembrado del Niño", consistente en almárgicos de garbanzo, de trigo, de maíz, de caraotas y de arvejas.

Vestido del Niño. — Es de confección casera, casi siempre de seda (especialmente de tafetán), adornado con papel de hojilla. Su color es diverso; pero nunca negro pues, a decir de ellos mismos, "no es conveniente para el Niño Jesús".

2. — EL ARCO.

Consiste en una estructura de madera formada por tres o más postes largos, amarrados con cabuyas, que se encuentran en la parte delantera del pesebre. Esa estructura de madera está revestida con ramas de "cinaro", "gusanillo de monte" y "barbas de ceibo", y sobre ella atan los diversos productos naturales de la región, especialmente frutas de diversas clases. Las frutas son, principalmente: cambures, auyamas, plátanos, parchas, aguacates, piñas, etc. El arco se construye el 24 de diciembre y está en exhibición unos ocho días, durante los cuales se reparten los frutos entre los visitantes y se

consumen en la misma casa. Luego, lo renuevan haciendo esto dos o tres veces, de manera que el último arco corresponde al día de la Paradura, después de la cual apenas si quedan en la estructura simbólica algunas frutas, en espera de que maduren completamente, para consumirlas.

A veces no se acostumbra el arco. Como "también sucedía —dice Cosme González— que en tiempos de mi padre, éste daba la orden de que no se quitara absolutamente ninguna fruta del arco hasta el día de la Paradura. Y sucedía que al descomponerse eran renovadas, pero en sazón nadie las comía".

3. — EL ALUMBRADO.

Es una ofrenda de velas encendidas hecha al Niño Jesús. El alumbrado se enciende desde el día en que se pone el pesebre. Cada Nacimiento tiene su vela colocada sobre rústico candelero de barro o de cualquier otro material apropiado. Las velas son de esperma o de cera; pero casi nunca de sebo. Me dijeron al respecto: "ya no se usa la vela de sebo para el alumbrado del Niño; debe ser de cera o de esperma". El alumbrado se le enciende al Niño todas las noches y se conserva —cuando no quitan el pesebre— hasta el día de la Candelaria.

Pero además de ese alumbrado existe otro que se pudiera llamar "alumbrado mayor", puesto, no ya dentro del pesebre,

sino delante. Consiste en un candelabro que adopta diversas formas de acuerdo con el capricho del constructor.

Sobre ese candelabro colocan diverso número de velas que oscila de tres hasta trece, según el largo del soporte horizontal. Sin embargo, a pesar de que puede ser cualquier número prefieren los siguientes: tres (representan las Tres Divinas Personas), siete (los Siete Panes o siete días de la semana), diez (los Diez Mandamientos), trece (Jesús y los doce Apóstoles). La vela o velas del centro son más grandes que las laterales. Este "alumbrado mayor" se usa en el momento de la Paradura, durante la cual prenden todos los cirios.

4. — LA PARADURA.

El pesebre permanece en la forma antes descrita hasta llegar el día de la Paradura. El período hábil para realizarla va desde el 1º de enero hasta el 2 de febrero, día de la Candelaria.

Padrinos: Los amos del pesebre nombran con algunos días de anticipación un par de padrinos para cada Nacimiento. Estos son los encargados de dirigir la ceremonia y son ellos los que disponen qué debe hacerse en ese día y en todo lo referente a la Paradura son obedecidos hasta por el señor de la casa donde se realiza la fiesta.

Como podemos deducir, a veces son dos pares de padrinos. Los principales son los del Nacimiento Mayor. Estos señores no colaboran monetariamente sino que envían a la casa de la ceremonia bizcochuelos, vinos y otros brindis para obsequiar a los invitados.

Músicos y cantores: La nota más característica de las Paraduras es su colorido musical, producto de la armonización de varios empíricos del lugar. El conjunto musical es de vital importancia en esta fiesta a tal punto que oí, de boca del señor Tobías Sulvarán, lo siguiente: "La Paradura la dispone el jefe de la casa para una hora, pero comienza cuando llega el conjunto de "cantadores" y músicos, así sea horas después". Los músicos no son profesionales y por tal motivo tocan "a bandera negra", es decir, sin cobrar absolutamente nada.

Sucede muchas veces que uno de estos conjuntos es invitado para armonizar alguna paradura de la ciudad de Mérida. Entonces reciben como pago "lo que bien llevase el señor de la casa en darles".

Los "cantadores" del Niño son en número de dos a cuatro pares, y aún más. Se encargan de entonar los VERSOS DEL NIÑO y el ROSARIO DEL NIÑO, propios de la ceremonia.

Pero no sólo ellos cantan, sino que cualquiera de los asistentes puede ayudar con su voz.

Los instrumentos musicales que utilizan consisten en violines, guitarras y cuatros. Nunca vi maracas; aunque, a decir de ellos, sí las usan, pero muy raras veces. Emplean varios tipos de guitarra: de seis, diez y doce cuerdas.

Paseo del Niño.



Música: Primero tocan **PIEZAS POPULARES**. Esto lo hacen antes de la ceremonia, en los momentos en que las diversas personas van llegando. En esta parte incluyen la mayoría de las canciones populares de moda: pasajes, merengues, valse, joropos... Luego entonan los **VERSOS DEL NIÑO** durante la ceremonia propiamente dicha. Posteriormente se oyen de nuevo **PIEZAS POPULARES** durante el brindis de vino y bizcochuelos, a las que sigue el **ROSARIO DEL NIÑO**, también cantado y, para terminar, los **ROMANCES**, preciosas composiciones.

La ceremonia: Llegado el día y la hora de la Paradura las personas se van congregando en la casa. Se sientan en sillas de cuero o en bancas de madera, situadas alrededor del pesebre. Algunos invitados, sin embargo, se quedan fuera del cuarto del pesebre y pasean por los corredores de la casa en espera del comienzo de la ceremonia. Asisten hombres, mujeres y niños. Se oyen entre tanto algunas descargas pirotécnicas, las que anuncian que la fiesta va a comenzar.

Una nota que resalta sobre todas, es la de que en esta ocasión *no se baila* y es un orgullo para ellos decir que "desde la Cruz Verde y en toda la 'Otra Banda' no se baila en las Paraduras, como lo hacen los de Mérida", pues lo consideran como una irreverencia al Niño Dios.

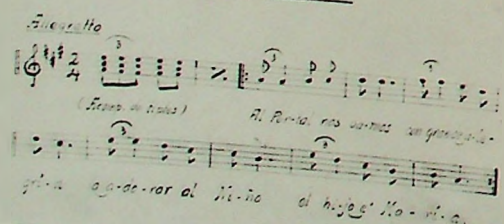
Transcurrido algún tiempo, llegan los padrinos y los músicos. Estos comienzan a afinar sus instrumentos y a tocar música de moda. Los anfitriones obsequian dulces de diversas clases: de lechosa, toronja, cidra... pero por ningún motivo brindan copas de licor antes de *parar al Niño*.

Comienza el acto. Todos reunidos en la sala donde está el pesebre muestran un recogimiento especial propio de momento tan solemne.

Los músicos preparan sus instrumentos; la concurrencia se acomoda en sus puestos; los cantores se ordenan por pares; los padrinos se acercan con el pañuelo donde llevarán al Niño durante el paseo. De pronto suenan los instrumentos filarmónicos y se inicia el canto:

Al Portal nos vamos
con grande alegría,
a adorar al Niño,
el hijo de María.

Versos del Niño



Los padrinos se acercan al pesebre y a medida que se cantan los versos reparten las velas, dándole una a cada concurrente:

Vengan los padrinos
repartan el alumbrado
que hoy se va a parar
al Señor Sacramentado.

Y así, por el estilo de estos versos, cantan otros en los cuales alaban la gloria del Divino Infante e invitan a los

padrinos a disponerse en la mejor forma posible para tan solemne acto:

El Niño Jesús
del dulce humanado
que todas las gentes
lo están celebrando.

Los ángeles todos
allí le han rodeado.
Al visitar al Niño
gloria le cantaron.

Hinquense padrinos
con veneración
a servirle al Niño,
Nuestro Redentor.

Paseo del Niño: En esta parte, mientras los cantores y los músicos entonan versos, los padrinos y la concurrencia siguen paso a paso lo que los cantos indican. El *Paseo* se hace por los corredores, patios y alrededores de la casa:

Levanten padrinos,
vamos a Belén,
a pasear al Niño,
para nuestro bien.

Levanten padrinos,
vámonos pa' fuera,
a pasear al Niño,
Dios de Cielo y Tierra.

Miren al Niño
cómo está paseando,
San José y la Virgen
lo están aguardando.

Entrada del Niño: Después del *Paseo* todos regresan al pesebre. Los cantores entonan loas dedicadas a los padrinos por la dicha que han tenido de llevar en sus manos la Divina Majestad:

Vengan los padrinos,
vámonos pa' dentro
de pasear al Niño
Divino Sacramento.

Dichosos padrinos,
¡qué dicha han tenido!
han paseado al Niño
tan recién nacido.

Beso del Niño: Apenas terminado el *paseo* los padrinos se arrodillan delante del Pesebre y sostienen entre ambos el pañuelo donde está la imagen. En esta forma comienza el *beso del Niño*. Son ellos los primeros en besarlo; luego la concurrencia va desfilando para hacer lo mismo. Este es un acto completamente voluntario y por tal motivo hay personas que no lo realizan. Al besarlo, la gente generalmente se arrodilla, pero no es necesario. Algunos lo hacen de pie inclinándose en el momento de depositar sobre el Divino Infante el sagrado ósculo:

Venga ya a mis ojos:
oiga ya tus llantos,
bese ya tus pies,
bese ya tus manos.

Todos de rodillas
delante del altar,
besen al Niño
si lo han de besar.

El Niño nos pide
una canastilla,
un corazón limpio
y otro más sencillo.

Bajan los pastores
con un corderito,
con ramas y flores
pa'l Niño Chiquito.



El beso del Niño. Los primeros en besarlo son los padrinos.

Parada del Niño: Es este el momento culminante de la ceremonia, el momento esperado, cuando el Niño Dios es puesto de pie. Se oyen cantos alusivos a la majestuosidad del Salvador y expresan la satisfacción que sienten por la dicha que han tenido los padrinos al *parar al Divino Señor*:

Paren ese Niño,
párenlo ligero,
que llegó el momento
de subirlo al cielo.

Al Niño Jesús
váyanlo subiendo,
San José y la Virgen
lo están recibiendo.

Dichosos padrinos,
¡qué dicha han tenido,
han parado al Niño
con amor rendido!

Hinquense padrinos,
digan el Bendito,
porque le han servido
es a Jesucristo.

San José y la Virgen
se hincan de rodillas
a adorar al Niño
de mil maravillas.

Miren al Niño
parado en la cuna,
todo iluminado
del Sol y la Luna.

El Niño se para,
la Virgen también
y el gallito canta
en Jerusalén.

A propósito de esta última estrofa podemos decir que no es raro encontrar en el alma de nuestro pueblo algunas leyendas como la del Niño y el canto del gallo. Tales tradiciones son de gran preocupación popular:

Los tres Reyes Magos
cogieron camino...
a adorar al Niño,
el Verbo Divino.

¡Oh, noche dichosa!
¡Oh, precioso día!
¡tamos celebrando
al hijo de María.

Hoy a los padrinos
les damos las gracias,
han parado al Niño
el rey de esta casa.

Terminación y peticiones: Terminado el acto, mientras los concurrentes se dirigen a tomar el *brindis*, los cantores entonan preciosos versos en los cuales piden a Dios los proteja y los saque con bien en las faenas de ese año nuevo que comienza:

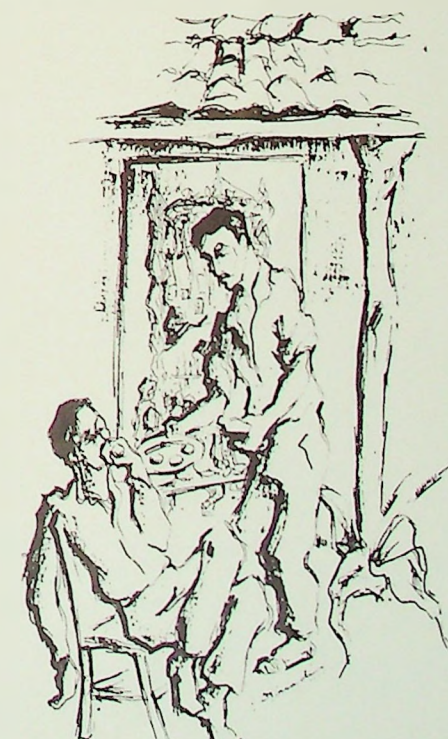
Adiós... Niño Hermoso,
adiós... mi querido,
Niño milagroso
del primer vestido.

Del primer vestido,
del dulce y memoria
llévanos triunfante
a tu eterna gloria.

Alabar a Dios
en primer lugar
y el Santo Rosario
se le ha de cantar.

Y con esto termina la Paradura del Niño e inmediatamente, mientras los músicos vuelven a dejar oír las notas de diferentes canciones populares, los dueños de la casa efectúan el *brindis de bizcochuelos y vino*, característico e imprescindible en todas estas fiestas.

Conjuntamente con ese obsequio se ve cómo reparten cigarrillos en una bandeja. Por otra parte —terminado el brindis de vino— comienza el brindis de "miebe". Es curiosísima la forma cómo reparten este aguardiente: el señor de la casa u otra persona amiga toma el litro de "miebe" en una mano y una copa en la otra y en ese único vaso toman todos, uno por uno, sin que ello sea motivo de recelo o repugnancia para nadie. Muy raras veces usan dos copas, y esto sucede cuando hay dos personas repartiendo la bebida. Revela esta costumbre la pobreza de nuestra gente que cuenta con una vajilla sumamente escasa.



El brindis, de bizcochuelo y vino.

Cuando alguno de los presentes es menor de edad y quiere beber, se vale de uno de los invitados el cual pide permiso al que reparte para obsequiar al niño.

También reparten dulces de hechura casera como antes, en la Paradura.

En esta forma transcurre algún tiempo, al cabo del cual se comienza el *Rosario Cantado*, interesante ceremonia en la cual sólo participan los hombres, mientras las mujeres se dedican a preparar la comida de la Paradura. Este *rosario* lo cantan en diversas festividades, pero en esta oportunidad se llama ROSARIO DEL NIÑO. Ahora me limito a reproducir una preciosa Salve, transmitida por los RR. PP. Capuchinos a todas sus misiones, y de la cual podemos presentar ahora algunos datos facilitados por el R. P. Andrés Palma de Mallorca. Se trata de la PASTORA MARIA o GOZOS DE LA DIVINA PASTORA, denominada por nuestros campesinos PASTORA GRANDE (ya que también cantan otra llamada la PASTORCILLA) composición que saben muy pocos en la región meridional y que han aprendido —como los versos del Niño y los romances— de labios de sus antepasados. La versión que ahora publicamos me la dictó Cosme Damián González, que la aprendió de su padre y éste a su vez de Antonio Albornoz...

"Estos gozos —dice el muy R. P. Juan B. de Ardales (1) en su libro *La Divina Pastora y el Beato Diego J. de Cádiz*— en bellas sextinas que tanto corrieron por España y América cantándose con fruición su última estrofa por el honor que daba a los Capuchinos, pueden, por lo que toca a su fondo, estilo, manera y fraseología, atribuirse con bastante probabilidad a fray Diego, o inspirados por el gran influjo que despertaba su devoción. Son desde luego, contemporáneos, pues el Padre Fermín de Alcaraz que las trae en su *ejercicio cotidiano de las ovejas de María*, publicado en 1833, advierte que son "según el uso de los padres capuchinos en sus misiones".

La forma como la cantan es la siguiente: la sextilla es cantada por el par encabezador (E.) y el estribillo, por los del coro:

E. Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis
(I) A vuestras pies muy rendido,
a vuestra grey tierna implora.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Cuando Jesús falleció
para el desamparado
no quedará ser su ganado
pastora que señaló
(II) y en el Calvario dejó
otra gala tan descogida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. En aquel y verde prado
florido de Jericó,
(III) donde la rosa brotó
apacientase el ganado;
¡Qué pasto tan delicado
tener la grey muy lucida!

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Para seguir vuestros pasos
donde un cordero no puede;
para que atrás no se quede
(IV) lo cogerás en tus brazos
y para que no tenga atrasos
le das nuevo aliento y vida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Si perdida está una oveja
tará fuera del camino.
Vos como Pastora divina
la llamas cuando se aleja.
(V) le das amorosas quejas
a los brazos de María.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. A la más humana fiera
huye de vuestro ganado;
(VI) apacientase el cayado
para hacer de sus pies espera,
y el mismo lobo venera
otra gala tan descogida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Miguel sus rayos librando
contra lobos carnívoros;
(VII) bajó el hermoso cordero
donde se va descarriando,
y Ave María va dando
va la oveja protegida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Si al contrario reparáis
de vicios vuestro rebaño,
(VIII) antes que se aumente el daño
pronto remedio le dais
y caridad le aplicáis
a cierta cualquiera herida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. Cuando paseando entre flores
la humana oveja buscáis
(IX) en la soledad la buscáis
un pastor de los pastores
allí canta mil amores
al cordero que da vida.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. En Valencia y Aragón,
en Cataluña y Castilla,
(X) en las Indias y en Sevilla
brilla vuestra devoción.
padres capuchinos son
lo que no se hacen desconocida (2).

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

E. A vuestra grey muy lucida
y a vuestra grey tierna implora.

CORO Piedad, divina Pastora,
que soy la oveja perdida... } bis

NOTAS:

- (1) *La Divina Pastora y el Beato Diego J. de Cádiz*, por el muy R. P. Juan B. de Ardales O.F.M. Cap. Tomo I, pg. 222-223. Imprenta de la Divina Pastora. Sevilla, 1949. Es de notar que la composición original tiene 16 sextinas y la recogida por nosotros sólo tiene 10 y una última estrofa de 2 versos.
- (2) En el libro *Nuestra Patrona la Divina Pastora*, del Excmo. y Rvdmo. Vicario Apostólico del Caquetá Plácido de Calaña, capuchino, tip. Villarreal, año 1942, pg. 16-17, dice: "León XIII extendió la misma fiesta (Misa y Oficio) a toda la Orden Capuchina por decreto del 19 de noviembre de 1885, accediendo a la petición que le hizo el Definitorio General de la Orden. Esta petición se fundaba en las siguientes razones: el haber sido los Menores Capuchinos los promotores de la devoción a la Divina Pastora en España, en América Central, en varias diócesis de Europa y en la Misión de Mesopotamia...". Con respecto a Venezuela, dice (pg. 22): "Los Capuchinos de 1842, quienes han dejado gratísima memoria y cuyo último sobreviviente fue el Padre Olegario, que nos legó el bellísimo templo de la Divina Pastora" ("La Religión", diario católico de Caracas, 30 de abril de 1924). En cuanto al último verso de la sextilla (X) quiere decir: ...los que te hacen conocida.

OBSERVACIONES

SOBRE LAS CARACTERISTICAS MUSICALES DE LAS MELODIAS QUE SE ADJUNTAN A ESTE TRABAJO

(Por el Profesor D. Luis Moreno Palli)

1º Sorprende enormemente la estricta cuadratura de la melodía correspondiente a "El Alabado a Dios", salpicada como está de silencios relativamente largos entre las frases, sumamente difíciles de guardar no estando llenos por un ritmo o una melodía secundaria a cargo de la orquesta. Y ello es más patente en la primera frase, en la cual no se observa ninguna disposición rítmica natural, en la que apoyarse la melodía (distribución en 2, 4, 8 compases). Parece adivinarse que la tal melodía procede de una inicial dispuesta al compás de 3/4, en la que ciertas sílabas acentuadas han obligado a prolongar la nota correspondiente, dando lugar a ese desequilibrio técnico (que no popular). De ser así no podría darse mucha fe a la forma de transcripción que obliga a encuadrar la melodía en el compás de 4/4.

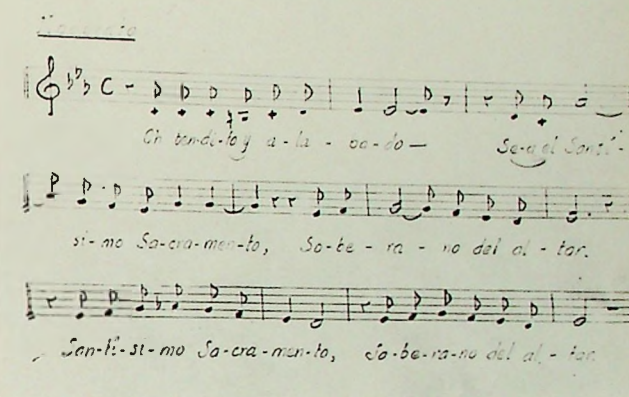
2º No sucede así en las melodías correspondientes a los "Versos del Niño" y "La Pastora Grande" en los que se adivina un acompañamiento rítmico bien definido; el de la primera (ya indicado) auténticamente venezolano y el de la segunda, de corte europeo.

3º La tesitura elevada de la melodía de los "Versos del Niño" contrasta con la baja de "El Alabado a Dios". La primera supone unas condiciones especiales de voz nada comunes en una masa amorfa de cantores populares.

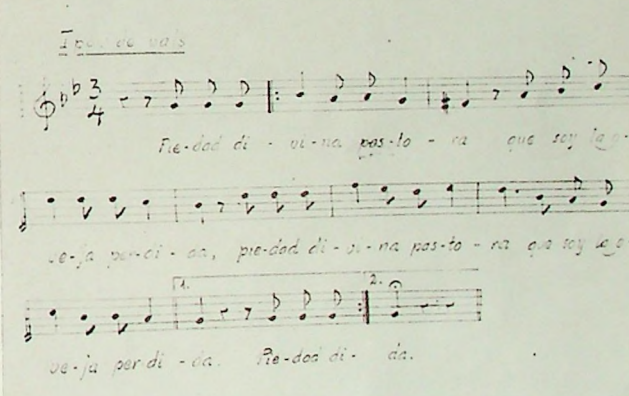
4º En "El Alabado a Dios" del Chimbángulo se echa de ver un sedimento negroide sobre una base de canto llano, muy interesante. De todo ello se deduce que sería muy interesante comprobar, por medio de un registro magnetofónico, las características rítmicas y de tesitura correspondientes a las melodías de los "Versos del Niño" y de "El Alabado a Dios", para poder sacar consecuencias sobre base más firme, que, de ratificarse la transcripción, serían realmente notables.

DARIO NOVOA MONTERO. Venezolano. Nació en el Estado Zulia, en 1937. Colaborador de periódicos venezolanos, especialmente sobre asuntos folklóricos. Actualmente termina sus estudios de Medicina en la Universidad de Barcelona, España. Ha publicado "La Paradura del Niño" —conjunto del presente artículo, con nuevos datos— y prepara un trabajo de investigación sobre folklore venezolano.

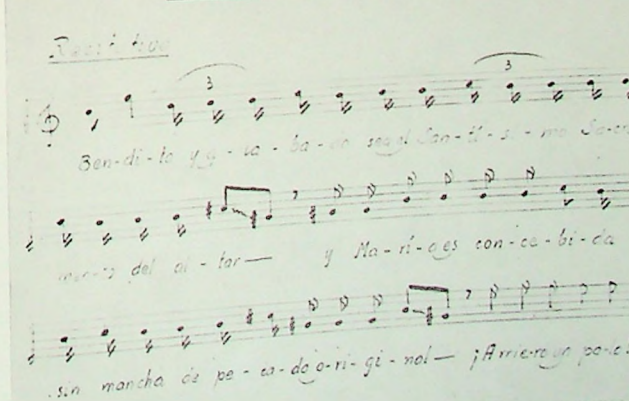
El Alabado a Dios

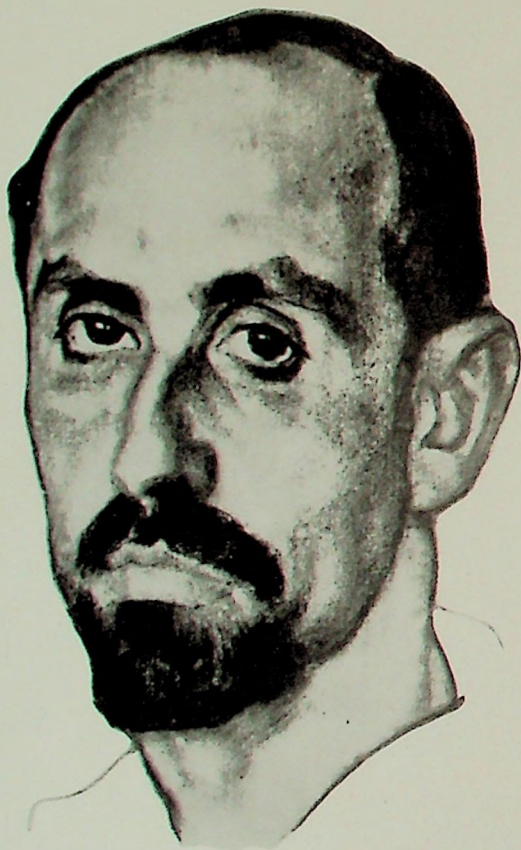


La Pastora grande



El Alabado del Chimbángulo





Retrato de Juan Ramón, por Daniel Vázquez Díaz.

IMAGENES DE

Juan Ramón Jiménez vivió desde la adolescencia, tan intensamente, su muerte, que cuando ésta llegó del modo inesperado y cruel con que suele hacerlo, pudo llevarse sin esfuerzo, pues el poeta, viejo y cansado, acaso la confundió con una de tantas imágenes como en el curso del tiempo había forjado su imaginación para inventarla. El 29 de mayo de 1958, en San Juan Bautista de Puerto Rico pasó Juan Ramón a su segunda vida; la "mejor vida" de la frase piadosa, que, en su caso, es el cielo claro y limpio de la gloria.

Cuesta trabajo escribir de Juan Ramón como si estuviera muerto, cuando se le está sintiendo vivo; cuando, como en mi caso, se está permanentemente rodeado de su recuerdo, leyendo sus propios libros, ordenando sus cartas, sus papeles privados; descubriendo, a través del *Diario* de Zenobia, los repliegues secretos de su intimidad. Estoy escribiendo en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico y cuanto me rodea fue, alguna vez, del poeta y de su esposa. No tengo sino colocar la cinta magnetofónica para oír su voz, con el inconfundible tono grave de siempre; su voz pastosa y llena, viril y calma en la expresión. Oigo la palabra del viejo amigo nunca balbuceante; precisa y aguda, incluso cuando se dejaba perder en un rodeo o en una divagación, que si al principio no parecía tener sentido, pronto lo cobraba, gracias a la fulgurante retención en que sabía envolver alusiones que definían. Frente a mí, en la sala, el cielo claro y limpio de la gloria.

Frente a mí está el retrato pintado por Sorolla, el Juan Ramón de *Arias Tristes*, con su cabeza de árabe joven, la mirada melancólica y una apostura en la actitud que los años no lograron destruir. Al otro lado hay una fotografía tomada en los últimos años; una foto patética en donde la cara aparece labrada por los surcos de la edad y los ojos hundidos en profundos pozos violáceos. Entre ambos retratos, toda una vida, y esa vida, que fue la primera suya, quisiera recordarla ahora, precisamente, cuando por estar dedicado a ordenar y clasificar sus papeles, me encuentro entre testimonios y recuerdos de ella.

No se puede entender a Juan Ramón, tal como fue, tal como es y la vida lo hizo, sin partir de su infancia moqueña. Nació el 24 de diciembre de 1881, en el pueblo de Moguer, al sur de España, cerca de la fabulosa Tartessos fenicia, en un campo bello y tranquilo. "La blanca maravilla de su pueblo" colmó el alma del niño de un sentimiento que nunca se apagó. La poesía, y el arte todo, se nutre —como es bien sabido— en grandísima parte de la infancia. Lo que los primeros años dejan en el alma se posa y sedimenta tan profundamente, tan

JUAN RAMON JIMENEZ

en la entraña misma del hombre, que nada de cuanto después sucede logra menoscabarlo. Los recuerdos y emociones de la infancia, las dulces memorias del remoto pasado constituyen la sustancia de que se alimenta la creación artística y están siempre, de algún modo, promoviendo o fertilizando la inspiración. En Juan Ramón Jiménez tal fenómeno aconteció en grado superlativo. Su Moguer natal está en las páginas de su mejor poesía primera y última; en las prosas de *Entes y Sombras de mi Infancia*; en el conocidísimo *Platero y Yo* y en tantos y tantos lugares de su obra. Recordaré, por ejemplo, aquel delicioso cuentecillo titulado *El Zuratán*, en el cual Juan Ramón narra sus emociones de cuando, a los ocho o diez años, vagamente enamorado de Cinta Marín, linda viudita joven a quien un cáncer de pecho roía poco a poco, la veía pasar por las calles del pueblo, figura extraña y solitaria de hermosa condenada a muerte, y soñaba con ella. ¡Quién sabe cuánto y cómo pudo gravitar su recuerdo en la vida del poeta!

Y cómo pudo gravitar su recuerdo en la vida del poeta! Era un sensitivo. Lo fue desde niño, quizá por herencia materna. Al nacer él, y en los meses anteriores al parto de este hijo, la madre padeció graves trastornos nerviosos y esos trastornos repercutieron en la sensibilidad de Juan Ramón, dejándola, para siempre en carne viva. Más adelante, en la adolescencia, sufrió un choque violento cuando el padre murió repentinamente; desde ese instante el temor a una muerte súbita no le abandonó. Este es el origen de una neurosis que repercutió sobre su manera de ser, afectándola y determinándola en muchos sentidos, pues tal vez por ese temor a la muerte, por esa obsesión de la muerte inminente, que a temporadas le asaltaba sin consentirle punto de reposo, se derivó el alejamiento de lo inmediato en que a veces se instalaba. En su primera obra:

En su primera juventud estuvo un año en el Sanatorio de Le Bouscat, en Castel d'Andorte y, más tarde, en muchas épocas de su vida necesitó, con acuciante exigencia, un médico a su lado. Pasó algún tiempo en el Sanatorio "del Retraído" (el del Rosario de Madrid) y vivió otra temporada en casa del doctor Simarro, persona a quien guardó siempre especial afecto. En sus últimos años, ya en Puerto Rico, convivió primero con el doctor García Madrid, y luego se mudó a los bajos de la casa habitada por el doctor Batlle, en Hato Rey. Al final se refugió en el Sanatorio de Hato Tejas, en Bayamón, al cuidado del doctor Fernández Marina y de la enfermera doña María Emilia de Guzmán, en quien encontró, muerta Zenobia, la protección maternal que su desamparo de niño necesitaba.

La vida de Juan Ramón puede dividirse en cuatro periodos principales: infancia en Moguer; juventud y madurez en Madrid; años viajeros, y última residencia en Puerto Rico. Su obra cambia de signo, aun permaneciendo en lo esencial tan igual a sí misma, según varía el clima vital y los avatares de la existencia. De Moguer le queda la nostalgia honda, pues todo lo del lejano ayer, visto a la distancia, parece hermoso y sin mácula. Tiempo dulce en que no hay desengaños, ni preocupaciones graves, ni siquiera la pequeña agitación de la "vida literaria". Desde muy joven Juan Ramón evocó la infancia con colorada nostalgia, con un grado de patetismo, como el paraíso perdido que suele parecer cuando se la compara con años posteriores.

En los días madrileños, cuando mejorado de sus dolencias espirituales vivió en la Residencia de Estudiantes al lado de Alberto Jiménez Fraud, en contacto con tantos espíritus abiertos como luchaban por una España mejor, por una España verdadera que no fuese ficción y remedo de sí misma, el poeta se sintió contagiado de fervores y unió el suyo al de sus amigos, participando activamente en los trabajos de la institución. No sería justo, y desde luego sí inexacto, imaginar a Juan Ramón como perpetuo doliente, pues supo, no sin lucha, sobreponerse y trabajar en muchas empresas, aparte, desde luego, de realizar una obra inmensa que, a la vista de sus manuscritos, de sus borradores, asombra por la intensidad de dedicación y de esfuerzo que supone.

Juan Ramón intervino en las ediciones de la Residencia de Estudiantes y puso en ellas su sello peculiar, su clara exigencia artística, creando un tipo de libro cuya presentación sobria y sencilla, respondía y correspondía a la calidad del contenido. Trabajó también con los editores Pueyo y Calleja; fundó y dirigió la revista *Índice*, y más adelante se convirtió en editor de su propia obra y de la de Rabindranath Tagore, además de publicar algún número de las fugaces revistillas primorosas —*Ley*, *Si*— en donde se dieron de alta los hombres más significativos de la generación poética de 1925.

En el año 1916 viajó por vez primera a Estados Unidos y el 2 de marzo cayó en Nueva York con Zenobia Camprubí Aymar, mujer excepcional que había de acompañarle hasta el fin de su vida. Esposa, madre, amiga, secretaria, chofer, agente de negocios... todo eso fue Zenobia para Juan Ramón. Y pudo serlo porque tenía el alma grande, un alma que era, en su clase, tan singular como la del propio poeta. Su abnegación, su infatigable desvelo, su incondicionada y absoluta entrega al

esposo, apenas tendrán par. Y toda esta entrega y abnegación cotidiana, toda esta suma de pacientísimos y necesarios cuidados por el poeta y su obra las practicó Zenobia con alegría nunca abatida, con una sonrisa que no cedió hasta la muerte. Cuando, casi apagada la vida, el Rector Jaime Benítez le comunicó la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón, aun pudo detener un instante a la cruel enemiga y recoger sus fuerzas para sonreír y cantar sin palabras, en puro susurro interior, el júbilo inmenso que hizo su tránsito más feliz.

Zenobia ha dejado un diario que, cuando sea conocido, revelará la estatura y la pureza de su alma y la claridad y penetración de su inteligencia. Es un documento único, todavía inédito; mas, para que el lector pueda juzgar de su consagración total a Juan Ramón y a cuanto con él se relacionaba, quiero ofrecerles una breve y elocuente muestra de esas páginas. En el último cuaderno del *Diario*, con fecha 3 de julio de 1936, aparece la anotación siguiente:

"El Dr. Mings estuvo y contestó con honradez a mis preguntas. Parece que tengo pocas oportunidades de escapar esta vez. Me alegro de saber las cosas para arreglar mi horario por decirlo así y ya hoy (esto se escribe anoche) he escrito a Ruiz Castillo, a Paco y a Graciela Nemes para salir del libro lo más pronto posible. En cuanto eso marche me dedicaré a la Sala. Me alegro haber salido del diploma honoris causa de Méjico y de la medalla de la Hispánica para la casa de Moguer. He hablado con las niñas de su herencia de plata, de encajes, y demás. Lo del pobre Juan no sé si lo lograré.

Juan Ramón.

Cartas a Margarita Rodíguez. Forteza Nena, Carmen Teresa, Connie, Lydia, Paco P., Ruiz Castillo y Graciela".

El pasaje está escrito en el hospital de Boston y corresponde al día en que el médico, a cuyo cuidado estaba, la informó de que ya no era posible hacer nada por atajar el avance del mal que la destruía. Zenobia, como se sabe, venía padeciendo una invasión cancerosa que, en años anteriores, había sido tratada con éxito relativo. En junio de 1936 marchó a Estados Unidos para someterse de nuevo a tratamiento. Aún tenía ilusiones pero no deseaba vivir de ellas, dejándose brisar y adormecer por la esperanza, sino conocer con precisión el tiempo que le quedaba de vida, con objeto de establecer lo que llama su "horario" y ponerlo totalmente al servicio de Juan Ramón. Obsérvese cómo ese día, cuando acababa de serle notificada la próxima ejecución de la sentencia de muerte dictada contra ella por el destino, no registra en sus notas una queja, ni un lamento, ni siquiera una palabra referida a sí misma; sólo la constatación objetiva de los hechos y una prueba, impresionante en su objetividad, de que sólo pensó en su marido. Como el lector acaba de ver, ese mismo día, desde la cama del hospital, escribió no menos de ocho cartas, para ocuparse de los asuntos pendientes.

He citado este ejemplo de olvido de sí, porque se refiere a un momento extremo, a una situación única en la vida, y que en muchas no se da: el instante de enfrentarse, como realidad inminente e inescapable, con la muerte. Que en tal circunstancia haya podido olvidar su enfermedad y no pensar en el final sino como término de su servicio a Juan Ramón, es algo de todo punto singular y revela cómo estaba templada el alma capaz de reaccionar tan excepcionalmente.

Con tal compañera y tal baluarte a su lado no sintió Juan Ramón golpes que de otra manera no hubiera dejado de recibir. Pudo vivir en su mágica soledad, lo que no significa

que viviera apartado del mundo, sino que los contactos con él se establecían por las vías que a él le interesaban, sin perder su tiempo y gastar sus nervios en ocupaciones y conversaciones y tratos que le desagradaban. Para evitárselos estaba a su lado la mujer abnegada y fiel, dispuesta a resolver para él, como lo hizo durante bastantes años, dificultades y pequeñeces de la vida corriente, evitándole sumergirse en las prosaicas aguas de lo cotidiano. La dedicación a la poesía fue en Juan Ramón completa y sin reserva, pero esa entrega total sólo fue posible gracias a la colaboración y la presencia de Zenobia.

Hasta su salida de España, en 1936, Zenobia proveyó en gran parte al sostenimiento del hogar conyugal. Los libros de Juan Ramón producían entonces poco dinero y para subvenir a las necesidades de los dos la actividad de Zenobia montó un pequeño comercio ("Arte Popular Español") y amuebló pisos para alquilarlos, generalmente a extranjeros que pasaban temporadas en Madrid. Más tarde, ya en América, mientras pudo, trabajó como profesora, en varias instituciones docentes, contribuyendo a sostener económicamente las cargas del hogar conyugal.

He mencionado la palabra soledad, con referencia a Juan Ramón Jiménez, y aunque sobre este punto he escrito ya comentarios de relativa extensión, quiero ahora, sin repetir lo entonces dicho, prevenir al lector del sentido especialísimo en que debe entenderse la soledad del poeta. Para eso es preciso volver a sus años madrileños, entre 1910 y 1936, y recordar cuál fue la vida del poeta en ese período de tiempo. Ya he señalado su relación con la Residencia de Estudiantes; su participación en empresas editoriales y publicación de revistas, y es obvio que quien de tal suerte se afana y participa en tareas colectivas no puede permanecer aislado, ni insensible a lo que está ocurriendo en torno suyo.

Ciertas anécdotas pintorescas han desvirtuado el sentido de esa soledad, haciéndola pasar a ojos de muchos como una extravagancia. Se recuerda su litigio con algunos vecinos de su casa en Madrid; se habla de la habitación rapizada de corcho donde se encerraba para trabajar, pero se calla que esos vecinos eran personas ruidosísimas, infatigables en cuanto a molestar al prójimo produciendo diversos e ininterrumpidos alardes sonoros, y no se dice que esa estancia aislada de ruidos exteriores, lejos de interponer una barrera entre el poeta y los demás, se limitaba a proporcionarle el ámbito de silencio necesario para el trabajo. Juan Ramón laborando o leyendo en su despacho no permanecía ajeno a lo circundante. Su puerta estaba abierta, para los jóvenes, para los amigos, para muchos pediguños, también.

Juan Ramón gustó siempre vivir en comunicación con los jóvenes, ayudándoles, facilitando sus comienzos, y en las revistas publicadas por él, como en las ediciones por él dirigidas, puede comprobarse esta realidad. Vivía en soledad, pero sin dificultad salía de ella y se dejaba llevar a la convivencia. Siempre es así. En la soledad no solamente encontraba lo mejor de sí mismo sino que a través de ella enlazaba, por oscuras corrientes, con la realidad del mundo, de su mundo. Que deseara apartarse de círculos contaminados, no participar en pugnas miserables y mínimas incidencias, es algo que no se le puede reprochar, y pensando en esto es indudable que hacía bien en defender su soledad. Es más, yo diría que cada vez que salió de ella para vivir según un estilo de vida que no era el suyo, su ser (si no su obra) quedó menos cabado, disminuido.

La exigencia de perfección alcanzaba en Juan Ramón los niveles más altos: para sí y para los demás. Tenía un afán adolescente de pureza y perfección total, que seguramente no puede darse en los límites de lo humano. Se quería perfecto y quería perfectos a cuantos le rodeaban, y como cada



Arriba: Retrato hecho a Juan Ramón por Joaquín Sorolla.

Abajo: Retrato de Juan Ramón a los 22 años, también por Sorolla.

REVISTA SHELL

día la vida le mostraba lo imposible de su anhelo, cada día una nueva decepción se sumaba a las anteriores. Por eso su obra estaba siempre en trance de elaboración, y, según dije no hace mucho, cada uno de sus poemas estaba a la vez concluso y en constante estado de transformación. Terminado, sí, pero sujeto a revisión permanente porque en cualquier momento el autor podía sentir la insuficiencia de la expresión respecto a lo expresado y "revivirlo" desde otro estado de ánimo y desde una visión nueva de su obra total.

Sin la exigencia de perfección tampoco se entendería cuánto hay de grande y de frustrado en la obra de Juan Ramón. Hace años, un día, me hizo esta confesión patética: "No puedo —decía— corregir y ordenar para publicación tantos materiales como tengo acumulados". Y señalaba montones de papeles, copias y borradores amontonados en su casita de entonces, calle del Padre Berrios, en el Hato Rey puertorriqueño. Y no pudo: entre sus papeles hay docenas de proyectos para ordenación y publicación de su obra, pero por dos razones no consiguió dar realidad a ninguno: por el afán de lograr una ordenación perfecta, suma de cuanto quería expresar con la totalidad de su obra, y por la cambiante imagen con que ésta se le presentaba.

Cuando la exigencia de perfección se aplicaba a la propia obra, animada por un espíritu crítico de primer orden, los resultados podían ser, con frecuencia, excelentes. Así, no parece dudoso que las antologías de aquéllas, hechas por el poeta son insuperables; cuando él escoge de sus libros lo que considera mejor, es inútil pretender rectificarle. Parto de mi experiencia personal, y hago la afirmación con conocimiento de causa, tras haber realizado, por encomienda suya, la última selección de textos juanramonianos, en prosa y verso, preparada mientras él vivió.

Espíritu crítico y exigencia le convirtieron en uno de los censores más sagaces, y también más severos, de su generación. Tenía el don de reconocer lo mejor dondequiera que lo encontraba, y sabía proclamarlo y explicarlo con todas sus complejidades. Cuando hablaba de Martí, de Darío, de Unamuno, de Machado y de tantos más de este nivel, sin perdonar ni una sola de sus debilidades, ni ninguna de sus caídas (pues sabía ser implacable), les hacía justicia y les situaba en el puesto que su grandeza merecía. Cruel, a veces, con esas debilidades, identificaba la grandeza y, en última instancia, la declaraba. Recuérdese la admirable semblanza de Antonio Machado, quizá reticente en algún punto, pero lentamente creciendo hacia el reconocimiento absoluto de una grandeza inequívoca y al final culminando en aquella estremecedora evocación, que no puedo resistirme a copiar:

"En la eternidad de esta mala guerra de España, que tuvo comunicada a España de modo gigante y terrible con la otra eternidad, Antonio Machado, con Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, tan vivos de la muerte los tres, cada uno a su manera, se han ido, de diversa manera lamentable y hermosa también, a mirarle a Dios la cara. Grande de ver sería cómo da la cara de Dios, sol o luna principales, en las caras de los tres caídos, más afortunados quizás que los otros, y cómo ellos le están viendo la cara a Dios".

Pero la exigencia de perfección le hacía a veces pedir demasiado a la vida, pedir demasiado a los demás. Cualquier gesto, cualquier palabra podía entenderla como ofensa, como ataque, y el amigo hasta entonces excelente, pasaba a ser visto entre sombras. Había en Juan Ramón una especie de delirio interpretativo, según el cual, y sin que él pudiera evitarlo,



Juan Ramón dando clase en la Universidad de Puerto Rico. La primera a la derecha, Zenobia Camprubí.

cuando había formado opinión sobre una persona, cada acto de ésta lo interpretaba en un sentido y dirección determinada, que naturalmente era el de la deformada figura que su mente creaba. Sus papeles íntimos revelan, por la multitud de apuntes que sobre ellos constan, cuánto se ocupó y preocupó por incidentes nimios y episodios literarios baladíes.

No siempre le faltaba razón en qué fundar sus juicios, pues algunas afirmaciones críticas formuladas por quienes un tiempo fueron sus amigos y, en cierto modo, sus discípulos, podían tomarse como dirigidas contra él. Es posible que, para mencionar un ejemplo, cuando se ha tratado de enfrentar modernismo y 98, en el fondo de algunas afirmaciones harro controvertibles se vislumbra la intención de menoscabar la importancia del movimiento estético finisecular en beneficio de las llamadas corrientes noventayochistas, reduciendo así la significación de Juan Ramón y de su obra. El lo entendía de esta manera y lo equivocó de la distinción, según tajantemente fue establecida por algunos escritores, autorizó su recelo. Este creció en algún caso hasta grados casi morbosos, pues el poeta, una vez dominado por la obsesión, era incapaz de refrenar los impulsos derivados de ella.

Hay un campo en que el juanramoniano afán de perfección produjo resultados admirables. Me refiero al de las ediciones y publicaciones que, en distintas épocas, el poeta tuvo a su cargo. Aquí su alta exigencia le llevó a buscar un tipo de libro y de revista distinto a lo que entonces solía hacerse en España. Fue de los primeros en advertir la conveniencia de retornar a la tradición española, en cuanto a tipografía, calidades de papel y ordenación de páginas y pliegos. Las ediciones de la Residencia de Estudiantes son paradigma de elegancia

y sencillez. Más tarde los cuadernos de *Unidad*, *Sucesión* y *Presente* crearon una norma, hoy seguida por cuantos en mi país son amantes del libro bello. El libro, pensaba el poeta, debe tener presentación atractiva y, de acuerdo con su innato buen gusto, eliminó todo lo ornamental, los accesorios inútiles, y redujo el libro a una armonía de blancos y negros, en la que los espacios intactos realzaban del modo más natural la belleza del conjunto. Eliminó los colores chillones, y los sustituyó, especialmente en las telas para encuadernaciones, por otros más finos, más desvaídos, más sencillos. La palabra sencillez ha de escribirse con reiteración cuando se habla de Juan Ramón, pues es una de las claves para penetrar en sus intenciones de creador artista.

El año 1936, al estallar la guerra civil española, Juan Ramón ayudado por Zenobia, se puso al frente de una guardería infantil. Su pluma y su poesía callaron durante algún tiempo, pero él quiso ayudar a los más desvalidos, a las víctimas del todo inocentes: los niños de España. Pronto salió de allí y vino a América, errante y nostálgico de tantas cosas como quedaban irremediablemente deshechas, perdidas. Dejó atrás casa, papeles, el trabajo de veinte años —¿pero qué era eso comparado al dolor de la patria desgarrada; junto al inmenso dolor de la lucha civil?—, y recorrió los caminos de América, sintiendo en Estados Unidos la servidumbre a la lengua extraña. Incomunicado y triste, aunque nunca le faltaron asistencias y amigos, vivió en Miami, en Duke, en Washington... y desde esta nueva soledad rehizo vida y poesía.

Un libro extraordinario iba a salir —entre otros— de esta soledad: *Dios deseado y deseante*, y con él expresadas las intuiciones más profundas, secretas y rumorosas acerca de los

problemas que le asediaban. Un sorprendente diálogo consigo mismo, en el que Dios y la poesía, o la búsqueda de un Dios posible por la poesía, se convierte en eje de sus preocupaciones. Impresionante toma de conciencia realizada desde lo más hondo y entrañable que cuaja en un extraordinario ejemplo de poesía metafísica, muy raro dentro de la lírica de lengua española. Con él alcanzó Juan Ramón una de las cumbres de su obra.

Yo diría que en la obra de Juan Ramón se advierte una primera plenitud muy tempranamente, cuando hacia 1903 publica *Arias Tristes*. Plenitud de su vena remiscente y sensitiva; de su entrañable yo sentimental, plenamente empapado en las esencias mogueras. Segunda plenitud, con cambio notable en técnicas y estilo, se registra al aparecer *Diario de un poeta recién casado*, en 1917, pues bajo la influencia conjunta del amor y el mar su lírica sube de tono y logra un acento nuevo y diferencial; sus versos son como el mar mismo que los inspira: movibles, en ondear constante que los eleva y lleva la intuición de un punto a otro, con ritmo continuado y fragante. La tercera plenitud, la plenitud de su madurez admirable se alcanza con *Animal de Fondo*, editado en 1949, parte del libro, todavía no publicado completo, *Dios deseado y deseante*, en el que siguió trabajando hasta por lo menos 1953.

En la primera plenitud predomina el sentimiento del pasado inmediato y la presencia del campo; los libros huelen a heno recién cortado y a melancolía juvenil. En la segunda, el olor del mar, fuerte y salobre lo llena todo; mar y amor se funden en exaltadora conjunción. Y en la tercera, la presencia de Dios, del dios poesía que colma su alma y la desborda, le obliga a plantearse los problemas fundamentales del ser y de la creencia. Hay grandeza en este diálogo consigo mismo, en donde expresa del modo más elevado intuiciones de un éxtasis sorprendente, el creador de un mundo se advierte en el trance final obligado a crearle un dios. América le dio este libro, al obligarle a sentir su soledad distinta y a concentrarse en ella. Un nuevo viaje por mar, en 1948, desencadenó la inspiración, y las formas expresivas aparecen también, como en el *Diario de un poeta recién casado*, determinadas por el movimiento y la cadencia del mar.

En el año 1948 acontece en la vida de Juan Ramón un suceso importante: el viaje a la Argentina y al Uruguay. La importancia de este viaje radica en que, por vez primera, y al salir de su aislamiento de diez años en Estados Unidos, Juan Ramón pudo percatare de cómo había crecido su figura a lo largo del tiempo. La "inmensa minoría" resultó en verdad inmensa y le recibió en triunfo. La jornada de Buenos Aires lo fue de éxito y de popularidad. No ya escritores y artistas; no ya estudiantes y jóvenes amantes de la poesía, sino una multitud fervorosa, le rodeó, le siguió, asistió a sus conferencias y le aclamó con entusiasmo; Juan Ramón fue durante algún tiempo la actualidad de Buenos Aires y tanto calor afectivo, rodeándole, asediándole eficazmente, tonificó su espíritu. Por desgracia, poco después de regresar a Estados Unidos volvió a caer en un estado depresivo del que costó trabajo sacarlo.

Es entonces, cuando, en 1951, el poeta aceptó la invitación del Rector Benítez y se trasladó a Puerto Rico, donde se instala definitivamente. Retornaba la vieja obsesión de adolescencia: el temor a la muerte repentina, como la padeciera el padre, y la creencia de que podía evitarse con una asistencia médica prestada rápidamente. Creyendo, además, que padecía una lesión cardíaca, no quería alejarse de los lugares y personas donde y por quienes pudiera ser asistido sin demora. Un médico español, el doctor García Madrid, le llevó a vivir consigo al pabellón directorial del Sanatorio Insular, y este hom-

bre, tratándole con cariño de hijo y destreza de psiquiatra, le devolvió en un período de meses, a su anterior estado. El año 1953 dictó Juan Ramón en la Universidad de Puerto Rico un curso sobre *El Modernismo*, repitiendo parte de lo expuesto en otros centros de enseñanza y en artículos y ensayos publicados en diversas revistas. Pero en el curso universitario de Puerto Rico el análisis se hizo más vasto y el panorama abarcado más completo. El contenido del curso, según las notas tomadas en clase por Zenobia, se halla en vías de publicación, junto con otras páginas del poeta dedicadas al mismo asunto.

El reencuentro con "el español perdido" fue quizá el acontecimiento más memorable y determinante de su residencia permanente en Puerto Rico. No se trataba de una ocasional toma de contacto con lo español, según ocurriera durante el viaje a los países del Plata, sino de una inmersión, que iba a ser definitiva, en la lengua española. Hay un artículo precioso en que el poeta declara la nostalgia de su lengua española, y juzgando por sus sentimientos de entonces podemos entender bien lo que para él supuso la vida en Puerto Rico, donde, por otra parte, la tradicional generosidad y el cálido sentido de la hospitalidad, tan vivos en el boricua, contribuyeron a darle la impresión de que estaba en su casa y rodeado de los suyos. Fue en los años puertorriqueños cuando Juan Ramón se sintió más ligado a su dintorno. Participó activamente en las tareas de la Universidad de Puerto Rico y muy pronto se constituyó en mentor del periódico editado por ésta para los estudiantes, dirigiendo las páginas literarias del mismo. Seleccionó durante meses los originales que habían de incluirse en ellas y asumió la tarea de leer numerosas poesías y trabajos literarios remitidos por los jóvenes de Puerto Rico.

Siempre había sido amigo de los niños y gusto de rodearse de ellos, pero esa amistad y ese gusto se intensificaron en Puerto Rico y, pronto, por sus frecuentes visitas a las escuelas, fue popular entre los de la zona metropolitana. Eugenio Fernández Méndez ha publicado un bello artículo en que estudia al poeta como "niño-dios de los niños", y observa

Juan Ramón y los niños.





La casa de Juan Ramón en Hato Rey (Puerto Rico).

que el poeta, generalmente melancólico, sonreía cuando estaba rodeado de sus pequeños amigos. Circulaba Juan Ramón en su "chevolito" verde, guiado por Zenobia, y, al pasar, le reconocían y saludaban los chiquillos. El era paciente con ellos y solía llevar en el bolsillo, o en el automóvil, caramelos y galletas para obsequiarlos. No sé qué extraña preferencia se establecía en el alma de Juan Ramón respecto a los niños, pero lo cierto es que cuando estaba con ellos se le advertía distendido, calmo, tranquilo. Las presencias infantiles parecían infundirle serenidad y sin duda le tranquilizaban, le arrancaban de los mundos oscuros de la creación y, más aún, de preocupaciones y obsesiones harto dañinas.

En Juan Ramón coexistían, y le constituían, genialidad evidente, madurez intelectual extraordinaria y una especie de actitud regresiva, de fijación en la infancia que en determinados momentos le hacía parecerse a una criatura necesitada de tutela y ayuda. Quisiera exponer con pulcritud este punto delicado: la conjunción en Juan Ramón de genialidad y fijación infantil. Cuantos convivimos con él sabemos que sabía ser a veces caprichoso y contradictorio como un niño; que en sus exaltaciones y arrebatos aparecía a menudo la peculiar

irritabilidad de la infancia mimada, y que para manejarlo adecuadamente era preciso desplegar con él la mezcla de energía y tacto que requiere el trato con los niños.

Juan Ramón había soñado un mundo y lo había creado. Es bueno que los linderos entre uno y otro aparezcan indecisos, fluidos, porque esa indeterminación aporta al orbe lírico una dimensión de misterio que le da especial profundidad. Pero vivir en la realidad y en el ensueño, al propio tiempo, origina situaciones conflictivas de las que pueden derivarse actitudes difíciles y complicadas. Zenobia, que conocía perfectamente a su marido, supo ser alternativamente compañera y madre, tratándole con paciencia infinita, con ternura inequívocamente maternal. Y aun hay más: cuando al morir ella cayó Juan Ramón en marasmo casi total, en completa indiferencia hacia cuanto le rodeaba, encerrándose en un orbe totalmente suyo y negándose a establecer comunicación con el exterior, fue otra mujer, su enfermera, la señora Guzmán, quien le devolvió a la vida, quien le hizo interesarle de nuevo en la vida y salir del recinto tenebroso por donde su espíritu vagaba desolado. Y para curarle, la señora Guzmán lo gobernó como a un niño, con dulzura y carácter; juntando a una paciencia

ilimitada la decisión de imponerle lo necesario para restituirlo a la vida.

No quisiera que se mal-interpretaran estas observaciones, y se entienda que la vida de Juan Ramón no fue, con frecuencia, exaltada y, a su modo, jubilosa. Pero con exaltación y júbilo interiores, producidos por la creación misma. Crear era para Juan Ramón una fiesta, y en los períodos en que, como yo le vi en 1953, su vena fluía caudalosa, todo él exultaba dominado por el ardor de la creación; se le veía sonreír, y reír, e interesarse en múltiples actividades. En épocas de altitud, con la marea ascendente, podía desplegar una actividad extraordinaria, y de hecho, en Puerto Rico, durante ciertas temporadas, atendió a infinidad de corresponsales, escribiendo cartas, que bien pueden llamarse literarias, muy importantes; recibía, escuchaba y aconsejaba a escritores principiantes; leía mucho y preparaba con cuidado su curso universitario; se ocupaba de las páginas literarias del periódico estudiantil; visitaba escuelas y diversas instituciones en donde deseaban escucharle y verle, y no estaba del todo ausente de la vida social. Aparte, naturalmente, de su diario trabajo de creación y ordenación de la obra propia.

La fotografía ha llevado a todas partes la imagen de Juan Ramón, pero dudo que, a pesar de ella, quienes no le vieran alguna vez sepan cuánta era la nobleza de su porte. En los últimos años tenía el aspecto de un árabe: la tez cetrina, plata la barba y los ojos tremendamente hundidos en sus cuencas. Su reposado ademán y una cierta languidez, a la que con frecuencia se dejaba arrastrar, le hacían parecer más oriental. Era un árabe andaluz, y en su misma poesía, cuando se la analice detalladamente, se encontrarán infinidad de rasgos procedentes de sus lejanos antecesores, los poetas de Al Andalus. Gustaba llamarse "el andaluz universal", y ciertamente lo era: por ser tan andaluz y estar tan arraigado en lo suyo, en su campo moguereno y en su gente del campo y la marisma, logró en su obra la intensidad necesaria para trascender todo localismo y elevar lo entrañable suyo a la dignidad de lo universal. El mundo de Platero y Cinta Marín pertenece al dominio de lo universal y en cualquier parte, cualquier persona, puede, leyendo las páginas admirables en donde se describe ese universo poético, sentir su belleza e identificarse con los personajes, advirtiéndoles próximos, pese a la distancia en tiempo y espacio.

Según pasan los años es más evidente el universalismo de la obra juanramoniana. Sólo llega a ser universal lo que arraiga en lo popular y al entrañarse en ello lo trasciende. Gran poesía, por eso, la del viejo amigo que ya, definitivamente, descansa en la mano de Dios. Ahora esa obra impar abandona la actualidad transeúnte para adscribirse a la actualidad permanente de lo que no muere. Y es inevitable preguntarse frente a obra tan vasta, en prosa y verso: poemas, ensayos críticos, artículos, conferencias, aforismos... qué parte de ella va a permanecer y cuál pueda desvanecerse.

Pero si la pregunta es inevitable, la respuesta no lo es, y no pienso incurrir en la petulancia de contestarla. Sólo el tiempo puede hacerlo, y yo me limitaré a afirmar (excusándome por la relativa vaguedad de mis palabras) que las páginas de Platero, y en general las dedicadas a su Moguer del alma, algunos de los admirables sonetos espirituales y poemas de varias obras —*Pastorales*, *Arias Tristes*, *Diario*, *Dios desahogado*— permanecerán siempre entre las más bellas escritas en lengua española.

Desde Lope de Vega hasta el presente acaso ningún poeta poseyó un instrumento lírico tan vario, preciso, ondulante y cargado de potencia sugerente. La palabra juanramoniana es, como ha dicho Luis Felipe Vivanco, "palabra mágica asonantada" y también "palabra contemplativa sin ritmo". Y no es sólo esto: con él, con Juan Ramón, vuelve a la poesía la Andalucía mágica y eterna: la que había sido de Bécquer y luego fue de García Lorca, tan distante de la Andalucía de chafarrinón y pandereta cultivada por los costumbristas baratos. La Andalucía de Juan Ramón es la Andalucía honda, a cien leguas de la gracia superficial en que tanto se han complacido algunos "popularistas", reduciéndola a pura exterioridad. Rubén Darío le dijo a Juan Ramón, siendo éste mozo: "usted va por dentro"; y siempre vivió así, interiorizado y afanoso de adentrarse en las cosas. Su relación con la tierra fue entrañable y secreta, y por eso la niegan quienes se contentan con la piel del mundo.

¿Quién sabe si la eternidad, las eternidades de Juan Ramón, no son la única realidad que vale la pena? Realidad de realidades y todo realidad, diríamos parodiando a don Miguel de Unamuno, pues en el afán de espiritualización que rige la creación juanramoniana creo ver siempre un impulso que liga espiritualidad y realidad.

Y ya está Juan Ramón instalado en la Eternidad, en la realidad eterna; ya está entre sus pares, los melancólicos de España, los que de valle en valle y de mar a mar fueron a través del tiempo cantando su dolorido sentir y relevándose en la canción: Garcilaso, Enrique Gil, Bécquer, Rosalía, Juan Ramón, y a su lado, seguramente, el joven malogrado inmortal a quien Juan Ramón admiraba tan entrañablemente: José Luis Hidalgo, el muchacho cántabro, autor de *Los Muertos*. Están allí viviendo al fin la gloria que soñaron, pues el imposible sueño se tornó milagrosamente verdad.

RICARDO GULLÓN. Nació en España, en 1908. Crítico literario en la "Revista de Occidente", en "Diario de Madrid" y revistas literarias de Europa y América. Profesor de la Universidad de Puerto Rico. Ha publicado varios libros de narración, biografía y crítica. Es uno de los que mejor conoce la vida y la obra de Juan Ramón Jiménez, asunto de su artículo presente.

POR PEDRO HERNANDEZ CAMACHO

La cinegética en nuestro país tiene características propias y se mueve en un ambiente pintoresco de contornos muy peculiares. Para quien ha tenido contacto con notables cazadores, veteranos en cada especialidad, es factible llegar a esta conclusión. Y conviene por tanto, especificar cuáles son las especialidades por lo mismo que los sistemas empleados en la cacería son varios, y la práctica que se sigue es diferente en razón de que cada cazador dispone de una técnica muy personal. Es del caso mencionar que entre los sistemas conocidos tenemos: la caza con perros, la caza con linterna, la caza velada y la caza de tigres lanceados.

No es lo mismo cazar en el amplio escenario de los llanos que en la zona montañosa de la región del Tuy. Es cosa de fácil deducción. Por lo demás, todo cazador requiere de dos condiciones esenciales: firme puntería y corazón bien puesto. Son múltiples los peligros a que se expone. Toda aventura cinegética supone riesgos. Y tiene una sola compensación: ¡vivir momentos de intensa emoción!

La caza menor es curiosa; la caza mayor, ¡peligrosa! La caza menor se practica en el medio rural y es un recurso que tiene el campesino de defender sus intereses, salvo los casos en que el objetivo es otro: proveerse de carne para completar su deficiente alimentación. La caza mayor es otra cosa, y tiene una característica especial, por cuanto los medios de practicarla son diferentes y muy distinta la finalidad perseguida. Se busca la fama o se logra el éxito. En los más de los casos, se comienza por afición y se termina por sentir por el arte de la caza, verdadera pasión!

Vamos el comienzo. Una mañana de marzo, el rojizo y ardiente sol de verano doraba con sus rayos las verdes cepas del tupido platanal. Entre el follaje de los frondosos mangos del patio y en el ramaje de los altos bucares ribereños del río Tuy, entonaban musical gorgéo matinal, gonzalitos y turpiales. Numerosas bandadas de conotos, en rauda vuelo, cruzaban el espacio. Entretanto, los peones amolaban los machetes, próxima ya la hora de "pegar en el corre", a fin de realizar la rústica y diaria tarea. Sorpresivamente, el aspaviento de las aves de corral que volaban en todas las direcciones fue motivo para que uno de los peones advirtiera:

—Es el zorro que persigue las gallinas. Corra y espántelo, "maestro" Pedro —dijo Antonio, el peón.

Ante el anuncio, fui en busca de la escopeta, colocada como era costumbre detrás de la puerta de tablas. Tomé el arma y con la rapidez que el caso requería dirigí los apurados pasos al lugar donde las aves domésticas tenían el alboroto de alas y cacareo. Santiago, el otro peón, se había adelantado a evidenciar lo dicho por Antonio. No tengo para qué ocultar que fue grande mi sorpresa al ver a corta distancia, casi de manos a boca, el enfurecido zorro que lejos de huir a la presencia del hombre enseñaba los filudos dientes, en forma tan amenazadora que Santiago gritó:

—¡Tírelo, que tiene mal de rabia!

Mecánicamente obedecí, sin parar en mientes el peligro que corríamos, dada la ligereza de lince del animal. Quiso la buena suerte que acertara en el primer disparo. El zorro había quedado tirado en el yerbazal, estirando convulsivamente las patas y moviendo la motuda cola. ¿Qué habría ocurrido si hubiese fallado la puntería? ¿Quién sabe!

Santiago, emocionado como el novel cazador, se quitó el sudor de la frente aplicándose el dedo índice. Luego, hizo el comentario:

—¿De la que nos salvamos, "maestro" Pedro! ¿Sabe lo peligroso que es el zorro con mal de rabia?

Con anterioridad había ensayado la puntería en aves de rapiña y en otros animales menos fieros. Bueno era el adiestramiento en el arte de la caza que me había dado mi padre. No obstante, al enterarse de lo ocurrido, contado por los peones, entre orgulloso y extrañado se dirigió a mí, con una reprimenda:

—¡Muchacho!, ¿cómo te atreves?

TRAS LA HUELLA DE NOTABLES CAZADORES

—Si él tiene buena puntería, Don Tomás —afirmó uno de los peones.

Así era, en realidad. En defensa del patio donde se criaban aves domésticas, me había hecho "un buen tirador".

En los parajes cercanos a las vegas de la finca El Palmar, abundaban cunaguaro, zorros, onzas y rabipelados. Y bien es sabido que en el medio rural estos animales de diente y garra son los peores enemigos de las aves domésticas. Día tras día, noche tras noche, merman la manada. Y si se ceban, llegan a exterminarla por completo. La forma de evitarlo es mediante el uso del arma de fuego. Los sistemas rutinarios a los cuales generalmente recurre el campesino, tales como la colocación de trampas y otros ardidés, no siempre dan buen resul-

tado. La malicia innata en los animales de presa, si bien se observa, es asombrosa, increíble. Se dan maña para atrapar la presa que desean devorar, de la misma manera que el cazador tiene que ingeniárselas para darles caza. Es lo que pude observar durante dos años de permanencia en el rancho de las vegas de El Palmar.

Para dar una idea de la forma instintiva en que actúan estos animales, basta citar varios ejemplos. La onza —gato montés— se acerca sigilosamente a la manada en momentos



en que están todas las aves reunidas escarbando y picando tierra, lejos de donde anidan. La hora de atacar es a la salida del sol y rara vez falla el zarpazo. A este felino es difícil darle caza, ya que tiene rapidez de relámpago. La manera de lograrlo es haciéndole soltar la presa en la persecución, esperándole luego —disimulado el cazador— cuando horas más tarde vuelve en su busca. Sólo con habilidad y paciencia se puede aprovechar el momento oportuno. Por lo mañoso que es el felino, darle caza es el mejor trofeo.

El zorro y el rabipelado coinciden en atacar el gallinero, en las noches oscuras. Veamos en qué forma. El rabipelado trepa el árbol y su misión es alborotar el gallinero. El zorro espera abajo y aprovecha que las gallinas en la oscuridad,

caminan a ciegas. Da muerte a la primera y la deja para que la disfrute su compañero de incursión. La segunda que mata es la que el zorro —zorro al fin— devora. Como prueba del nocturno hartazgo, dejan el sobrado: las patas y el pico de las plumíferas.

Cierta noche desperté con el alboroto del gallinero. Salí provisto de linterna y carabina. En el patio había una gallina muerta. Alumbé con la linterna las ramas del mango y el rabipelado estaba arriba.

Esto me movió a curiosidad. Disparé, dando muerte al rabipelado. Seguidamente enfoqué el platanal y noté no sin sorpresa que un zorro mordía el pescuezo de otra gallina. Sin pérdida de tiempo, disparé el otro cañón de la carabina. Tambaleó el animal pero no quedó en el tiro. Soltó la presa y se perdió amparado por la oscuridad de la noche, lo que hacía imposible la persecución.

Al amanecer del siguiente día me guié por el rastro de sangre. Encontré al zorro "encamado" en el matorral de la "madre vieja", bastante mal herido, pues las municiones le habían enceguecido. Le rematé de un machetazo. ¡Así concluyó la caza del zorro! ¡Y comenzó a perfilarse en el cazador, el deseo de ganar experiencia para lances de caza mayor!

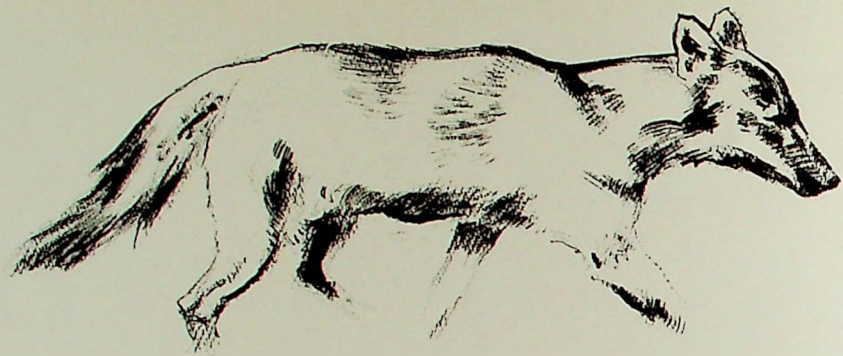
Por lo visto, para el cazador novel, la sensación experimentada en la aventura, queda compartida entre los múltiples peligros, menores riesgos y mayores sustos. A ese convencimiento puede llegar quien por primera vez toma parte en un lance de cacería con veteranos de la cinegética. La participación no puede ser otra que la de un simple cazador de emociones. ¡Cuán diferente es la caza del venado rastreado, con la ayuda de perros amaestrados!

Nos lo había dicho Francisco Ramón Codecido, el cazador más apasionado nacido y criado en tierras del Tuy. En horas de la noche, a las puertas de la Gerencia de la Planta de Luz y Fuerza Eléctrica de Ocumare del Tuy, se reunía el grupo de cazadores. La tertulia se prolongaba muchas veces hasta la media noche. Codecido no tenía tanta suerte en los lances de caza como gracia para contar los incidentes de los mismos, y en algunos casos, también los accidentes. A quien mostrara interés por iniciarse en el arte de la caza, Codecido le entusiasmaba con un relato y terminaba con una explicación de esta guisa:

—En la caza del venado sí se pone a prueba la habilidad del verdadero cazador. Pónganse a pensar que les salga cuando menos se lo espera, un venado "caramerudo" de esos que forrean en la espantada. De esos a los cuales hay que dispararles al brinco. ¡Figúrense!

Las palabras del cazador eran apasionadas y, en cierto modo, dado el énfasis que les ponía, apasionantes. Era dueño de una jauría y tenía a su servicio un perrero, con los cuales salía de caza todos los domingos en invierno y en verano. Y a fe que se divertía a más y mejor. A él se unían otros cazadores conocidos en la región. René Medina Guardia, Bernardo Echenagucia, Arturo Fombona, etc. Las haciendas de la jurisdicción del Distrito Lander del Estado Miranda fueron recorridas, puede decirse que en su totalidad, por el afamado cazador. Y llegó a tanto que contribuyó a formar la leyenda en torno "al venado brujo de Gregorioté", el venado que nunca pudo ser cazado.

Llevado del entusiasmo, quise participar en un lance de cacería. Fue así como una madrugada dominical me dirigí a "Cerro Colorado", a reunirme con Codecido y su equipo de caza. Hecho el contacto, nos pusimos en marcha. De paso por la finca "La Guadalupe", se incorporó al equipo el señor René Medina Guardia. Un buen trago de café tinto sirvió de



estimulo al estómago vacío. Tomamos el rumbo de la hacienda San Antonio, donde tendría lugar el lance. Escogido el sitio, los cazadores, montados en sus respectivas cabalgaduras, se situaron en los puntos estratégicos por donde lógicamente tendría que salir el venado. El perrero, a cuya pericia se confía el éxito del lance, recibió instrucciones de soltar los perros en la parte estudiada con anticipación en el paraje explorado. Las huellas frescas dejadas por los cuadrúpedos servían de pista. Hecho esto, los perros se internaron en el monte, husmeando los rastros. En cosa de minutos, el perro "Campeón" lanzó al aire el primer ladrado, sonoro y dilatado. Era la señal inequívoca de que había levantado. Los restantes perros de la jauría siguieron al "Campeón" y ladraban a un tiempo, formando una especie de laberinto entre la maleza. Ese mismo ruido de la jauría es el que siguen con atención los cazadores, toda vez que indica el rumbo que ha tomado el animal perseguido. La vista del cazador no descansa en observar los movimientos de los animales que huyen, tratando en todo tiempo de descubrir la presa. Cuando los perros se acercan, la pupila del cazador se mantiene mucho más alerta. Mas la clave del éxito está en la puntería. Es necesario saber contener la emoción.

—¡Jau, jau, jauuuu!...



El espectáculo llena de asombro. Colocado en mi puesto, esperaba. Un bando de perdices me sacó del alelamiento, al levantar el vuelo.

Mientras dura el lance es inoportuno todo movimiento, y tanto más es peligroso cambiarse de sitio. Todo por una razón de control. Por mi parte no hacía más que colocarme al hombro la escopeta de vaqueta y pistón. A larga distancia pude ver que Medina Guardia me hacía señas, tras de lo cual dio rienda suelta al caballo. Un venado cornamenta de varias puntas venía con dirección al sitio donde me encontraba. Medina Guardia, veterano cazador, trataba de cubrir el flanco vulnerable. Llegó tarde. El venado hizo su aparición por el lado del cazador novel. Y como vino, se fue...

Horas más tarde, el mismo Medina Guardia salvó la mañana, al darle caza a un venado "matacán".

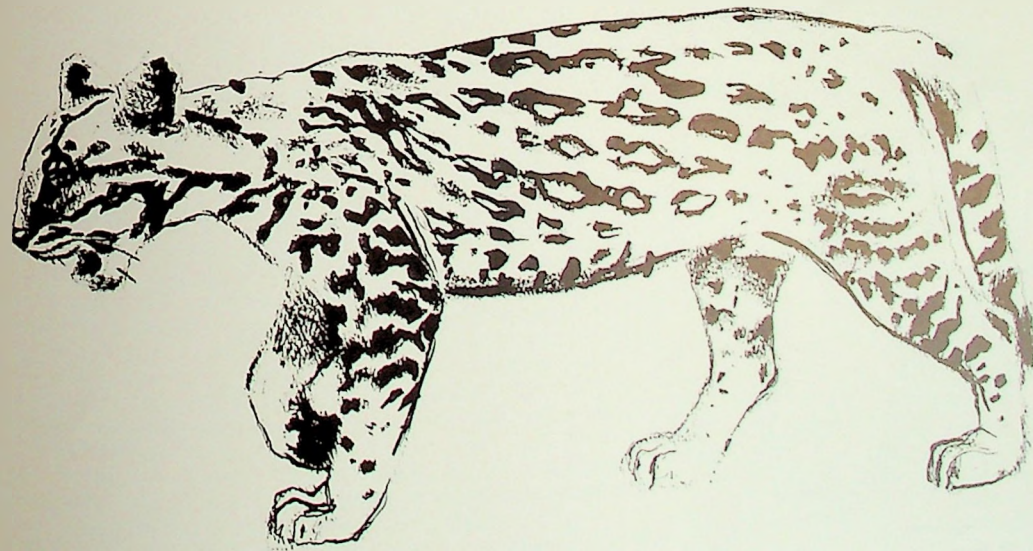
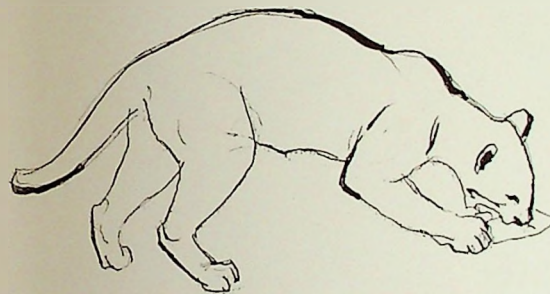
Con las críticas que me hicieron por muchos días en la tertulia del "Grupo de Cazadores" del pueblo, pagué bien caro mi noviciado en materia cinegética.

Pese a que no tuve éxito en el primer lance de caza mayor, mi interés por este arte me animaba a no desmayar en el propósito, cual era el de ensayar el sistema de "linterna en la frente". A diferencia del anteriormente descrito, éste se practica de noche, en plena oscuridad. En el futuro, José de Jesús Patiño, el cazador de más fina puntería que he conocido, sería mi principal animador. En efecto, durante mucho tiempo, participé en lances de cacería organizados por Patiño por tierras de los estados Miranda y Guárico. El sistema por él empleado era el de linterna de pilas, con cuya luz se encandila los animales por mañosos que sean. La técnica consiste en saber distinguir por el brillo de los ojos de qué animal se trata. Así pues, la primera noche que salimos de caza por la hacienda Aragüita, el cazador me explicó con lujo de detalles el secreto discriminatorio por medio de la luz, en la noche. No tardamos muchas horas en llegar a la zona de caza. El cazador siguió adelante, alumbrando a todos lados con la linterna. Descubrió unos ojos entre los breñales y dijo en voz baja: "esto es un lechuzo; fíjate que el reflejo es blancuzco". Más adelante repitió la operación para afirmar: "esto es un becerro". El reflejo es rojo, encendido. Hay que tener cuidado, pues es muy posible confundir un venado con un becerro en la oscuridad por dos razones: por el tamaño y porque muchas veces coinciden en el color de la pelambre. Nuevamente avanzó "lampareando", descubriendo por los ojos los animales: zorro, acure, aguaitacaminos, rapipelado, en fin... toda la fauna.

Largo trecho habíamos recorrido por picas o por entre

breñales. Llegamos a un gamelotal y el cazador siguió en su afán de buscar ojos en la noche. Al fin descubrió a lo lejos los que trató de identificar acercándose a prudencial distancia. Movió la luz en todas las direcciones para encandilar y luego la dejó fija sobre los ojos del animal. Era un venado. A mala de enseñanza comentó: "nota que el reflejo de la luz es azul". Me hizo señal para que me quedara quieto y avanzó unos pasos. Apuntó y disparó. Tras el humo del disparo seguimos. En el lugar donde estaba el venado no había sino manchas de sangre. "Vamos, por el rastro le conseguimos", argumentó. De la falda de la loma, bajamos a la quebrada. Desde allí alumbró nuevamente y en voz baja afirmó: "ahí está, es un 'chifle'". Cambió el cartucho de guáimaro por uno de bala y le hizo el segundo disparo. La bala atravesó el corazón del venado, un "chifle" de gran tamaño. Todavía emocionado por haber cobrado la pieza, me dijo:

—¡Has tenido buena suerte!



El señor Patiño fue popular en todos los pueblos donde vivió, no precisamente por su condición de sastre, sino por su habilidad de cazador. En Ocumare del Tuy primero y en San Juan de los Morros, años más tarde, fuimos compañeros de cacería. Como quiera que el sistema de la "linterna en la frente", era más efectivo que el tradicional de la caza con perros amaestrados, existía entre los cazadores practicantes de uno y otro sistema, cierta rivalidad. Con frecuencia surgían las apuestas entre Francisco Ramón Codecido y Patiño, las que en la mayoría de los casos, ganaba el último de los nombrados. Patiño regresaba a cada salida de cacería

con una o más piezas. Era fina su puntería. En cambio Codecido, no siempre tenía buena suerte. Pero se desquitaba, con el argumento de siempre: "¿A que no cazas el venado 'brujo' de Gregoriote?". Ese venado había burlado a los más diestros cazadores de la región. "Burlaba los cazadores y jugaba al 'gárgaro malojo' con los perros. Era decir que en este venado, todas las punterías fallaron. Al 'brujo' siempre se le encontraba bajo un árbol de taparo que aún existe en la zona de Gregoriote, lugar de la hacienda Aragüita. En torno a este venado se creó una especie de leyenda, tanto más por el hecho de que los Jueves Santos, era seguro en aquel paraje, uno de sus comederos. Todos los cazadores lo vieron y le contaron las puntas —ocho— de su cornamenta o "caramera", pero ninguno pudo darle caza. Tal fenómeno evidenciaron un buen número de cazadores. Pero la causa pudo ser que el venado cambiaba con frecuencia de comedero y sólo por época de Semana Santa aparecía por los lados de Gregoriote. Para no darle crédito a la superstición, la cosa no pasaba en realidad de ser un hecho meramente coincidental.

Llegada la ocasión propicia, pues estaba próxima la Semana Santa, Patiño, dada la confianza que teníamos, me hizo de manera inesperada esta pregunta:

—¿Tú no eres supersticioso, ¿verdad?
—No —le contesté.
—¿Quieres acompañarme a Gregoriote el Jueves Santo?
—¿Cómo no! También quiero salir de dudas —le respondí.

Convinimos en eso. Por mi parte confieso que nunca creí todo lo que se contaba en relación con el venado "brujo" de Gregoriote. Llegado el Jueves Santo, a las ocho de la noche, nos pusimos en marcha hacia el comedero del "brujo" animal. Llegado que hubimos al sitio, mi compañero enfocó con la



luz de la linterna. Una venadita "piel en tinta" se atravesó en el camino. Dejémosla ir, pues un disparo puede ahuyentar al venado si está cerca. Seguimos paso a paso por la pica. Buscamos el árbol de taparo. Llegamos. ¡Nada! Empezamos el regreso. De pronto, el cazador dio dos pasos atrás y dijo: "este es". Se tendió al hombro la escopeta y tiró del gatillo. El cartucho pistoneó. Se había "enconchado" la cápsula. Recuerdo que oí el ruido atronador de la terrible espantada. Por primera vez en muchos años, vi a Patiño contrariado. ¡Había escapado a no dudarlo, milagrosamente, el venado "brujo" de Gregoriote!

De eso hace dieciocho años. En la región del Tuy quedó la leyenda: "Bajo el ramaje de un árbol de taparo que existe en el punto denominado Gregoriote, se puede encontrar los días Jueves Santo, al más "brujo" de los venados, terror de cazadores". Quien quiera comprobarlo, puede visitar el lugar, sin esperar a que llegue el Jueves Santo, un día cualquiera, porque de noche ¡nadie se atreve!

Dos años más tarde, el 38, me encontré nuevamente con Patiño en San Juan de los Morros. Lo mismo que en Ocumare, tenía fama de buen cazador. Volvimos a las andadas. Ahora formaba parte del grupo otro notable cazador: R. Castillo Adrián. Sólo que el amplio escenario del llano

es mucho más propicio para las actividades cinegéticas. Para cazar buenos ejemplares no era necesario ni linterna en la frente, ni perros amaestrados. Con buen pulso y una escopeta, basta.

—El próximo domingo vamos a cazar "sabancando" —me dijo Patiño—. Castillo Adrián irá con nosotros —agregó.

Esa mañana dominical seguí mi vieja afición de ir tras la huella de los cazadores. En las inmediaciones de "La Caimana", cada cazador cobró su presa. Otro día, fue por la tarde cuando los tres nos dirigimos a la Laguna de El Cenizo, a unas veinte leguas del hato de Palenque. Cada cazador tomó posesión en un "veladero". El sol se ocultaba en el ocaso. Oscurecía. Entre "oscuro y claro", es la hora propicia para los venados bajar a beber. Cada cazador en su "veladero", esperaba el turno. Esta tarde la mejor suerte acompañó a Castillo Adrián. Por su lado, venía hacia el "charco" un "caramerudo" que se espantaba hasta del mismo viento. Husmeó maliciosamente. Estiraba el pescuezo en gesto altanero. Al aproximarse al charco una garza levantó el vuelo y eso espantó al venado. En la espantada Castillo Adrián lo tiró, quebrándole las dos patas traseras. Se apeó del veladero y con el segundo disparo lo remató. Cuando los compañeros llegamos, Castillo Adrián, todavía emocionado, dijo:

—¡Qué difícil es cazar un "caramerudo". Guardaré esta cornamenta como recuerdo!

Existen tres medios prácticos, aparentemente, para los cazadores veteranos entenderselas con los tigres: velados al anochecer cuando bajan a beber; rastreados con perros; y utilizando horqueta y lanza para los tigres cebados. Este último procedimiento hizo famoso como *mata-tigres* a Marcelino Martínez, propietario que fue de la hacienda "El Guásimo", ubicada en la "fila maestra", lindero de los estados Guárico y Miranda. No llegaba a explicarme cómo un hombre se atreviera a tanto: a darle caza a un tigre utilizando una horqueta y una lanza. Quería satisfacer mi curiosidad, y en ocasión en que viajaba, el año 39, de Ocumare a Altagracia de Orituco me propuse visitar la hacienda "El Guásimo". Me acompañaba Encarnación Vegas, quien era amigo de Martínez. Vegas me presentó al hacendado, con la siguiente frase:

—Este es el hombre que ha matado más tigres en esta región.

Marcelino Martínez era un hombre delgado, alto y musculoso. Parecía distraerse atusándose los grandes bigotes canos.

No se me ocurrió hacerle otra pregunta que la obligada por satisfacer mi curiosidad:

—¿Cuántos tigres ha cazado Ud., Don Marcelino?

—No he llevado la cuenta, joven. Pero allí se consiguen unas cuantas muestras.

Señaló con el dedo las paredes y piso. Los cueros de tigre servían de adorno en las paredes y de alfombra en el piso.

—Y, cómo es eso de cazar tigres con horqueta y lanza?

—Según y cómo. Si el tigre se arrochela, acosado por los perros, no queda otro remedio, siempre que no se encarama en un árbol. La horqueta es para obligar a la fiera a que se pare en las patas de atrás, como si fuera a dar el zarpazo. Ese momento es el que se aprovecha para darle el lanzazo en todo el corazón.

—Pero se necesita mucho valor para realizar semejante hazaña, ¿no es cierto?

—Tranquilidad. Eso es todo, tranquilidad. El tigre no ataca sino cuando está herido, o está devorando su presa. En esta región hay muchos tigres. Pero, pierda cuidado, ya le he dicho que el tigre si no le atacan, no ataca. Los que he matado, ha sido porque se ceban y me comen el ganado.

Almorzamos en "El Guásimo". Seguimos camino hacia Altagracia de Orituco, trasponiendo la "fila maestra". Al llegar a Guanape de Orituco, ya entrada la noche, dije a Encarnación Vegas:

—¡Doy gracias a Dios, por salir bien en esta aventura! ¡Menos mal que no tuve la necesidad de probar de nuevo mi puntería!

Vegas se rió. Luego me hizo una pregunta maliciosa:

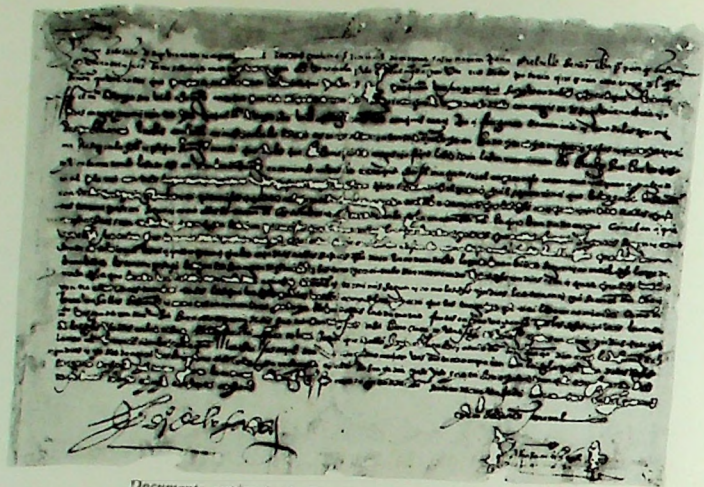
—¿El llanero como que tiene miedo?

—A serle franco, no.

Pero tenía los "pelos de punta". Por tener tanta suerte en esa cruzada, la que realicé en cumplimiento de una campaña pro carretera Ocumare-Altagracia de Orituco, puedo ahora contar las peripecias que viví durante seis años, siguiendo por afición tras la huella de veteranos cazadores!

PEDRO HERNANDEZ CAMACHO. Nació en el Estado Guárico, en 1915. Se inició como periodista el año de 1939, y desde entonces ha sido corresponsal, reportero, redactor, columnista y colaborador de diarios y revistas venezolanas. Es miembro fundador de la Asociación Venezolana de Periodistas y del Sindicato de Trabajadores de la Prensa.





Documento autógrafo de Don Diego de Losada - 1568.

DE LA CARACAS VIEJA Y GLORIOSA

POR VICTOR ARAGON

LA CASA DE LAS GRADILLAS. HOGAR DE BOLIVAR

Se repite ya por toda América que de todas sus grandes ciudades la que más crece, en estos tiempos, es Caracas, y que sólo São Paulo puede igualarla en el vertiginoso desenvolvimiento urbanístico y demográfico. Con nuevas avenidas, puentes, calles y edificios, se ha convertido en una completa metrópoli de un millón de habitantes, años después de ser modesta ciudad en el floreciente panorama de la América Hispana. Ahora es un centro humano y comercial en pleno proceso de hipertrofia, que cubre los extremos de su nueva área metropolitana con el afanado hormiguero de su colonia de termitas. Donde hace un año se veían amplios barrios enteros. Y por donde quiera, al frente, a los lados, al respaldo de sus numerosas colinas, los núcleos de urbanismo brotan como macetas de coral, que casi se las ve levantarse. La ciudad juega con sus perspectivas, las transforma, las matiza, parece encantada desconcertando a quien la mira, porque cada año cuesta trabajo reconocerla.

Y, como tiene más colinas que Roma, el afán de las calles reptas a los pies de ellas, ensanchándose en abanico aquí y allá después de haberse canalizado en estrechas gargantas, en donde ruge el tráfico mecánico de la urbe. Otras veces, ahogadas en las cuencas, las construcciones escalan las lomas, aparecen de

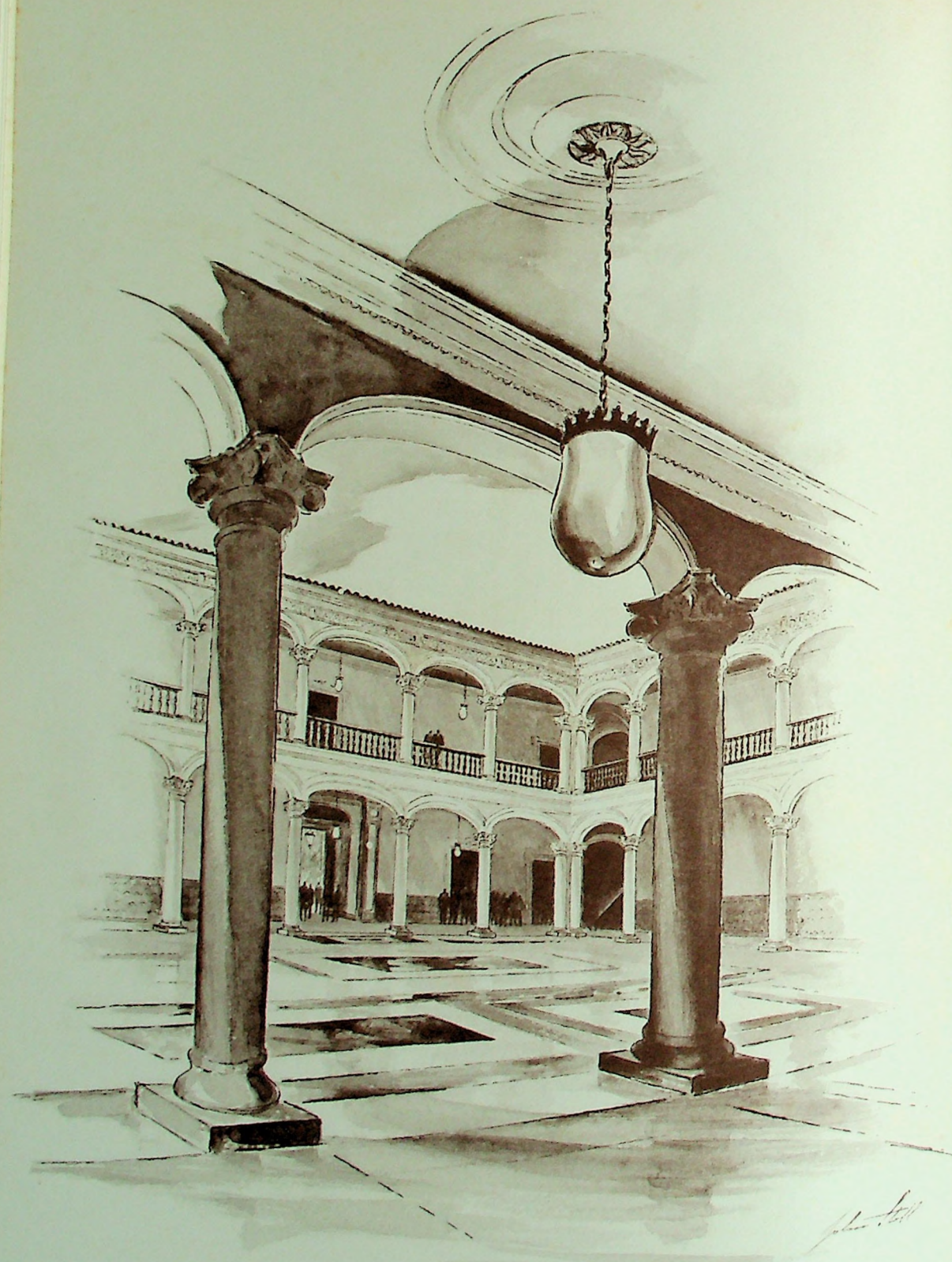
pronto mirando a los valles desde lo alto de las colinas. De esta suerte es Caracas, la Caracas de 1959, la ciudad más variada y matizada que existe.

Así como se renueva en sus perfiles materiales, así mismo está cambiándose y madurándose en su vida espiritual y en su temperamento. Mas es verdad que, por ser tan rápido su crecimiento, no ha tenido oportunidad de mudar sus costumbres para atemperarlas a los tiempos nuevos, como es lo indiano y los recientes se amontonan unos sobre otros, sin tiempo para intercomunicarse y refundirse. En cierto modo, está en su período de Torre de Babel. De Europa y del Asia han venido hasta el cuello en la vida caraqueña, pero no han podido desprenderse de cuanto trajeron en el alma, en la figura y en el idioma. En Caracas hay húngaros, que nacieron bajo el dominio de su extraño y tremendo lenguaje de familia altaí y que ahora, articulando difícilmente una docena de voquibles castellanos, se ganan la vida pregonando cosas tan tropicales y terrígenas como la yuca y el ocumo.

En medio de esta confusión de valores heterogéneos, ya la nueva Caracas ha comenzado a formarse sus propios aspectos, sus necesarias costumbres. Modalidades auténticas que han podido lograrse en la fugacidad de estos años de transformación. Desde el amanecer, la ciudad, madrugadora como es,



La Catedral vista desde la Plaza Bolívar
(Dibujo de John Stoll)



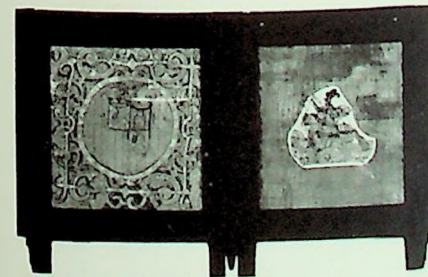
Arriba: Esquina de Las Gradillas
 Izquierda: Interior de la Casa Amarilla
 (Dibujos de John Stoll)



Antiguo Convento de San Francisco
(Dibujo de John Stoll)

deja percibir el rumor de un movimiento inusitado desde los extremos de sus barrios residenciales hasta el corazón de la villa indoespañola. En rápidos convoyes pasan y se entrecruzan los servicios motorizados para la venta a domicilio de pan, de leche, de carnes, de periódicos, de frutas, de verduras. En su mayoría son extranjeros los que llevan de casa en casa esta rumorosa invasión de la abundancia. Vienen de los mercados libres, de las carnicerías, de las granjas. Y gritan en el idioma cosmopolita de la nueva Caracas.

Pero los que sí son criollos de alma y cuerpo, desde el pregón musical con que anuncian sus ventas son los que llevan por las calles centrales, al tiro de un burro cansino, los carritos de menadería. En las horas matinales suele vérselos discretamente arrimados a una orilla del torrente de tránsito, en interminables pláticas con las mujeres del servicio o con las amas de casa. En el humilde carricoche cuelgan cortinas doradas, rojas, verdes, blancas, según sean gargantillas de cebollas, de tomates o de ajos, y en su fondo relucen las naranjas junto a las opulentas macetas de las coles. Del carrito emana un vaho de yerbas aromáticas, de cilantro y perejil. Es el mismo carrito que, a comienzos del siglo, cuando resonaba en el ámbito de la ciudad la fama tempestuosa de Castro, iba haciendo tintinear su campanilla, heredera de las esquilas cuadradas que colgaban del cuello de los bueyes en las montañas de Vasconia. Y estas calles, ahora humosas de gasolina y trepidantes de agitación, fueron las que, muchos años más allá, vieron entrar las arrogantes cabalgatas de Guzmán Blanco al golpe rítmico de las herraduras sobre las losas del empedrado, de las que sacaban chispas relucientes. En aquellos tiempos, bajo la inspiración de la cortesía afrancesada del Ilustre Americano, carritos como éste hacían chirriar sus pesados aros de metal sobre la arena y los cantos de las calles, ofreciendo la verdura inmortal de las hortalizas y el fuego siempre vivo y fresco de los rábanos. Y mucho antes, cuando ardía la llamarada de la Gran Guerra y cubría cielos y tierra la gloria de Bolívar, por estas mismas calles, aun más desmedradas, ya pasaba pausadamente, como un testigo hierático de esas tempestades, el eterno pollino con su carrito a rastras, y dentro de éste la eterna sonrisa de las naranjas y la promesa también eterna de las lechugas.

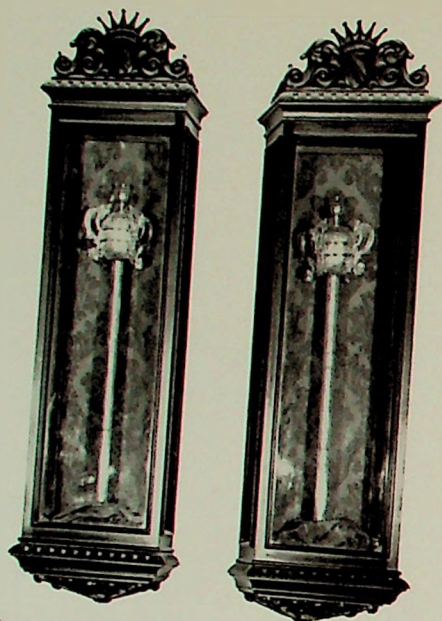


Fragmentos del Pendón Real con que entró
Francisco Pizarro a las ciudades del Inca.

Las calles no son ahora como entonces. Aquéllas casi ya no existen. Los quebrados pavimentos de piedra, arena o ladrillo han sido borrados por la mano titánica del progreso, o han recibido, de años atrás, el sayal bien almidonado del cemento. Ahora están a punto de reventar, rebosadas por un torrente de vehículos y de gentes que no puede avenarse por sus estrechos canales sino rompiendo aquí para remendar más allá, de donde han surgido las formidables avenidas. El ruido trepidante de los taladros mecánicos grita por

todas partes con su áspera voz, que es la voz del progreso. Pero tanto cambiar y tanto nuevo plasmar en la fisonomía de Caracas, todo pueden deshacer de lo viejo, menos aquello que conserva un tesoro de recuerdos, así no tenga monumento que lo conmemore. Porque hay realmente dos Caracas, ya que en el corazón de esta alucinante metrópoli de la actualidad se guarda como el magma de cristales, con todas sus gemas conservadas, la vieja y gloriosa ciudad de donde salió la explosión emancipadora y que después, a lo largo de un siglo y medio, vivió los tormentos y los triunfos de la vida febricitante de Venezuela. En ella durmieron los leones sus largos reposos y de ella saltaron rugiendo a los combates titánicos. Esa Caracas antigua, que es difícil delimitar en el seno de su gran mapa de actualidad, tuvo a su vez largos periodos de creación y transición, en los que fue sedimentándose con la paciencia y la monotonía que caracterizaron la soporosa gestación de Iberoamérica en la Colonia y su precario ritmo de progreso en la adolescencia republicana. La Colonia hizo la villa maciza y silenciosa, coronada de cúpulas y torres, en la cual discurría sin embargo un vivir placentero lleno de felices coyunturas, en el que los acontecimientos pertenecían al espíritu. Esa villa encontró su primer cambio brusco y trascendental cuando vino la historia a tomar parte en los acontecimientos, el 19 de abril de 1810. De allí en adelante, la historia ya no le dio campo al espíritu en la existencia de Caracas. Desde entonces los cambios y mudanzas que experimentó la ciudad no fueron propiamente motivados por nuevas construcciones y avances urbanos, sino por las partes de ella que cayeron en ruinas, bien en el terremoto realista, bien en los azares de la guerra.

Cuando se libraba la homérica lucha de San Mateo y Urdaneta se defendía como un tigre enjaulado en la plaza de Valencia, guardando el parque y los últimos confines de la Segunda República, mientras el monstruo multiforme de Boves anegaba casi por entero las tierras de la Venezuela heroica. Bolívar fortificó por primera vez a la pacifista y hermosa capital de la Capitanía. Sabía él que sólo salvando a Caracas y a Valencia podía salvarse la patria. En medio del fragor de San Mateo, cuando ya de su amado Girardot y de Ricaurte no quedaban sino las míticas sombras, escribió su famoso mensaje a Urdaneta: "Defenderéis, General, esa plaza hasta morir, porque si ella se pierde habrá perecido la República". A pesar de ello, flexible como era al embate de las circunstancias, pensó formar un último reducto en su propia Caracas para que, aun caídas Valencia, La Victoria y San Mateo, pudiera la Revolución refugiarse detrás de estos fortines, que conservaban la puerta hacia el mar en La Guaira. Hizo construir un sistema de bastiones en torno del perímetro interno de la ciudad de entonces, que no pasaba de Plaza España y La Romualda, por el este; de Miracielos y Cipreses, por el sur; de la colina del Calvario y tal vez la elevación de Miraflores, por el oeste, y de la iglesia de Altigracia, por el norte. Dentro de ese perímetro quedaba encerrada la vida civil y militar de la ciudad, amén de un pueblo indomable, en el que jóvenes, mujeres y niños se aprestaban al combate, si no con el músculo, por lo menos con el ímpetu y el valor de los hombres. En ese mismo círculo de fuego —que por desgracia no llegó a probar sus defensas ante el fiero Vengador— quedaban los proféticos emplazamientos, con nombres hoy olvidados, en donde luego se alzaron las estructuras tradicionales de la Caracas republicana: de un lado el Arco de la Federación, más acá el Palacio de Miraflores, hacia el sureste el Palacio Federal, tomando hacia el oriente el Palacio de la Gobernación y, presidiéndolos a todos, la silueta un poco toscana de la Catedral, perfil eterno de Caracas.



Marzas de plata existentes desde los más remotos días coloniales.

Quedaron también dentro de ese perímetro la Casa Natal y la Casa de Las Gradillas, es decir, las dos casas biográficas de Bolívar.

La Casa Natal es el monumento más importante del continente suramericano, por su significación histórica. Allí nació el hombre más importante del mismo y el que más honda y decisiva influencia ha ejercido en los destinos de toda la América Ibero. Como reserva arquitectónica no es nada, porque en ella, fuera quizás de los muros y de algunos metros cuadrados del enladrillado, todo es nuevo. Es extraño que este lugar sagrado hubiera caído en tan grande olvido a lo largo de casi cien años. La aversión y el temor que se formó en su propio suelo contra el Libertador tuvieron, tal vez, la primera parte de una culpa histórica en este sentido, si se piensa que estuvo a punto de negarse la ley insistentemente pedida por Páez para la repatriación de sus restos, doce años después de su muerte. Mas este odio circunstancial fue desechado bien pronto en las altas esferas —porque en el pueblo nunca lo hubo— y quince años después de esa repatriación el gobierno de Monagas clauda amor al Héroe. Las numerosas variaciones que ocurrieron en la sucesión de la familia Bolívar dieron muchas vueltas a la propiedad de esa casa solariega, que durante larga temporada fue un mero depósito de mercancías y de viveres, ya que resultaba ventajosa su posición frente a la plaza de San Jacinto, adonde habíase trasladado el mercado público después de que la Plaza Mayor fue llamada "Plaza Bolívar" por Guzmán Blanco y elevada en ella la magnífica estatua ecuestre que desde entonces preside los destinos de la ciudad. Al mismo Natal y convertirla en monumento público, pero el destino le impidió llevarla a cabo. Y casi media centuria más tarde,

siendo Jefe del Estado el General Juan Vicente Gómez, antítesis humana y política de Bolívar, una suscripción popular recuperó el inmueble y lo devolvió a la veneración del pueblo. De Gómez fue el decreto que ordenó su restauración y su incorporación al patrimonio nacional.

Bolívar vivió muy poco tiempo de su breve vida en la casa nativa. Se sabe que, aún niño, pasó temporadas de años en la casona de su abuelo materno y que de ésta partió en su viaje juvenil hacia Europa. En la liquidación de los haberes de la familia Bolívar-Palacios le correspondió en propiedad una gran casa de dos pisos, situada en la esquina de Las Gradillas, en un ángulo de la Plaza Mayor. Mientras estuvo ausente habitó en ella el canónigo Aristeguieta, su amante padrino bautismal y pariente, que lo había hecho más rico aun con la donación que le otorgó al tiempo de bautizarlo. Quizás fue este detalle del profético amor del Padre Aristeguieta el que generó, tiempos después, la ingenua leyenda del cambio de nombres sobre la misma pila bautismal. Sobre los primeros días de Bolívar surgieron muchas leyendas en la Caracas del siglo XIX, entre otras, aquella que cambiaba la fecha de su nacimiento por otra anterior que, según la genial y audaz interpretación del Padre Borges, habría sido en realidad la fecha en que el Genio de la Libertad era engendrado en el seno de una mujer americana.

Cuando Bolívar regresó de Europa, trayendo del brazo a la pálida y frágil María Teresa, llegó como propietario a la casa de Las Gradillas y allí estableció su hogar. De allí la sacó dos años después para llevarla a sus oficios fúnebres en la Catedral. Y la sombra de esa mujer mística quedó flotando para siempre en las anchas y profundas naves del templo, en donde reposan ahora sus restos, junto a los de unos suegros que nunca conoció, bajo los tres mármoles yacentes que esculpió Vittorio Macho en un monumento de impresionante poder evocativo.

Bolívar huyó con su dolor a España y de España a Francia. Y trotó luego por el mundo de Rousseau en compañía de don Simón Rodríguez. En ese viaje se había llenado de ideas de libertad y había lanzado su juramento del Monte Aventino, en un acto de delirante y hermoso jacobinismo. Había conocido, además, a Humboldt en Viena y le había hablado con su fuego inconcéntrico de la emancipación de las colonias españolas; pero Humboldt le había contestado que las creía maduras para la independencia, "pero no veía el hombre que la hiciera". Lleno de ese fervor regresó a su casa de Las Gradillas, ya otro hombre. Mejor dicho, con la expresión que tuvo Napoleón para Goethe: "un hombre". Conservaba su amistad con Emparan, el distinguido Capitán General que quizás hubiera preferido ser caraqueño y no peninsular cuando la nobleza criolla, a la que amaba y respetaba, se volvió contra él. En las salas de Las Gradillas se hicieron las primeras reuniones que, bajo la apariencia de tertulias literarias, eran engendros de club jacobino traídos a la ardiente América, y de allí salió a su confinamiento de las tierras de San Mateo por orden de Emparan, que trató un poco tardíamente y con escasa efectividad de matar estos renuevos de rebelión. Ya había ocurrido el caso de Manuel España y había empezado a aletear sobre la Costa Firme la aquilina inquietud de Miranda. Vino al fin el hecho consumado y Bolívar retornó a Las Gradillas a formar el cotarro, aun a despecho de sus parientes y amigos, como el Marqués del Toro, que entendían su revolución con medida de señorones. Don Simón era demasiado joven, tenía los ojos demasiado ardientes y la palabra demasiado ligera. No convenía en forma alguna a esa extraña revuelta contra España, pero a favor del soberano de España, a esa proclamación de la Independencia a nombre



Casa Natal de El Libertador — Interior.

del frustrado tirano llamado Fernando VII. De ese personaje que contiene la más sorprendente contradicción de los anales históricos; flor de absolutismo y de decadencia, enemigo nato de los pueblos libres, espíritu mediocre y fanático, y por quien se hizo destrozar el pueblo de Madrid el 2 de Mayo y se alzaron las manos revoltosas de veinte pueblos de América en 1810. Pero Bolívar no pensó nunca en Fernando VII sino en la Independencia y ya se había formado en su carácter la voluntad indomable. Para vencer la oposición de los primates del Cabildo ofreció costear los gastos de la famosa Comisión a Londres y sólo con esa condición logró hacerse nombrar, en compañía de Bello y de López Méndez. Regresó de allá sin el apoyo del Imperio, sin Bello, sin López Méndez y sin éxito, pero trajo a Miranda. Fue en este hecho cuando, según el decir de Jorge Ricardo Vejarano, el mejor de sus biógrafos, "Bolívar hizo la Revolución". No importa que Miranda fracasara y que el mismo Bolívar tuviera que entregarlo prisionero, en un momento esquilano de la historia de América. La venida de Miranda por sí misma tenía una significación ineluctable. Era la Revolución.

Bolívar se le adelantó para prepararle el alojamiento y recibirlo dignamente en su casa de Las Gradillas, y allí estuvieron juntos planeando, soñando y sufriendo desilusiones hasta que ambos salieron para la campaña contra Monteverde. No debía volver más el Generalísimo a la casa de Las Gradillas. Después de una serie de incidentes más o menos mis-

Casa Natal de El Libertador — Fachada actual.



teriosos se ganó la enemistad, tal vez el odio, de Bolívar, a lo cual sólo vino a contribuir en grado máximo el "blessé au coeur" de Puerto Cabello. Se vieron por última vez en La Guaira. Bolívar volvió a referirse a él en el Manifiesto de Cartagena, y sólo, seis años después, para preguntar si había muerto. Así ocurrió una de las mayores tragedias de la historia humana.

Después de la Capitulación, Bolívar logró salir ileso de Las Gradillas y escapar de las ávidas manos de Monteverde por un juego de circunstancias providenciales, dignas de tejer la malla de un drama de Schiller, porque nada hubo mediocre ni chico en su vida. Esta ausencia duró hasta su entrada triunfal después de la Campaña Admirable. Cuando volvió a la vieja casona de Las Gradillas ya era un semidiós. Allí recibió el delirante entusiasmo de su pueblo, se dice que allí sepultó el corazón de Girardot; de allí salió en el día de la apoteosis a recibir el título de Libertador en el cercano templo de San Francisco. Y de allí partió con lágrimas, a la cabeza de la Emigración Dolorosa, cuando todo se derrumbó bajo los golpes de la adversidad, en 1814. Desde su regreso de Londres, a fines de 1811, hasta esta fecha trágica de su penúltima

Casa Natal de El Libertador — Fachada en 1910.



salida, Caracas y Venezuela habían sentido el fuego arrasador de la Guerra a Muerte y habían quedado reducidas a menos de la mitad de su población. Esta nueva ausencia fue larga. Los funcionarios españoles cebaron su odio, ya que no podían hacerlo contra su propia persona ("quisiera estrangularlo con mis manos", clamaba energúmeno Boves), sí contra sus bienes, entre los cuales fue secuestrada y vendida en pública subasta la Casa de Las Gradillas. Vinieron entonces la epopeya de Las Antillas y de Los Cayos, la invasión fracasada, el incidente de Güiría en donde casi tuvo que medir su espada con la de Bermúdez, y también Angostura, Las Queseras, Boyacá y Carabobo. Después de Carabobo, volvió una vez más a su casa. Era Presidente de Colombia, el hombre más grande de América, un numen de gloria y de asombro en el mundo. Esta fue su penúltima entrada triunfal, ligeramente entristecida por la visión de la ruina en que dejaron los últimos peninsulares a su amada Caracas. Era uno de los pocos sobrevivientes de la vieja nobleza, observa don Vicente Lecuna. Pero salió de allí, lleno de nuevo impulso, a las incommensurables campañas del sur, a sellar la libertad del Ecuador en Bomboná y Pichincha y la del Perú y Bolivia en Ayacucho.

Ya no había de regresar a esta casa sino en 1827 y en condiciones trágicas. La traición se cernía sobre su Colombia y una sombra crepuscular enlutaba su gloria. La ciudad lo recibió, esta vez también, con delirante entusiasmo. Porque el pueblo lo amaba y quería demostrarle que lo amaba por encima de lo que significaran los contradictorios manifiestos de Páez y el incidente de Valencia. "Allí va el Libertador", cuenta el Padre Borges que decían los estremecidos vecinos cuando veían cruzar su cenicienta figura, envuelta en larga capa española, a la sombra de los anchos aleros en las noches de luna caraqueña. Poco antes de su regreso a Santa Fe, los universitarios y los vecinos independientes, llevados de su amor irresistible, ofrecieronle un acto solemne de despedida, en el salón que es ahora del Concejo Municipal, bajo la dirección del doctor Vargas. Esta fue la última manifestación de Caracas a su hijo máximo. Luego abandonó éste su casa de Las Gradillas para siempre.

Andando el tiempo, esta casa pasó a la familia Clemente y de ella a la familia Mendoza. Hace un año fue derribada y convertida en un moderno edificio que lleva el nombre de su actual propietario: "Edificio José Mendoza".

EL RECINTO DE LAS MONJAS, HOGAR DE LA CIUDAD

En el Despacho del Presidente del Concejo Municipal de Caracas adornan los muros tres inapreciables reliquias históricas. Una de ellas es un documento autógrafo de don Diego de Losada, el fundador. La segunda, un juego de mazas de plata, que vinieron rodando de solemnidad en solemnidad desde profundísimas lejanías coloniales. Quizás presidieron las procesiones de Felipe II; quizás, más allá, las de Fernando de Aragón. Aquí, han honrado los desfiles y ceremonias de la Municipalidad a lo largo de tres centurias. Estas mazas, de factura típicamente española, fueron insignias de heraldos y barones en aquellos tiempos, siguiendo el ritual que muestran numerosas obras de arte y que se consagra en los libros ceremoniales de las cortes y prelacías. Ultimamente se han incorporado a las armas de la ciudad, y la figura del Macero con jubón a dos colores y gregüescos de corte flamenco, que lleva una de esas insignias en posición de saludo, ya ha sido adoptada en el simbolismo municipal. La tercera reliquia es uno de los recuerdos históricos más impresionantes de América: el Pendón Real de damasco bordado en oro y

plata con que entró Francisco Pizarro a las ciudades del Inca y que un poder misterioso, escondido más allá de los mares, venía a imponer sobre el continente verde y virgen de los hijos del sol. El estandarte se conserva en dos fragmentos. En uno de ellos, el escudo de Castilla; en el otro, un caballero empenachado cargando en su corcel sobre un enemigo invisible. El tisú se conservó religiosamente en la catedral del Cuzco desde 1553. De allí lo descolgó Sucre en su entrada triunfal del 30 de diciembre de 1824, después de Ayacucho, para ofrendarlo al Libertador. Y el Libertador lo envió, a su vez, como homenaje a su tierra nativa, para lo cual hubo de viajar desde Lima su edecán y pariente el General Diego Ibarra.

El salón donde se alberga la Municipalidad de Caracas desde 1811, forma parte, con sus lujosas dependencias interiores, del edificio llamado hasta hace poco Palacio de Justicia, que hace la esquina de Las Monjas, entre la Plaza Bolívar y el Capitolio Nacional, y ha sido uno de los puntos de actividad cívica más notables y agitados de Caracas. Ha servido de Seminario, de Universidad, de Gobernación, de Cuartel de Policía, de Palacio de los Tribunales y de Ayuntamiento.

Lo construyó Fray Antonio González de Acuña, ilustre misionero de la Colonia, quien fundó allí el primer Colegio Mayor de la Capitanía, o sea, el Seminario de Santa Rosa de Lima, inaugurado con todas las solemnidades civiles y eclesiásticas el 9 de octubre de 1673. Años más tarde, el rey Felipe V creó la Universidad de Caracas por real cédula de 1721, debidamente aprobada por el Papa Inocencio XII y, no habiendo otro local para instalarla, se la acomodó en los claustros de este Seminario, en donde dio comienzo a su larga y gloriosa existencia. Fue su primer rector el obispo Juan José Escalona. Allí vivieron lentamente los dos institutos hasta 1826, en que el Congreso de Colombia creó universidades laicas en las capitales de los Departamentos y la Universidad separóse definitivamente del Seminario.

Al estallar la Revolución de 1811, el Congreso Constituyente adoptó como su propia sala de sesiones la capilla del Seminario, que es el mismo recinto donde actualmente se reúne el Cabildo caraqueño. Durante el año anterior la Junta se había reunido en la sala consistorial, que aún existe en el segundo piso de la Casa Amarilla. En esta sala se firmó el Acta del 19 de Abril de 1810, y en la capilla del Seminario la declaración formal de Independencia, el 5 de Julio de 1811. Hay en ésta un gran cuadro de Tovar y Tovar que inmortaliza la escena, presidida por la arrogante figura del Precursor. Desde su adopción por el Congreso Constituyente la capilla quedó al servicio de las entidades públicas y especialmente de la Municipalidad. El 18 de febrero de 1827 celebró allí el último de los homenajes que su tierra natal hizo al Libertador, en una hora de emoción que fue organizada y presidida por el doctor José María Vargas. El mismo Vargas se juramentó allí como Presidente de la República en 1835, y en 1839 y 1843 lo hicieron el General José Antonio Páez y el General Carlos Soublette. El 21 de septiembre de 1872 Guzmán Blanco expropió el edificio del Seminario y cubrió su precio con setenta mil pesos fuertes. En seguida empezó a repararlo el arquitecto Juan Hurtado Manrique, cuya obra fue continuada más tarde por el célebre ingeniero Roberto García, quien construyó el Palacio Federal por encargo del mismo Guzmán. Al verificarse estas reparaciones, en uno de los muros de la capilla aparecieron los restos del benemérito don Francisco de Ibarra, que fue el primer obispo de Guayana y el primer arzobispo de Caracas; de allí se les trasladó al Panteón Nacional, en donde reposan. En 1888 la Convención Nacional, reunida en esta misma capilla, eligió presidente al doctor J. P. Rojas Paúl.



Vista parcial de la calle situada entre Gradillas y Sociedad, en 1930. En primer plano, la casa que ocupó el diario "El Universal".

El edificio quedó casi completamente destruido por el terremoto del 29 de octubre de 1900 y hubo que darlo por abandonado, hasta que, en 1905, el General Cipriano Castro ordenó su reconstrucción y decoración. Se hizo cargo de esta obra el arquitecto Alejandro Charaing, a quien se dieron instrucciones especiales de respetar la famosa capilla, ya consagrada como el rincón más ilustre de la Municipalidad. Fue entonces cuando se tapió la puerta de entrada primitiva, que daba a los claustros del Seminario en el extremo de la sala en donde ahora se halla el estrado presidencial. Y, en cambio, se abrió una gran puerta ceremonial a la calle, en donde antes se encontraba el altar de la capilla. Para hacer esta puerta, el ingeniero rebajó el nivel interior hasta igualarlo con el de la calle y dejó una elegante escalerilla para subir al recinto de las curules. Pero conservó las columnas románicas del antiguo altar, que son las mismas que figuran al fondo del cuadro de Tovar y Tovar y que, ahora, revestidas de mármol, se tienen como inapreciables recuerdos de la ciudad.

VICTOR ARAGON. Nació en Colombia, en 1905. En 1920 se graduó de abogado. Se dedica desde entonces a la política y al periodismo en los principales diarios y revistas de Colombia, especialmente en "El Tiempo" y "El Espectador". Vivió en Venezuela, donde colaboró en "El Nacional" y "La Esfera". En su patria ha sido alto funcionario, concejal, diputado y parlamentario. En Venezuela fue miembro de la Comisión Redactora del proyecto de Ley de Aduanas. Acaba de publicar en Bogotá un libro titulado "El duelo de Erasmo", parte de una pentalogía dramatizada. Tiene en preparación una novela que se llamará "Ananké". Conoce el griego, latín, español, italiano, portugués, catalán, francés, inglés y alemán.

Las rocas sedimentarias se presentan en capas o estratos, como esta alternancia de areniscas y lilitas (lanitas) del Cretácico superior de la Sierra de Bogotá.

LO QUE NOS DICEN LAS PIEDRAS

TEXTO Y FOTOS POR JOSE ROYO Y GOMEZ

LAS ROCAS

A las dos de la tarde del 5 de junio de 1799 salían del puerto de La Coruña, en la fragata "Pizarro", rumbo a Tenerife y la América española, con ánimo de efectuar exploraciones geográficas, los naturalistas Alejandro de Humboldt, alemán, y Amado Goujoud, francés, más conocido por Bonpland. Le atraían al primero los aspectos geodésicos, geológicos, botánicos y etnológicos de la ciencia geográfica, y al segundo, médico de profesión, el estudio de las plantas. Para este viaje se preparó Humboldt durante seis años, en los que estudió la estructura de los Alpes para compararla con la de los Andes, visitó Italia, Austria y Francia y estuvo a punto de realizar expediciones a Egipto, Argelia y Túnez; también fue probando los aparatos geodésicos y físicos entonces conocidos, para seleccionar los que podría utilizar con mayor provecho en América. Era por entonces ministro de Carlos IV D. Mariano Luis de Urquijo, gran amante de las ciencias, quien acogió con entusiasmo la idea de la expedición, la facilitó mucho y dio tales órdenes a las autoridades que el propio Humboldt dice en su "Relato histórico del viaje" (1814) que, "jamás permiso tan amplio se concedió a un viajero, ni fue honrado ningún extranjero con mayor confianza por parte del gobierno español". En tierras americanas, además, tuvieron los exploradores tan buena acogida que también Humboldt dice que

"no notaron el menor signo de desconfianza, ni tuvieron la menor queja de las gentes". Venezuela fue el país que recorrió con más detenimiento, del que hizo la descripción más completa y por el que sintió mayor cariño.

En correspondencia a aquellas facilidades y muestras de confianza, durante su estancia de cinco años en América, fue presentando a los gobernadores memorias sobre los materiales que recogía y que podían interesar a la metrópoli, y remitió muchas colecciones al entonces Gabinete Real de Historia Natural, fundado por Carlos III y para el que construyó el grandioso edificio del Museo del Prado, que luego se destinó para el de Pintura. Aquel Gabinete se convirtió en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid y en sus colecciones se encuentran las muestras de rocas enviadas por Humboldt, muchas de ellas de Venezuela, con sus etiquetas originales en letra gótica de su colector, que he tenido ocasión de manejar y ordenar. En esos ejemplares humboldtianos inicié mis conocimientos sobre los minerales y rocas de los países andinos, que luego he ampliado en el terreno, en Colombia y Venezuela.

Como resultado de aquellas exploraciones publicó Humboldt, entre otras, tres obras importantes: el "Bosquejo de un cuadro geológico de América meridional", en 1801; la "Relación histórica del viaje", en 1814-1825, y un "Ensayo geognóstico de los yacimientos de rocas de los dos hemisferios", en 1823. Traducidas a varios idiomas, fueron las primeras sobre Geología de Suramérica, incluso México, y también las primeras en que se hiciera un estudio comparativo de sus rocas con las del antiguo continente. De Venezuela figuran numerosos datos que han sido confirmados modernamente. Claro que, para juzgar las ideas allí expuestas, hay que situarse en el tiempo en que se escribieron, época en que la Geología balbuceaba y en que luchaban los seguidores de las teorías del alemán Werner, los *neptunistas*, que daban la mayor importancia al agua para la formación de las rocas, y los discípulos del inglés Hutton, los *plutonistas*, para los que el calor interno y el de los volcanes era su principal engendrador y modificador. Es natural que Humboldt se dejara influir por aquel ambiente, especialmente el werneriano, en el que se había formado; sin embargo, sus observaciones sobre el Teide en Canarias y los volcanes andinos dan un tono especial a sus propias teorías y siempre le cabrá la honra de haber fundado la Geografía Boránica, de haber iniciado las investigaciones geológicas en estos territorios del Nuevo Continente y de ser el primero en interpretar lo que dicen sus piedras y su comparación con lo que enseñan las eurasiáticas. Por ello he querido hacerle el homenaje del recuerdo.

Continuando la tarea iniciada en el artículo anterior (1), podríase aplicar a las rocas lo que se dijo de los minerales, puesto que están formadas por ellos, pero las asociaciones constantes de determinadas especies mineralógicas y el modo de presentarse en el terreno dan otros aspectos al estudio de las rocas o Litología y Petrografía.

Si examinamos, auxiliados por una pequeña lente si es necesario, una colección de rocas en que estén representados los principales tipos, distinguiremos en seguida un grupo de ellas constituidas por fragmentos o detritus de otras, como las gravas, arenas y barros, y sus respectivos aglomerados o consolidaciones, los conglomerados, areniscas o asperones y arcillas. Estas rocas se forman en la superficie terrestre por el depósito o sedimentación de los materiales arrastrados por los ríos, por el mar y por el viento, y se presentan en capas o estratos. Hay por su origen se llaman *rocas sedimentarias detriticas*. Hay otra serie de rocas formadas por materiales cristalizados conge-

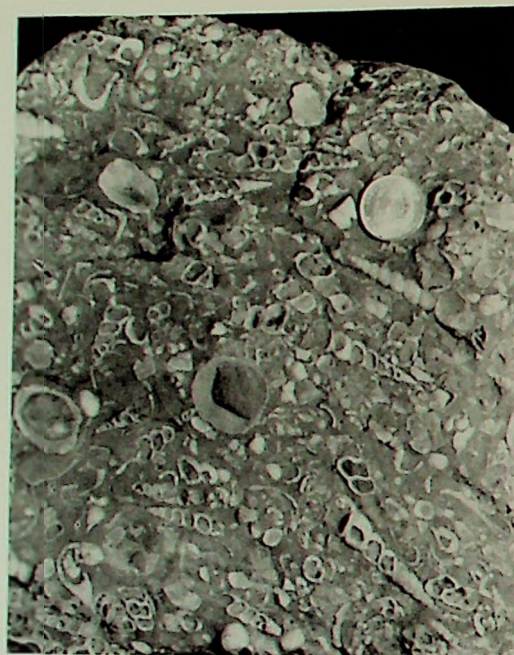


Manto de cantos rodados y arenas (aluviones) del Cuaternario recubriendo a una capa de arenisca arcillosa del Terciario. Son rocas sedimentarias detriticas.

nitamente, a cuyos minerales ha bastado para cristalizar la temperatura normal de la superficie terrestre, tales como el yeso, la sal gema, la calcita (carbonato de calcio) que forma la piedra de cal o caliza, etc.; estas rocas se han formado en el fondo de las aguas por precipitación y depósito de sustancias disueltas en ellas y constituyen estratos como las anteriores; son las *rocas sedimentarias de origen químico*. Aun existen otras rocas en que intervienen los organismos, tanto las plantas como los animales, ya por la simple aglomeración de sus partes duras, o ya por la propia actividad de ellos mismos, desde las microscópicas bacterias, a los corales, las ostras y los árboles más corpulentos; son las *rocas sedimentarias organógenas y orgánicas*, entre las que están un gran número de calizas, las fosforitas, los carbones, el petróleo y el guano.

Todas las rocas sedimentarias contienen frecuentemente fósiles y a veces están integradas exclusivamente por ellos, como por ejemplo los diminutos caparzones de diatomeas, los radiolarios y de foraminíferos, las conchas de los moluscos, los huesos y dientes de los vertebrados, los troncos, ramas, semillas y frutos de los vegetales. Con frecuencia, estos fósiles son tan diminutos que no se ven a simple vista. El *jaspé*, que por su dureza, sus variados colores y bello pulimento, es tan apreciado como piedra de adorno y hasta de joyería, debe su origen principalmente a la acumulación de delicados y preciosos caparzones de unos animales unicelulares, los radiolarios, que necesitan un microscopio de algunos centenares de aumentos para distinguirlos. La *lilita* o piedra de toque y las *lanitas*, tan frecuentes en los terrenos de edad cretácica de Venezuela y Colombia, también contienen con frecuencia diminutos caparzones de otros protozoos, los foraminíferos, que necesitan aumento de varias decenas de diámetros para ser examinados. Aparte de estas rocas formadas en el exterior de la corteza terrestre, por lo que se las llama también *exógenas*, vemos otras constituidas por minerales cristalizados y, alguna vez

(1) Véase el número 5 de la *Revista Shell*, Diciembre de 1952, p. 59.



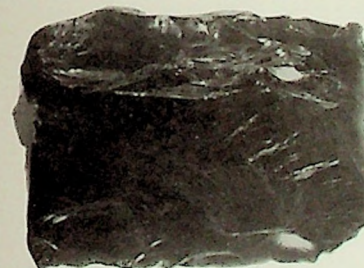
Arriba: Arenisca con conchas fósiles de moluscos, frecuente en el Mioceno inferior marino de Venezuela y Colombia.

Abajo: Diques o filones de rocas porfíricas atravesando a una diorita muy alterada, frecuentes en todos los Andes.

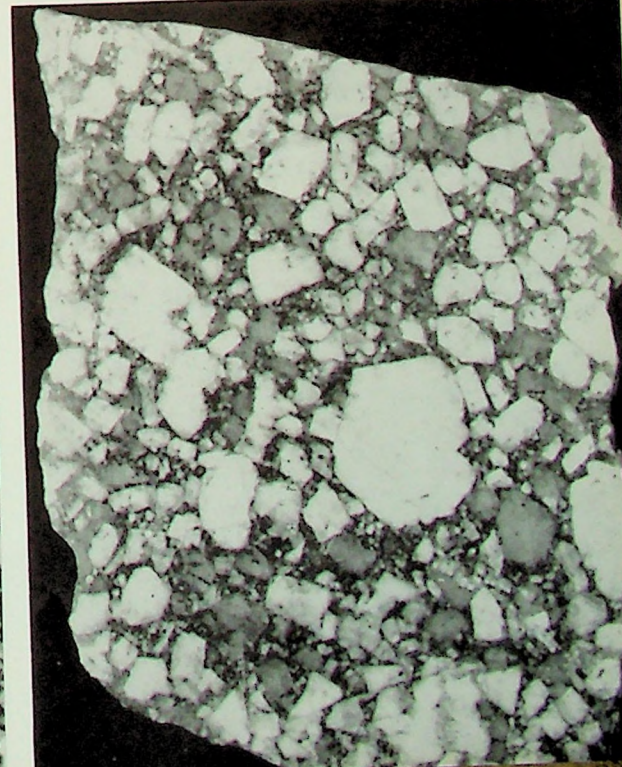
amorfos con aspecto de vidrio, que para llegar a ser lo que son han necesitado temperaturas de muchos centenares de grados; es decir, que han estado como fundidas de modo natural antes de consolidarse, cosa que no se consigue en la naturaleza más que en el interior de la corteza terrestre. Son estas rocas las llamadas *ígneas, eruptivas o endógenas*. Estudiadas macroscópicamente, a simple vista, y al microscopio después de reducirlas por desgaste a láminas tan delgadas como un papel de fumar, distinguiremos varios tipos mineralógicos por un lado y morfológicos por otro. Podremos agruparlas en series caracterizadas cada una por la asociación de un reducido número de minerales constantes; por ejemplo, la familia de los *granitos* con cuarzo, feldespato ortosa u ortoclase y mica, frecuente en las Guayanas, y la de las *dioritas*, tan característica de todos los Andes, con feldespato plagioclase y anfíbol (hornblenda). Dentro de cada una de esas series podremos diferenciar unas rocas de aspecto granudo, con todos los minerales cristalizados y próximamente del mismo tamaño, como el verdadero *granito* y la *diorita*; otras con cristales grandes embutidos en una masa más o menos homogénea de cristales pequeñísimos, indicando que ha habido dos tiempos de cristalización, como el *pórfito* y la *porfírita*; otras parecidas a las anteriores pero que son porfírico-vítreas, porque en esa masa, además de los cristallitos, hay porciones amorfas, sin cristallar, como se ve en el *basalto* y en la *andesita*, cuyo nombre indica bien de dónde se ha tomado el tipo; por último, las hay sin cristales, con los minerales sin diferenciar, que forman verdaderos vidrios naturales, como la *obsidiana*, que sirvió de espejo a los incas.

Las primeras, las *granudas*, proceden de un magma o masa fundida que se ha enfriado y consolidado con relativa tranquilidad en el seno de la corteza terrestre y han sido expuestas al exterior como consecuencia de movimientos de esa corteza y de agentes destructores o erosivos que han quitado la cubierta que las ocultaba; los *pórfitos* proceden del mismo magma que las granudas, pero a causa de erupciones internas han sido inyectadas en las grietas de la corteza terrestre en donde se han enfriado sin llegar al exterior, apareciendo luego como filones o diques; las *porfírico-vítreas*, como los basaltos y las andesitas, inyectadas también como las anteriores, han llegado a la superficie terrestre por erupciones externas, en forma de lavas, de bombas, de cenizas, dando origen a los volcanes, por lo que se las denomina también *volcánicas*; las *obsidianas* o vidrios naturales, son también volcánicas, que han salido tan precipitadamente al exterior, que se han endurecido sin dar tiempo a que se diferencien y cristalicen sus minerales, y tan sólo por procedimientos químicos se puede llegar a conocer su composición y así incluirlas en una de aquellas familias o grupos de que hablaba al principio.

En las rocas ígneas se pueden formar dos tipos de series, según que mantengamos invariables la composición mineralógica o la textura o modo de presentarse y agruparse sus minerales. Con la misma asociación mineralógica, pero variando la textura, se pasa de una roca granuda como la diorita a la vítreo obsidiana negruzca, por intermedio de la porfírita y de la andesita (véanse las fotografías correspondientes). Manteniendo la misma textura, pero modificando gradualmente la clase de minerales y su proporción, podemos pasar de las rocas más ácidas, con colores claros, a las químicamente básicas, de colores oscuros y hasta negros; así, en las de textura granuda o abisales se puede ir gradualmente desde el granito, típicamente cuarcífero y por lo tanto ácido y blanquecino, a la diorita más oscura, sin cuarzo alguno y con minerales más básicos. Un ejemplo bueno de ello tenemos en los Andes, en donde a causa de esa transición se ocasionan confusiones, dándose como granito lo que en realidad es diorita o sus inter-



Arriba Izq.: Fragmento de diorita cuarcífera, roca ígnea granuda, común en la mayor parte de la Cordillera Andina.
Arriba Der.: Roca metamórfica (gneis) con la misma composición mineralógica que los granitos, que con frecuencia se la encuentra en las Guayanas y en algunas zonas de los Andes.
Izquierda: Muestra de obsidiana, vidrio natural, que forma parte de las lavas de los volcanes de los Andes. Esta roca fue utilizada por los Incas para confeccionar espejos.
Abajo Izq.: Microfotografía de una andesita que integra buen número de lavas de los volcanes andinos.
Abajo Der.: Porfírita cuarcífera, en un fragmento pulimentado, que suele formar diques en los Andes colombianos.

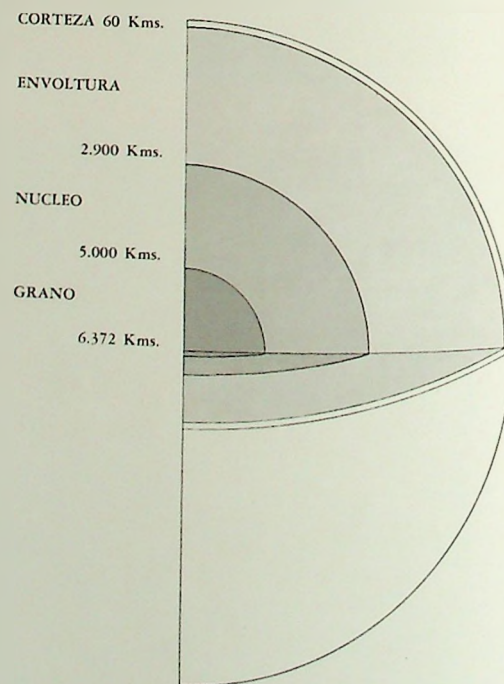




Arriba Izq.: Gran bloque de arenisca muy dura fuertemente agrietado a causa de variaciones bruscas de humedad y de temperatura atmosféricas.

Arriba Der.: Excelente ejemplo del paso de una roca muy dura, la diorita, a la tierra suelta. La gran bola partida del centro es la roca sin descomponer; a su alrededor las escamas que de ella se desprenden, las que se transforman en tierra hacia el exterior por alteración de sus minerales. Sonsón, Antioquia, Colombia.

Abajo Izq.: Alteración de una lava andesítica en bola, con la escamación y consiguiente transformación en tierra arcilloso-ferruginosa. Pasto, Colombia.



ESQUEMA DE LA ESTRUCTURA GENERAL DE LA TIERRA
(Según B. Gutenberg y Richter)

medios granodiorita y diorita cuarcífera. Entonces se impone, muchas veces, el estudio microscópico de láminas o secciones delgadas de las rocas para llegar a su diferenciación.

Tanto las rocas sedimentarias como las ígneas pueden transformarse totalmente en otras distintas a las que pasan por tránsitos insensibles, por una verdadera evolución. En el interior de la corteza terrestre, las rocas ígneas consolidadas allí, así como las sedimentarias que por hundimiento llegan a esas profundidades, sufren tales presiones, temperaturas elevadas y acciones de agentes mineralizadores, que sus minerales se transforman y hasta aparecen otros nuevos, que son típicos de las rocas resultantes, que llamamos *cristalofílicas* o *metamórficas*; los gneis o neis, los esquistos, pizarras, serpentininas y calizas cristalinas o mármoles son buenos ejemplos de estas rocas que suelen ocupar grandes extensiones rodeando los afloramientos de las ígneas granudas. Esa zona metamórfica es precisamente la más apropiada para la existencia de filones auríferos y pegmatíticos con minerales valiosos.

Otro modo de transformación de las rocas es por efecto de la acción meteórica, o sea del sol, de la atmósfera, de las variaciones de temperatura y de las aguas infiltrantes. Las rocas más duras como el granito y la diorita se convierten en tierra suelta, en arena y arcilla; primero es la disyunción en bloques, luego la escamación en cáscaras como de una cebolla y por último la alteración de sus minerales en otros incoherentes o pulverulentos. De esta manera se forman muchos suelos que, luego, los vegetales y el hombre convierten en laborables.

Todas esas rocas de que se ha hablado forman la parte externa de la Tierra, única asequible al geólogo, aun valiéndose de los socavones de las minas y de las perforaciones buscadoras de aguas subterráneas y de petróleo. Nuestros conocimientos directos se reducen a muy pocos kilómetros de profundidad. Pero la curiosidad, el afán insaciable de saber, nos lleva a pensar en lo que habrá por debajo de esa masa de rocas que nos sirve de sustentación.

Hasta hace pocos años, el geólogo no podía hacer más que suposiciones a base de lo poco que le era permitido observar. El hecho de que al adentrarse en las cavernas y en las minas socavadas la temperatura crecía en una proporción de un grado por cada treinta metros de profundidad, trajo la consideración de que a unos miles de metros reinaba un calor tan intenso que toda la materia estaba en estado fluido. El globo terráqueo sería integrado por una corteza o película endeble, aunque al estado sólido, que envolvía a una gran masa en ignición cuyo fuego se desahogaba por los volcanes, que serían verdaderas chimeneas. Teníamos allí el infierno del Dante. Esta teoría, hasta con figuras apropiadas, la encontramos hoy alguna vez en libros de enseñanza primaria y secundaria.

La comparación de la densidad total de la Tierra con la del conjunto de rocas de la corteza permitió deducir que aquella estaba formada por materias cuya masa aumentaba a medida que se acercaban al centro, cuyo núcleo estaría integrado por hierro y níquel, de acuerdo con su densidad y con la composición de la mayoría de los meteoritos o bólidos que caen en la Tierra. La idea de la ignición no se descartaba y así la zona más cercana a la corteza se llamaba *pirósfera*. Todas estas teorías se acomodan muy bien a la cosmogónica de Laplace para el origen del sistema solar, lo que explica también su adopción hasta hace poco tiempo.

En ayuda del geólogo ha venido la Geofísica dando a conocer la trayectoria y la velocidad de las ondas que se originan al producirse un terremoto. De los estudios sismológicos, que no podemos detallar por falta de espacio, se deducen dos hechos importantes: 1º, la confirmación de que la densidad de la materia aumenta a medida que se acerca al centro de la Tierra; 2º, que a determinadas profundidades existen superficies de discontinuidad que separan capas concéntricas continuas y homogéneas de esa materia. La temperatura aumenta hacia la profundidad, pero nada nos permite suponer la que reina en el centro; en ello influye grandemente el calor desprendido en la desintegración de los cuerpos radiactivos y cuya repartición en profundidad se desconoce, creyendo algunos que no pasa de unos kilómetros.

Resumiendo las ideas resultantes de los modernos estudios geofísicos y geológicos, puede decirse que la estructura del Globo, de fuera a dentro, por debajo del manto aéreo o atmósfera y de la capa discontinua líquida de los mares o hidrósfera, es la siguiente: 1º, la *corteza* con un espesor medio de 60 kilómetros, que algunos extienden a 120 Kms.; 2º, la *envoltura*, que se aproxima hasta los 3.000 Kms. de profundidad y que se puede subdividir en varias capas a base de algunas superficies intermedias de discontinuidad; 3º, el *núcleo*, en el que aun se distingue a los 5.000 Kms. de profundidad el 4º, una porción central denominada *grano*. En conjunto, puede decirse que el Globo terráqueo es una masa dotada de cierta plasticidad; la envoltura tiene propiedades elásticas semejantes a las de los sólidos, parecidas a las de las barras de laque que aceptan presiones lentas y continuas que las deforman sin rotura, pero que se quiebran fácilmente por un simple golpe brusco; casi puede decirse lo mismo del núcleo, pero no así del grano que es de una naturaleza particular, quizá la de un fluido especial, sin que por ahora pueda ser determinada.

¿Qué concepto tan diferente de la constitución de la Tierra, de aquel del fuego central o de la esfera de lava fundida recubierta por una enclenque película sólida sobre la que deambulaba despreocupadamente el hombre! Pero, según las concepciones modernas, ¿es mucho más seguro el suelo que pisamos? Más adelante lo veremos, después de conocer lo que nos dicen los fósiles.

JOSE ROYO Y GOMEZ. Nació en España, en 1895.
Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad Central, Madrid.
Especializado en Geología y Paleontología. Profesor de Mineralogía y Geología.
Director General de Minas y otros cargos importantes en su país hasta 1938.
Amplia actividad como Geólogo, Paleontólogo, profesor universitario y Director del Museo Geológico Nacional de Colombia.
Ha publicado casi un centenar de trabajos sobre su especialidad. Miembro de importantes sociedades científicas internacionales. Actualmente es Profesor en la Universidad Central de Venezuela.

DOS CAUCES DE LA HISTORIA VENEZOLANA



P O R R A M O N E S C O V A R S A L O M

Dos direcciones de interpretación pretenden subsumir la vida histórica de Venezuela. Una de ellas arranca de la visión literal de los textos constitucionales, indaga cuáles normas se cumplieron en la realidad social y trata de demostrar cómo tales preceptos fueron sólo ficciones de un orden jurídico inadaptable a la historia venezolana. Esta corriente mira exclusivamente hacia el orden constitucional y sólo se orienta al estudio de las formas jurídicas. La otra dirección se encamina por el cauce de la constitución efectiva, la única capaz de presidir el fondo de las realidades sociales del país, cuyas leyes internas, nacidas de la cuenca turbia de nuestro aluvión histórico, imposibilitan una regulación constitucional efectiva. En este sentido se proyecta el sociologismo positivista de los dos teóricos más sobresalientes del pesimismo constitucional venezolano: Laureano Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya. Para éstos la constitución venezolana es una cumbre artificial puesta sobre un organismo nacional que la rechaza. No puede pensarse, dicen, en regular jurídicamente conductas colectivas que en nada se parecen a las sociedades que dieron nacimiento desde el siglo diez y seis europeo al fenómeno capitalista del cual surgió la clase más definidamente constitucionalista de Europa: la burguesía.

No nos colocaremos nosotros entre dos extremos tan definidos y violentos. Ni separaremos dos términos que a nuestro modo de ver no se excluyen sino que se completan. A nuestro juicio en Venezuela no se opera ningún fenómeno de repulsión entre lo que se ha llamado "constitución escrita" y "constitución vital". Invoquemos la ayuda de las teorías políticas actuales. Debe comenzarse por presentar nitidamente las esferas en que se desarrolla y cristaliza todo régimen constitucional. La duda que en Latinoamérica ofrecen los teóricos del constitucionalismo y del sociologismo reside en que se ha proyectado sobre una parcialidad del régimen constitucional como es la "constitución jurídica" o sea el texto escrito y sancionado por el constituyente, todo el estudio de la realidad constitucional y política. De aquí surge, con inestables rasgos plásticos, la tendencia a dividir la evolución de las sociedades americanas en dos porciones fundamentales, presentable, de exportación una; doméstica, intransferible y de uso diario la otra. Es algo así como si en los hechos sociales de los países latinoamericanos existiera un fondo de vitalidad desplazada, reprimida, ilegal,

que a ratos asalta la desprevenida y oronda constitución escrita. Según esta opinión, la constitución escrita no es más que la máscara facial de un fenómeno social que de vez en cuando suelta lo que Arcaya llamó "los monstruos dormidos". El pensamiento sociológico que ha presentado la evolución del pueblo venezolano como un hecho irregular por los métodos constitucionales asimila en cierto modo nuestra evolución política a esos dramáticos seres que Freud nos presenta como escenarios de la lucha entre la conciencia y la subconciencia, vida legal y de exhibición la primera, vida íntima y morbosa la otra, notándose que en ocasiones los resortes internos de la subconciencia se disparan sobre la superficie legal de la conciencia.

Por eso el sociólogo latinoamericano debe proceder como hace un psiquiatra en la terapéutica espiritual. Primero hay que legalizar el fondo subconsciente de nuestra historia, otorgar beligerancia a los "monstruos dormidos" del doctor Arcaya, pero no para proceder como Vallenilla Lanz, quien por afán de drenar las corrientes subterráneas de la historia terminó por legalizar solamente éstas, invirtiendo entonces el proceso dialéctico de nuestra evolución: subconciencia social legalizada, "constitucionalizada" y constitución escrita desconstitucionalizada e ilegalizada.

El problema político de los países latinoamericanos es preciso afrontarlo con vocación de síntesis, no de anti-

tesis. Y esto no es exclusivo siquiera de nuestra evolución constitucional, porque constituye un elemento madurado por la Teoría del Estado. En este sentido Herman Heller, en su "Teoría del Estado", estudia la constitución como un doble fenómeno de regulación, y de ahí que se conciba la "constitución jurídica" como un ente distinto de la "constitución política". Según Heller, la constitución jurídica es sólo una regulación parcial de la conducta colectiva de la sociedad que se integra en el Estado. La constitución política completa la regulación prevista en la constitución jurídica; pero ninguna de las dos se excluye (1).

La concepción tradicional es la de la plenitud hermética del orden jurídico que constituyó el más nítido esfuerzo de la burguesía llegada al poder político y económico de Europa por encontrar legalidad a su necesidad de "seguridad jurídica". Se percibió el orden constitucional como un sistema cerrado de normas ajeno hasta donde fuera posible a la ventilación de las situaciones sociales no normadas. En lugar de un orden jurídico amplio, capaz de reunir en sus previsiones las situaciones jurídicas que se desarrollaran en la sociedad, se prefirió crear un circuito redondo en cuyo diámetro pudiera moverse la hermenéutica sin mengua de los intereses fundamentales que el derecho liberal intentó garantizar. A esta concepción del orden jurídico correspondió la teoría de la constitución escrita, de la constitu-

ción jurídica como el único instrumento normativo del Estado.

Pero el Estado, en cuyo seno se desarrollan fuerzas contradictorias y pugnas, no podía resultar una forma de vida organizada con arreglo a una previsión exclusiva. Podía ser que la sociedad se condujera con arreglo a la conducta normada por la constitución; pero podía ocurrir —y así fue— que paralelamente a ésta desentendiera un estilo de conducta no previsto por la constitución ni por ninguna de las normas señaladas en el orden jurídico. Aquí procede la distinción entre normatividad y normalidad, entre conducta normada y conducta no normada, como dice Heller.

Si la tesis de Heller sobre constitución normada y constitución no normada es aplicable a los países europeos, es en mayor grado valedera para las naciones americanas. No es que existan en los países latinoamericanos dos constituciones, una sobre la otra, o excluyentes, sino que en América Latina las fuerzas sociales y territoriales constituyen una carga histórica tan compleja que comunica multitud de significaciones y de variaciones al régimen político. Por eso una constitución venezolana ha sido eso que es jurídicamente, un conjunto de normas del obrar colectivo, y paralelamente, una zona no tocada por el derecho, no prevista en el texto, que desarrolla impulsos propios, los cuales a veces rozan el ordenamiento, en otras oportunidades lo infringen y en muchas lo arrollan violentamente. Pero esto no envuelve una incapacidad del país para vivir normas de derecho plenamente, de acuerdo con una previsión anteriormente establecida, sino que la norma constitucional sólo ha previsto un estilo de conducta de acuerdo con el cual espera que se verifique la realización del orden político. Pero al lado de esa conducta previsible, aparece otra que obedece a leyes intransferibles, mecanismos fundamentalmente americanos que saltan a la superficie histórica en virtud de su propio proceso y de su peculiar dinámica. No es esto, tampoco, la disyuntiva en que dividía Domingo Faustino Sarmiento el acontecer de la historia argentina, civilización y barbarie, según la cual América —la barbarie— luchaba con la civilización, Europa.

El orden político venezolano —y en general el latinoamericano— no está envuelto en un conflicto con las realidades sociales ni se rechazan violentamente las formas jurídicas de raíz europea y los peculiares factores sociales

americanos. Ocurre que una emulsión histórica con tan poderosa vocación de síntesis como es América necesita de un orden jurídico que combine los elementos que componen su mestizaje, para que no ande el sistema político por un lado y la verdad histórica por otro. Eso quizás se ha dicho, parcialmente, en ocasiones. Pero no en este sentido. No propugnamos nosotros la exclusión de los extremos en que discurre nuestra realidad nacional, sino que pretendemos encontrar una simbiosis, su sutura, su síntesis.

En todo régimen político existe una infraestructura sobre la cual se yergue la ordenación constitucional que orienta a su vez la realidad en que se produce, ejerciendo la función directora y preceptiva. Una constitución no se produce nunca fuera de la normalidad social y de la dialéctica histórica; sus normas encontrarán siempre una explicación en el fondo de la realidad nacional; y cuando aparentemente no la expresen, sus normas intervienen como preceptos, como tendencias, como valoraciones del obrar colectivo de un pueblo. En nuestra evolución política aparecen estos dos tipos de normas. Nacen unas como productos de una realidad histórica determinada; y otras son tendencias para una previsión futura o descable de la conducta nacional. El sufragio, aun en la forma restringida en que se consagró en las constituciones de 1811 y de 1830, no era ni podía ser una realidad venezolana; pero en todo momento fue considerada como una institución de derecho público hacia la cual tenía que orientar sus miras la República de Venezuela. El parlamentarismo de 1830, traducido en un control marcado sobre el poder ejecutivo, no aparece como una tendencia constitucional, sino como una necesidad política de la burguesía caraqueña para limitar el extraordinario poder personal del caudillo José Antonio Páez. El primer caso es una norma preceptiva, una tendencia constitucional; el segundo es la previsión nacida de un momento histórico dado.

La constitución del Estado, dice Heller, no es proceso sino producto, no actividad sino forma de actividad (2). En Venezuela se ha sostenido habitualmente que las constituciones, desde 1811, no estuvieron acomodadas a la realidad del país, sino que fueron préstamo de regulaciones políticas extrañas. Bolívar, cuando estudió en el manifiesto de Cartagena el fracaso de la primera República y su federalismo constitucional, habló de "repúblicas aéreas" y

de teóricos importadores de formas políticas que no se adecuaban a la estructura histórica de la nación venezolana. La frase de Bolívar, dorada de extraordinaria perspicacia política, fue luego mezclada con inexactitudes en labios de los vocadores conscientes o inconscientes de la desolación nacional. Fue Laureano Vallenilla Lanz quien, en medio de un conjunto de apreciaciones caprichosas, vio con notable sagacidad la verdadera raíz del constitucionalismo de 1811.

De acuerdo con este criterio podemos pensar que ninguna constitución venezolana resultó de un acomodo artificial, de un préstamo ideológico incapaz de encontrar correspondencia en las leyes que presiden secretamente la unidad de nuestra historia. El federalismo



de 1811, por ejemplo, era el producto de la disgregación que caracterizó la geografía administrativa de la colonia, donde las células político-administrativas no tuvieron sentido de unidad nacional. Quienes creen que la formación de la nacionalidad venezolana data de 1777 están, a nuestro juicio, en un error de perspectiva. Una "nacionalidad" venezolana no pudo existir en 1777, aun cuando la cédula que agrupó las provincias en la Capitanía General haya contribuido a formar un principio y sólo un principio de unidad nacional. De aquí que en esta perspectiva aparezca en 1811 un federalismo constitucional que no era otra cosa que la antigua disgregación territorial de la colonia traducida a los términos del derecho liberal francés y a la Carta de Filadelfia. Que la ideología de la constitución americana y el sistema adoptado en los Estados Unidos hubiera contribuido a acrecentar los materiales teóricos de los federalistas venezolanos, no lo dudamos. Pero que ésta fuese la razón predominante que movió las estructuras fundamentales de la primera República, lo negamos radicalmente.

No andan menos equivocados quienes pretenden ver una incapacidad del

país para el cumplimiento de las formas constitucionales, por esa repetida y tradicional circunstancia de que los cambios de gobierno no se hayan logrado sino por la vía de las revoluciones armadas. Y si es verdad que tales circunstancias jalonan dolorosamente todo el siglo diez y nueve de nuestra historia, no es menos cierto que el país ha recuperado siempre sus energías creadoras en provecho del retorno al régimen jurídico. En la historia de Venezuela, la fuerza de la democracia política está precisamente en su aparente debilidad porque las sombras contribuyen a destacar la luz. Por otra parte, toda constitución es una previsión de conducta, de una conducta que debe concordar con la constitución. Y en un país como Venezuela en el siglo diez y nueve no era posible prever un comportamiento nacional uniforme o probable. En 1830, momento inicial del legalismo de mayor duración, ésta no era una nacionalidad capaz de desarrollar todas las formas de un régimen constitucional, porque todavía andaban sueltos los resortes impulsores de lo que nosotros llamamos la centrifuga histórica.

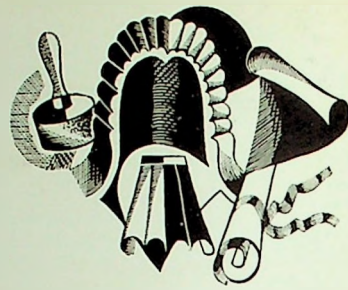
Una constitución no es un acto de decisión, sino la regulación de una conducta, una forma de actividad. La organización de un país no se decreta, sino que se produce; y la constitución adquiere su validez y su permanencia en tanto que una conducta coincide con ella. Las contradicciones a que venimos refiriéndonos presentan varios aspectos. La normalidad puede completar la normatividad; o ésta reducir aquélla. Pero puede ocurrir —y este es el caso frecuente de nuestro derecho político— que la norma y la realidad, normatividad y normalidad, se rechacen en un momento dado. En este sentido Heller dice: "Hasta aquí hemos considerado exclusivamente el caso en que la constitución del Estado normada jurídicamente es completada por normas no jurídicas y por normalidades; pero también puede hallarse en oposición con ellas. La creación de normas por el Estado, como ya lo observó Bulow, no crea desde luego un derecho válido, sino sólo el plan de un derecho que se desea para el futuro. Esta "oferta" que el legislador hace a los destinatarios de la norma sólo produce derecho vigente en la medida en que las normas "salen de su existencia en el papel para confirmarse en la vida humana como poder". Puede faltar esta confirmación por muy diversos motivos, ya porque la vida no precise de tales normas, ya porque las rechace, y en tales casos la normatividad

pierde su fuerza normalizadora. Basándose en una encuesta, estima Ehrlich en una tercera parte del total el número de artículos del Código Civil austriaco que han pasado por la vida sin dejar rastro y que podrían derogarse sin que ello tuviese importancia para la realidad social" (3).

Preocupa en nuestro derecho político, como en el de todos los países, las violaciones del Estado de Derecho. Sin embargo éste es un problema que difícilmente podrá resolver el derecho político por muchas que sean las combinaciones que imagine para el funcionamiento de los poderes. Una constitución resulta de las relaciones reales de poder de la sociedad; es siempre necesariamente una relación de poder. De aquí que cuando esta relación cambia, y el orden constitucional no es capaz de combinar dentro de sí otras formas que sustituyan las anteriores, la constitución se rompe.

En la interpretación de la evolución social latinoamericana no puede abusarse de ningún formalismo. El purismo, según el cual la norma jurídica es hueca por dentro y dotada de gran versatilidad sociológica, capaz de resbalar sobre los más diversos planos históricos previendo el hombre que debe ser, no es a nuestro juicio aplicable a América y en este caso a Venezuela. Nuestra evolución nacional se mueve dentro de una órbita compleja donde se encuentran elementos disímiles que con frecuencia se repelen, recordando invisibles pero existentes fuerzas internas, centrifugas y centrípetas.

Nuestros intérpretes suelen proceder con un criterio de separación entre el sentido de la norma constitucional —previsión saludable del obrar— y las tremendas fuerzas invisibles que manejan el piso bajo de la historia. Nosotros creemos que no existe una separación entre la norma y la realidad. Ni en la teoría ni en la práctica se da semejante separación porque un pueblo como unidad histórica dispone de leyes internas que orientan en un sentido intrasmisible los acontecimientos de su conducta social. Lo que ocurre es que no siempre es dable al constituyente y al legislador, antever esa mecánica secreta que preside desde abajo los sucesos históricos. Mucho menos en estos países que no bien salían del medioevo colonialista, se dieron vestimenta tan nueva para sus tejidos históricos como el constitucionalismo europeo, producto de la revolución burguesa y capitalista. ¿Cuál ha de ser, frente a esta curiosa emulsión de elementos tan disímiles, la actitud



teórica del sociólogo político latinoamericano? Para unos no hay disyuntiva. En nombre de un pseudo-americanismo, de un pseudo-tropicalismo, condenan las formas europeas por "inadaptables" y construyen una hipotética teoría política latinoamericana. O para decirlo en el idioma de Sarmiento: un derecho de la barbarie americana. Tal parece ser el programa ideológico del brillante teórico del pesimismo venezolano: Laureano Vallenilla Lanz. Pero quienes así piensan, por el afán de ser "americanos" olvidan que precisamente la más curiosa característica de este continente es la capacidad para armonizar dos estilos de conducta: el europeo y el propiamente americano. Transformados por nuestra síntesis no son excluyentes sino que se combinan para producir una simbiosis histórica, una sutura mestiza: el fenómeno americano. Por todo ello las crisis de la sociedad y el Estado en la América Latina responden a circunstancias históricas que no pueden concebirse como opuestos inconciliables sino factores que recíprocamente se condicionan y se empalman. Toda contradicción termina por producir una síntesis armoniosa.

- (1) Cabe, por eso, distinguir en toda constitución estatal, y como contenidos parciales de la constitución política total, la constitución normada y la no normada, y dentro de ésta, la normada extrajurídicamente y la que lo es jurídicamente. La constitución normada por el derecho conscientemente establecido y asegurado es la "constitución organizada". Herman Heller, *Teoría del Estado*. Fondo de Cultura Económica, pág. 278.
 (2) Obra citada, pág. 278.
 (3) Heller, *Ob. cit.*, pág. 287.

RAMON ESCOVAR SALOM. Venezolano. Nació en el Estado Lara, en 1926. Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela. Ensayista, escritor y periodista. Colaborador de las principales publicaciones nacionales. Ex-Director de la Escuela de Derecho, Profesor de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho y de Morfología y Dinámica del Estado Moderno en el Instituto de Estudios Políticos —del cual fue fundador— en la misma Universidad. Cultiva la Sociología y la Teoría Política, como lo demuestra el estudio científico que publicamos.

REVISTA SHELL



ASOCIADOS AL PROGRESO DE VENEZUELA

COMPANIA SHELL DE VENEZUELA